

Francisco Ponz

# MI ENCUENTRO CON EL FUNDADOR DEL OPUS DEI

(c) by SCRIPTOR S.A.  
(c) by EDICIONES RIALP, S. A., Alcalá, 290, 28027 Madrid

EDICIONES RIALP, S.A.  
MADRID

Ley 13714 Art. 69. Pueden ser reproducidos y difundidos breves fragmentos de obras literarias, científicas y artísticas, y aún la obra entera, si su breve extensión o naturaleza lo justifican; siempre que la reproducción se haga con fines culturales y no comerciales y que ella no entrañe competencia desleal para el autor en cuanto al aprovisionamiento pecuniario de la obra, debiendo indicarse, en todo caso, el nombre del autor, el título de la obra y la fuente de donde se hubiera tomado

The logo for Morgan Software, featuring a stylized lowercase 'm' in a green color above the word 'morgan' in a black serif font.

Versión Electrónica formato PDF por Morgan Software © 2012

## Presentación

Son ya abundantes las publicaciones sobre el Beato Josemaría Escrivá de Balaguer, Fundador del Opus Dei. Nunca había pensado yo en aportar algo más, ya que, por dedicarme a la Fisiología, me veo muy lejos del arte literario y de la metodología histórica. Pero algunos amigos me han insistido en que ponga por escrito mis recuerdos, argumentando que, por ley de vida, será cada vez más difícil obtener testimonios sobre él, de testigos de los años inmediatos a la guerra civil española. A pesar de mi resistencia inicial, he emprendido ese intento como mínima muestra de reconocimiento al Beato Josemaría, a quien tanto debo.

He limitado mi relato al periodo 1939-1944, en el que tuve la inmensa suerte de conocerle y de vivir junto a él en Madrid. Durante la elaboración de estas páginas, algunas personas han tenido la suficiente paciencia de leer mis folios y sugerirme mejoras de estilo que me han sido muy útiles y de veras agradezco.

Como es sabido, el Opus Dei comenzó en España. En los primeros años cuarenta del siglo XX el país se hallaba estragado por la contienda civil: todo debía reconstruirse con muy escasos medios. En muchos corazones había heridas no restañadas. Imperaba un régimen político singular, autoritario, con libertades restringidas, que se proclamaba católico. A los cinco

meses de terminar la guerra civil, se desató violenta y devastadora la segunda guerra mundial, que tuvo fuertes repercusiones políticas, culturales y económicas en España.

En ese tiempo y bajo esas circunstancias, Dios quiso dar al Opus Dei un decisivo impulso. El Señor se lo había hecho ver en Madrid el 2 de octubre de 1928 a Josemaría Escrivá, un sacerdote que tenía entonces 26 años y que había nacido en Barbastro, en la provincia de Huesca. El Opus Dei abría caminos de santidad en el mundo a toda clase de personas, y estaba llamado a extenderse por toda la tierra, a lo largo de los siglos. Entre 1928 y 1936, gracias a la ayuda divina y a la fe gigante del Beato Josemaría, aquella semilla echó raíces y empezó a crecer muy lentamente. La guerra española (1936-1939) frenó la expansión.

En el periodo inmediato siguiente, del que se ocupan estas páginas, el Opus Dei tomó cuerpo: pasó de contar con sólo una docena de miembros, a unos dos centenares, extendiéndose desde Madrid a otras ciudades de España. El Beato Josemaría, con ardiente amor a Dios y a las almas, puso toda su vida al servicio de ese fuerte crecimiento; libró con fortaleza la batalla de la formación espiritual y doctrinal de sus hijos; se esforzó con paciente energía en hacer entender la naturaleza del Opus Dei, y emprendió el camino jurídico para encontrarle lugar adecuado, siempre al servicio de la Iglesia. También por entonces se ordenaron los tres primeros sacerdotes del Opus Dei. Y a medida que terminaban sus estudios civiles, sus hijos

pasaban a ejercer su trabajo profesional en la sociedad. Fue además una etapa de muy ásperas y dolorosas contradicciones, que el Fundador del Opus Dei sobrellevó lleno de caridad y sentido sobrenatural, con admirable humildad, alegría y paz.

No he pretendido hacer un estudio biográfico del Beato Josemaría ni una historia del Opus Dei durante esos cinco años. Tan sólo ofrecer un testimonio, basado en impresiones y recuerdos propios, acerca de un hombre santo, instrumento de Dios para abrir a la gente corriente horizontes de santidad y apostolado nunca soñados. Aunque con el empeño de ser objetivo y fidedigno, este relato se hace al hilo de lo visto a través del prisma del que escribe, y contiene un exceso de circunstancias secundarias referentes a su persona, que espero disculpe el lector.

Para establecer con mayor seguridad algunas fechas, he acudido a examinar en los Archivos de la Prelatura algunos cuadernos diarios de aquel periodo. En el texto aparecen bastantes nombres de fieles del Opus Dei y de amigos de esos tiempos: a todos ellos -también a los que no menciono por olvido o para no resultar prolijo- debo profundo reconocimiento.

Sirvan estas páginas para expresar mi agradecimiento al Fundador del Opus Dei, por la felicidad terrena que le debo y por haberme enseñado un camino hacia la eterna.





## **De Huesca a Madrid.**

La guerra civil Mis primeros recuerdos giran en torno a un lugar concreto de Huesca, la Plaza de Lizana. Había nacido en el número 8 de esa plaza el 3 de octubre de 1919, y nos habíamos trasladado muy poco después al número 11. Aquella plaza era entonces por entero de los niños de la vecindad. Allí jugábamos a nuestras anchas, sin que nos molestara ningún vehículo. En ella vi la llegada de grupos de soldados repatriados de la guerra de Marruecos. Por ella cruzaban los vecinos que, desde la parte baja de la ciudad, tomaban luego la empinada costanilla de Ricafort o la de Santiago para subir a la parte más alta, a la Catedral, al Ayuntamiento, al Hospital Provincial, al Instituto de Segunda Enseñanza o a la Escuela de Magisterio. Desde la galería de la parte posterior de la casa pude admirar, siendo muy niño, un eclipse de sol, probablemente el que se produjo el 24 de enero de 1925. Mi padre, Mariano, que era médico, nos anunció aquel fenómeno astronómico y nos aprestamos a observarlo con viva curiosidad y con unos cristales ahumados para proteger los ojos al mirar al sol. Los tres hermanos -yo era el menor- contemplamos expectantes cómo se cubría el sol en pleno día y se entenebrecía todo, como si se tratara de una negra tormenta de verano, a pesar de estar el cielo despejado. También mi madre, Paca, salió a presenciar aquella rareza, aunque recuerdo que al poco tiempo volvió a las faenas de la casa.

Mi abuelo paterno, Rafael Ponz, era el médico de Bolea, villa entonces de unos 2.000 habitantes, situada a

unos 20 km. de Huesca. Allí nació mi padre. Mi madre, Francisca Piedrafita, fue a Bolea como maestra nacional, "formalizó relaciones" -como entonces se decía- con mi padre y contrajeron matrimonio. Mi tío José María, hermano mayor de mi padre y médico como él, se quedó en la casa de mi abuelo Rafael, para ayudarle primero y sucederle después como médico municipal. Por eso, mi padre hubo de abrirse camino en otros lugares, sobre todo en Alerre, a unos 5 km. de Huesca, donde nacieron mis dos hermanos: Consuelo en 1911 y Mariano ya en 1917. La familia dio luego el salto a la capital, a Huesca, donde nació yo dos años después.

Cuando tenía unos seis años, dejamos la Plaza de Lizana para irnos a vivir al número 51 del Coso Alto, inmediato a la Plaza del Teatro, que se convirtió en el nuevo lugar de juegos, diversiones y pequeñas travesuras. Más tarde, ya en 1929 ó 1930, nos trasladamos al emplazamiento familiar definitivo, en el primer piso de una casa que, con ayuda de un fuerte crédito hipotecario que le torturó durante muchos años, mi padre hizo construir de nueva planta en la calle del Parque 24, entonces límite de la ciudad, junto al Parque que se empezaba a urbanizar.

Esos primeros años de matrimonio fueron para mis padres de muchas dificultades económicas y de duro trabajo. Ni mi abuelo paterno Rafael, desde Bolea, ni mi abuela materna Francisca Sambola, desde Sort (Lérida) - donde había nacido mi madre- podían ayudarles. Sé que mi padre, para defenderse, atendía pacientes de lugares

alejados a los que llegaba de día o de noche, con hielos, lluvias o calores, andando, en caballería, luego en moto, por caminos malísimos y con algún accidente, lo que daba a mi madre no poca preocupación. Ella había dejado su trabajo de maestra para cuidar del hogar, pero siempre le gustó enseñar en casa las primeras letras y las cuentas, primero a sus hijos -a mí entre ellos- y mucho después a su larga serie de nietos y hasta a algún biznieto.

En Huesca, mi padre consiguió una plaza de médico de la beneficencia municipal, se fue haciendo una estimable clientela particular en la ciudad y continuó atendiendo pacientes en pueblos próximos. Dedicaba las primeras horas de la mañana a visitar a los enfermos en sus casas, entonces sin ascensores, y a partir del mediodía recibía a los que venían a su consulta. Después de comer, iba a veces a una tertulia con médicos y otros amigos a un café próximo y de nuevo acudía a visitar a domicilio a los enfermos que lo precisaban. Pronto dejó también esa tertulia.

Mis primeros estudios en Huesca Aprendí a leer y a escribir de la mano de mi madre, excelente maestra, y hacia los cinco años comencé a ir al Colegio de Santiago Apóstol, al que también acudía mi hermano. Era un colegio privado, de ambiente cristiano, pero no llevado por religiosos; no tenía capilla ni había rezos colectivos. Durante mi estancia allí fueron directores don José Samper, maestro de edad avanzada, y don Máximo Seral, de los que guardo muy agradecido recuerdo. A los nueve años hice el



ingreso del bachillerato en el Instituto Nacional de Segunda Enseñanza de Huesca, el mismo en el que se había examinado diecisiete años antes, en 1912, Josemaría Escrivá. En ese Instituto, único entonces en la provincia, cursé los seis años de bachillerato como alumno oficial, entre 1929 y 1935.

El Instituto se hallaba entonces en la parte más alta de la ciudad, donde ahora se encuentra el Museo Provincial. Era el histórico edificio del Alcázar Real, de los antiguos reyes aragoneses, en el que Pedro IV de Aragón había fundado el Estudio General o Universidad de Huesca en 1345, y en el que también sitúa la tradición la famosa leyenda de la Campana de Huesca, según la cual, en el siglo XII, Ramiro II acabó con la rebeldía de los nobles levantiscos y ordenó cortar y colgar las cabezas de los principales. Todas las aulas y laboratorios del Instituto se abrían al claustro poligonal, cuyo perímetro interior, provisto de gruesas columnas y abierto a la intemperie, rodeaba al jardín central protegido por una sencilla verja. En el largo y duro invierno, las aulas tenían estufas de carbón, pero el claustro resultaba helador y ponía a prueba nuestra fortaleza física, de modo especial cuando el cierzo soplaba de recio. Casi todos los inviernos me salían sabañones.

Aquel Instituto era mixto, aunque por entonces eran pocas las chicas que estudiaban el bachillerato. Además de corretear por el claustro, jugábamos en la Plaza de la Universidad. Un día por semana teníamos clase de

Educación Física y practicábamos el fútbol en un descampado próximo. En no raras ocasiones, hacíamos guerras a pedrada limpia contra otros grupos de chicos, a veces hasta con onda: era una tradición que venía de lejos, pues Santiago Ramón y Cajal, que fue estudiante de ese Instituto casi setenta años antes, ya recoge este modo de pelear en sus recuerdos.

Formación religiosa Mis padres eran buenos cristianos y eso se reflejaba en el ambiente del hogar. Mi madre me enseñó las oraciones de niño, que rezábamos muchas veces con mi hermano antes de acostarnos. Circulaban entonces por las casas unas capillas portátiles y recuerdo que practicábamos ante ellas algunas devociones, entre otras la de los siete domingos de san José. Mis padres iban a Misa todos los domingos, y a partir de cierta edad empecé yo a acompañarles. Debió de ser hacia los seis o siete años cuando comencé a ir con mi hermano al Oratorio Festivo de los Salesianos los domingos por la tarde, donde nos enseñaban el catecismo de la doctrina cristiana, jugábamos al fútbol, asistíamos a la bendición con el Santísimo y a alguna función de teatro o película muda.

Así llegó el momento de la Primera Comunión, que hicimos a la vez mi hermano y yo en la Basílica de la Virgen del Pilar de Zaragoza un día de primavera. Recuerdo que viajamos mis padres y los tres hermanos en un pequeño Citroen. Antes de la Misa, hice también mi primera confesión. El hecho de recibir por primera vez al Señor quedó muy grabado en mi alma. Desde entonces,

animado por mi madre, procuraba confesar y comulgar en Huesca los domingos, casi siempre en la iglesia de san Vicente Mártir.

A principios de los años treinta llegó a Huesca un nuevo obispo, don Lino Rodrigo Ruesca, que bajo el impulso de Pío XI se propuso establecer la Acción Católica en sus diferentes ramas. Con el canónigo don Estanislao Tricas, Consiliario, nos reunió a algunos de edades parecidas a la mía para comenzar la Juventud de Acción Católica. Yo debía de estudiar tercero o cuarto curso de Bachillerato y fui bastante asiduo a los círculos de estudio de esa Juventud. Incluso llegué a intervenir en un acto público organizado por la Acción Católica en el salón de actos del Colegio de los Salesianos, probablemente en 1934. En mi casa, mis padres veían esto con complacencia, pero no me empujaban. Aunque eran buenos cristianos, en casa no se bendecía la mesa ni se rezaba el rosario en familia. Mucho menos se respiraba en aquel hogar ningún ambiente de sacristía ni de clericalismo. Tampoco tenían director espiritual.

Estudio y vacaciones La educación que recibí de mis padres era bastante abierta, aunque incitaba a poner esfuerzo en el estudio y a procurar sacar buenas notas. Recuerdo lo apenado que volví a casa con la papeleta de Física y Química al terminar 2º curso de Bachillerato -tenía yo once años-, al pensar en un posible disgusto familiar porque en esa asignatura me habían dado sólo aprobado. Mis padres se apresuraron a consolarme, y a indignarse -



injustamente- con el profesor. Por otra parte, aunque mi madre seguía de cerca la marcha de mis estudios, ni el Colegio de Santiago ni el Instituto enviaban informes periódicos a mis padres, que se fiaban bastante de mí, educando de ese modo mi libertad y mi responsabilidad. Lo mismo ocurría con el uso del dinero, aunque el margen disponible era escaso, ya que el ambiente de mi casa era de gran sobriedad, mirar mucho los gastos y no acceder a nuestros caprichos.

En verano nos quedábamos en Huesca. Mi primer deporte, además del fútbol durante el curso, fue ir en bicicleta a bañarme al río Isuela, o al Flumen que quedaba un poco más alejado, hasta que en los años treinta se construyeron unas instalaciones deportivas privadas en el Alcoraz: allí, con un abono barato, podía pasarme todas las mañanas en la piscina, después de haber leído en casa un buen rato alguna novela de Salgari o de Julio Verne. Por las tardes, más lectura, paseos con los amigos... En general iba más con los amigos de mi hermano, algo mayores que yo, que con los de mi edad. Llegué a nadar discretamente y hasta participé en unos campeonatos de natación en Zaragoza, en los que sufrí un estrepitoso fracaso, por haber abusado de una sabrosa paella en la pensión en la que vivía mi hermano, poco antes de la competición.

Recuerdo como excepción dos veranos singulares. Uno hacia 1927, cuando hicimos toda la familia un viaje a Lourdes por Canfranc, seguido de una corta estancia con mi abuela materna y mis tíos en Sort (Lérida). El otro, uno



o dos años más tarde, fuimos de nuevo a Lourdes, pero dando más vueltas: hicimos paradas rápidas en Pamplona y San Sebastián, para volver a entrar en España por el Valle de Arán, y pasar otros días en Sort. Fuimos también en 1929 a Barcelona para visitar la Exposición Universal. Estuvimos a punto de ver por primera vez cine sonoro - ponían la película "El desfile del amor"-, pero después de esperar bastante tiempo en una larga cola, un pariente que nos acompañaba, con fama de estricto, consideró que no era adecuada para nuestros ojos infantiles. No sin cierta irritación por parte de mi padre y del resto de la familia, tuvimos que desistir.

Pienso que yo era un chico más bien corriente, al que le gustaba el cine, explorar caminos entre huertas por las afueras de Huesca, comprar alguna vez cacahuetses, chufas y castañas asadas, leer novelas de aventuras, pasear por los porches y visitar las garitas en las ferias. Además de la natación, tenía cierta afición al ajedrez. Recuerdo haber participado con mi hermano en el asalto a una higuera de un huerto vecino, lo que dio lugar a la intervención de la policía municipal y a un mayúsculo disgusto familiar, que me apenó muchísimo.

Un profesor distinto En octubre de 1934 -con quince años- inicié el 6º y último curso de Bachillerato. Mi hermano, que estudiaba Medicina en Zaragoza, me habló del profesor de Agricultura que tendría yo ese año, el mismo que le había dado clase a él dos cursos antes. Se trataba de José María Albareda, un aragonés de Caspe que

tenía gran prestigio científico, por haber pasado varios años ampliando estudios en diversos países de Europa. Aunque obtuvo la cátedra del Instituto de Huesca ya en 1928 -el año en que Dios hizo ver a don Josemaría Escrivá el Opus Dei-, sus largas estancias en Alemania, Suiza y Gran Bretaña redujeron mucho su actividad como profesor de aquel Instituto. No obstante, cuando mi hermano y yo fuimos alumnos suyos en los cursos 1932-33 y 34-35, le tuvimos todo el año.

Con dos doctorados en su haber, en Farmacia y en Ciencias Químicas, y su merecida fama, Albareda se ganó enseguida nuestro respeto, sin que fuera nunca objeto de bromas, motes, ni chascarrillos, tan frecuentes entre estudiantes. En 1934 tenía treinta y dos años y le veíamos como un profesor muy inteligente, profundo, de aspecto sencillo, serio aunque con un fino sentido del humor, incansable en el trabajo, puntual en las clases, agudo, tenaz. Conocíamos su arraigada formación cristiana y que era "de misa diaria": un hombre bueno a carta cabal, que nos trataba siempre con afecto, delicadeza y comprensión.

Las clases de Albareda me resultaron muy formativas. En sus explicaciones atendía sobre todo a las cuestiones básicas de química y microbiología del suelo, al papel del laboreo y aireación de la tierra, a la nutrición vegetal, dejando de lado la Agricultura descriptiva, sobrecargada de datos, maquinarias y técnicas de cultivo. Aunque en aquel Instituto las clases prácticas experimentales eran excelentes, las de Agricultura con

Albareda fueron singulares, porque vinieron a ser como una colaboración en su investigación científica. El laboratorio estaba muy bien dotado de material, lo que permitía abordar con suficiente precisión una parte del análisis de suelos, campo que dominaba nuestro profesor, al que ayudábamos con interés y curiosidad. Había que verle exultante al descubrir por vitrinas y armarios nuevos instrumentos de trabajo, por ejemplo un juego muy completo de densímetros de precisión, que nos alababa con entusiasmo como de la mejor calidad existente entonces en el mundo.

Albareda llegaba a veces al Instituto con unas botas de campo que había comprado en Alemania, que le duraron muchos años, y una gabardina bastante usada, cargado con muestras de suelos que había tomado en excursiones científicas, que hacían abultar desmesuradamente su gran cartera de mano y hasta los bolsillos de aquella gabardina. En el laboratorio nos enseñaba con suma paciencia y comprensión a realizar cada proceso, sin enfadarse por nuestras torpezas, pero de forma que cuidáramos la calidad del trabajo. Un día se le cayó a uno un gran matraz de vidrio Jena que quedó hecho añicos y todos pensamos que nos iba a gritar por la pérdida del matraz y de su contenido; pero cuando llegó a nosotros atraído por el estrépito, se limitó a decirnos que esas cosas pasaban alguna vez en los mejores laboratorios.

Diversas circunstancias hicieron que mi relación con Albareda fuera bastante más estrecha que con otros



profesores. De una parte, me atraía su calidad científica y su modo de ser, sus clases, el trabajo en aquel laboratorio. De otra, mi hermana Consuelo se había casado en 1934 con un joven abogado muy valioso y conocido en la ciudad, José María Lacasa, activo en la política local y director del Orfeón Oscense, de edad parecida a la de Albareda, del que se había hecho bastante amigo. En mayo de 1935 murió mi hermana, pocos días después de dar a luz a su primer hijo, José Antonio, lo que contribuyó a que el profesor Albareda me mirara con particular compasión y afecto.

Llegó el momento de decidir mis futuros estudios. Por un lado, pesaba la tradición médica familiar, que no dejaba de gustarme, aunque más en lo que pudiera tener de fundamentación biológica que en la atención directa a los enfermos. El hecho de que mi hermano hubiera escogido ya la carrera de medicina constituía para mí un factor disuasorio. Otra posibilidad era seguir la línea de lo que explicaba el profesor Albareda. Después de hablar con unos y otros, mi cuñado Lacasa me animó a pedir consejo a Albareda, quien a la vista de mis aficiones me sugirió estudiar para ingeniero agrónomo. Mis padres no querían interferir en mi elección, aunque les dolía que me alejara de ellos. Por fin me decidí por la carrera de ingeniero agrónomo, lo que me iba a convertir en uno de los pocos estudiantes de Huesca que por aquel entonces iban a Madrid a cursar estudios superiores. Justo por ese tiempo José María Albareda ganó un concurso de traslado al Instituto Velázquez de la capital de España, lo que iba a permitir que continuara allí nuestra relación.



Durante mis estudios de bachillerato en Huesca se produjeron fuertes convulsiones políticas. Me tocó de cerca la sublevación militar de Jaca, en diciembre de 1930: proclamaron la República y se produjo un encuentro entre las tropas sublevadas y las leales a la Monarquía en las afueras de Huesca, cerca de Cillas, con cañonazos "de verdad" disparados por la artillería, que me alarmaron y sacaron de la cama. Días después tuvo lugar la condena a muerte y fusilamiento en Huesca de los capitanes sublevados Galán y García Hernández.

Llegó la República en 1931. Mi padre, que siendo estudiante quizá llegó a sentir simpatía por movimientos de izquierdas, era hombre a quien gustaba el orden y el trabajo. A principios de los años treinta veía con gran preocupación la actitud revolucionaria, antirreligiosa y de violenta demagogia de los primeros años de la República. Por eso, mostraba inclinaciones hacia los partidos de centro-derecha, por Gil Robles y la CEDA a partir de su creación, aunque también hacia Calvo Sotelo, José Antonio Primo de Rivera y otros líderes políticos. Yo, con catorce a dieciséis años, participaba, de modo poco definido, en el modo de pensar de mi padre.

### Primer año de estudiante en Madrid (1935-1936)

Me trasladé a Madrid al comenzar el otoño de 1935. En mi primer viaje a la capital me acompañaban mi padre - que tampoco la había pisado- y mi cuñado, que había

estudiado allí durante un año, aunque luego cursó Derecho en Zaragoza. Pedimos orientación para mi alojamiento en la Academia Cibrián-Rodrigañez, muy acreditada para la preparación de Agrónomos, instalada en la calle del Prado. Aunque mencionaron una residencia de estudiantes en la calle Ferraz, nos recomendaron más otra en la calle Serrano, de muy próximo traslado a la de Narváez, que pareció bien a mi padre. Si nos hubieran dicho que la de Ferraz tenía que ver con don Josemaría Escrivá, mi cuñado se habría interesado a buen seguro por ella, ya que los dos habían coincidido en las aulas de Derecho en Zaragoza por algún tiempo. En cualquier caso, la elección de esa residencia, Dios sabe por qué, retrasó en cuatro años mi encuentro con el Fundador del Opus Dei.

Rondaba yo los dieciséis años. La residencia en que me alojé estaba dirigida por un sacerdote de Lopera (Jaén), don José Orti, a quien todos llamábamos Padre Pepe, que después de la guerra civil española restableció la Orden de los Jerónimos en el monasterio de El Parral, tomando el nombre de José de Lopera. Años más tarde supe que don Josemaría Escrivá y él se conocían. Mi soledad madrileña estaba un tanto aminorada por una relación escasa con una familia algo conocida de la mía y, más en particular, por la que recuperé pronto con mi querido profesor Albareda, que seguía soltero y sin compromiso, y se alojaba en una casa de huéspedes en la calle Menéndez Pelayo 13, en el límite Este del Retiro, muy cerca de la de Narváez. Con él salía yo de paseo por las calles de Madrid bastantes domingos. Además de su trabajo de catedrático en el Instituto Velázquez, se encargaba ese año de desarrollar un curso de

su especialidad -el primero que se daba en España sobre Ciencia del Suelo- en la Cátedra Conde de Cartagena de la Academia de Ciencias.

Por aquel entonces, Albareda empezó a visitar a don Josemaría Escrivá en la residencia de estudiantes de la calle de Ferraz 50, pero en nuestros largos paseos no me lo comentó. Las conversaciones con Albareda me resultaban agradables, mejoraban mi cultura y mi conocimiento de la ciudad y de sus riquezas artísticas, a la vez que contribuían a que formara criterio con trasfondo cristiano sobre variadas cuestiones. Pronto me di cuenta de que el recorrido incluía siempre la visita a alguna iglesia, donde estábamos unos pocos minutos ante el Sagrario, muestra de la devoción eucarística de mi cicerone. Más tarde comprendí que esa costumbre la había aprendido de don Josemaría Escrivá. Entre los diversos temas de nuestras charlas, surgía espontáneo el de servir a los demás y a la sociedad con el trabajo científico bien hecho. Casi nunca tratábamos temas políticos, al menos de carácter partidista.

Fuera de aquellos paseos y de algunos otros más breves con algún compañero de residencia por el vecino Parque del Retiro, mi vida en Madrid consistía en acudir -caminando o en tranvía- a las clases de la academia de preparación, y en estudiar, consciente de la dificultad de la carrera y de mi responsabilidad ante mi familia. No creo que fuera más de dos o tres veces al cine en todo el año. Tampoco iba al fútbol, con la excepción de un partido Austria-España que se jugó en el Estadio Metropolitano.



Procuraba no agravar el esfuerzo económico que para mi familia suponían mis estudios.

Nunca había hecho ejercicios espirituales. El Padre Pepe organizó en la residencia unos dirigidos por un jesuita, el Padre Martínez, a los que como residente asistí. Poco antes de que terminaran, uno de los mayores que vivía con nosotros anunció su decisión de ingresar en la Compañía de Jesús, en un noviciado de Bélgica. Este hecho, y el contenido de algunas meditaciones, hicieron que pasara por mi cabeza la posibilidad de entregarme al Señor, pero de forma muy fugaz: deseché enseguida la idea.

Aquel curso fue en lo político bastante movido, sobre todo a partir de las elecciones de febrero de 1936, cuando triunfó el Frente Popular, que agrupaba a todos los partidos de izquierda. Se repitieron las huelgas y alborotos, las manifestaciones de masas envalentonadas, las luchas callejeras violentas, las revueltas estudiantiles de todos los colores. El ambiente de amenaza y los asesinatos en plena calle elevaban la tensión y presagiaban lo peor. Yo andaba algo al margen de todo aquello, porque mis clases no tenían lugar en la Universidad. Las actitudes antirreligiosas eran cada vez más agresivas y uno se topaba con bravuconadas y griteríos cuando menos lo esperaba. En medio de esa extremada agitación política y social, las amigables conversaciones con Albareda constituían un remanso de serenidad y de paz, y me abrían más amplios y elevados horizontes.



Por ese tiempo, la relación espiritual que Albareda mantenía con don Josemaría Escrivá le llevó a descubrir miras más altas en su vida, una razón de ser más profunda para su vocación científica, un sentido más pleno de lo que Dios esperaba de él. Y de algún modo procuraba también transmitirme esa misma visión cristiana, con consideraciones que abundaban en la primacía de los valores del espíritu, en el sentido sobrenatural de la existencia, en el servicio humano y cristiano que se podía prestar con las tareas corrientes.

Llegaron los exámenes de junio. Como solía ocurrir con los que aún tenían 16 años y se presentaban por primera vez -salvo en el caso, que no era el mío, de algún genio-, me suspendieron en el ingreso de Agrónomos. Volví a Huesca de vacaciones, para preparar la convocatoria de septiembre.

Tiempo de guerra civil Llevaba pocos días en Huesca cuando las tensiones políticas alcanzaron su punto más agudo. El 13 de julio de 1936 tuvo lugar en Madrid el asesinato de Calvo Sotelo, líder de la oposición, muy pocos días después de otro asesinato: el de un teniente de las fuerzas de Asalto. El 17 llegaron noticias de un alzamiento militar en Marruecos. El 18 de julio, las emisoras de radio hervían en informaciones muy alarmantes y confusas desde distintas ciudades, y por las calles de Huesca patrullaban grupos civiles armados leales al Gobierno de la República, mientras los Guardias de Asalto se mantenían expectantes.

En la noche del 18 al 19, se supo que el Gobierno Militar de Huesca se había sumado al alzamiento militar, contando con la colaboración de los Guardias de Asalto, de la Policía y de la Guardia Civil, y que el Ejército se había desplegado por la ciudad sin resistencia, proclamando el Estado de Guerra. Era el comienzo de la guerra civil en toda España. Pensábamos que sería cosa de días o de pocas semanas, pero el conflicto duró casi tres años. Sus primeros veinte meses resultaron particularmente duros para Huesca, que durante ese largo tiempo estuvo casi cercada por las tropas republicanas y anarquistas.

En Huesca permanecí hasta marzo de 1938. Albareda se hallaba en Madrid y no supe de él en mucho tiempo, pero a principios de 1938 me llegó la noticia, por mi cuñado José María Lacasa, de que mi profesor y amigo había conseguido huir de la zona republicana para pasar a la que se llamaba "nacional". Por entonces fui llamado a filas y me incorporé al Regimiento de Aragón nº 17, en el Castillo de la Aljafería de Zaragoza. Un día, hacia abril o mayo, pudimos pasear Albareda y yo por el Parque de Torrero, tras irle a buscar a la Facultad de Ciencias donde, no recuerdo cómo, nos habíamos citado.

Albareda, que en los cuatro o cinco meses que llevaba en la zona nacional se había repuesto del demacrado estado al que había llegado en la otra zona, tenía un aspecto poco distinto del de dos años antes. Ambos nos alegramos mucho de volver a vernos. Le conté mis andanzas por Huesca: tras la situación de largo asedio

de la ciudad, el ejército nacional había roto el frente para avanzar hasta Cataluña. A su vez, él me explicó con bastante amplitud su vida en Madrid. Me habló de las graves dificultades de su año largo madrileño en su casa de huéspedes de la calle Menéndez Pelayo, de la tremenda persecución religiosa que había tenido lugar -con asesinatos, supresión del culto, saqueos e incendios de iglesias- y de que sólo de modo excepcional y con muy grave riesgo había tenido posibilidad de verse con algún sacerdote para confesarse o comulgar, o para asistir a Misa en algún escondrijo. Me contó que, a veces, preparaban las formas para consagrar con las obleas que tenían los farmacéuticos para confeccionar sellos de medicamentos.

Me relató también cómo había conseguido salir de Madrid con un sacerdote y algunos amigos. A través de Valencia y Barcelona, iniciaron desde la espesura del bosque leridano de Rialp una larga marcha hacia Andorra, caminando de noche con otros grupos de fugitivos que se iban uniendo a la expedición, conducidos por guías con experiencia en esas operaciones. Albareda no me dijo los nombres de quienes pasaron con él la frontera, pero supe después que el sacerdote era el Fundador del Opus Dei, Josemaría Escrivá de Balaguer. Después de la penosa travesía hasta Andorra llegaron a Francia, pasaron por Lourdes para dar gracias a la Virgen y entraron en España por el puente de Hendaya. Me dijo Albareda que, después de unos días en Zaragoza, se había instalado en Burgos, aunque trabajaba en Vitoria, donde colaboraba en servicios del Ministerio de Educación.



Al contarme todo aquello, Albareda no se daba la menor importancia. Hablaba con sencillez, sin que se le escapase impropiedad o frase alguna de indignación ni de condena hacia las autoridades o milicianos de la zona republicana. A pesar de que habían asesinado en Caspe a su padre y a su hermano, no se apreciaba en él ningún espíritu de revancha, ni la menor falta de caridad contra nadie.

Hay algo más que Ciencia del Suelo José María Albareda era hombre que amaba a su patria y deseaba que se estableciera cuanto antes la paz y volviera el país a la normalidad, pero tenía una visión muy serena y objetiva de las cosas. En un tiempo de exaltación colectiva en ambos bandos, en el que todo el mundo tenía puesto su interés en la marcha de la contienda, él me estuvo hablando en aquel largo paseo de que la guerra sería algo pasajero y que de cara al futuro había cosas más importantes. Me hizo ver que era preciso ocuparse de la elevación científica y cultural del país y de que la paz se edificara sobre una base verdaderamente cristiana. Había que prepararse para servir a los demás haciendo cada uno su trabajo lo mejor posible, no por afán de brillo humano, sino como generosa aportación al progreso de la sociedad. Para eso importaba mucho formarse bien, procurar vivir de acuerdo con la fe, poner empeño en el estudio y evitar caer en la pérdida de tiempo y en el abandono que suelen acompañar a las situaciones bélicas.

Me animó a vivir las prácticas de piedad que pudiera y a mantener correspondencia con él cuando me encontrara en el frente de guerra, por si podía darme la dirección de algún amigo suyo que estuviera próximo. Insistió mucho en que aprovechara mi periodo militar para estudiar un idioma, aconsejándome en concreto el alemán. Mis protestas de que iba a ser imposible llevarme libros de gramática en el reducido macuto de soldado de que disponía, quedaron desbaratadas con su consejo de que me comprara un diccionario Liliput, pequeñísimo; él me mandaría unas cuartillas con ejercicios y las raíces de las palabras alemanas más usuales.

Esa extensa conversación con Albareda, aunque no contuvo ninguna referencia explícita al Opus Dei, reflejaba a las claras, en mucho mayor grado que cuando paseaba con él por Madrid antes del comienzo de la guerra, el espíritu que animaba a don Josemaría Escrivá. Luego supe que en sus charlas de dirección espiritual, el Fundador de la Obra le mostró que podía santificarse en su trabajo: "Ese es tu sitio: el laboratorio y la cátedra son los lugares de tu encuentro con Cristo", le había dicho un día. Al conocer el Opus Dei, había comprendido que su dedicación a la Ciencia del Suelo encontraba su justificación plena si estaba movida por el amor de Dios. Ya durante la guerra, había podido mantener relación en Madrid con Isidoro Zorzano y con otros de los primeros miembros del Opus Dei, y con el propio don Josemaría Escrivá. Incluso asistió a los ejercicios espirituales que éste dirigió para unos pocos de forma un tanto itinerante a finales del verano de 1937.

Pidió la admisión en el Opus Dei por esos días, el 8 de septiembre.

Durante los ocho meses transcurridos desde entonces hasta nuestro encuentro, la relación de José María Albareda con don Josemaría Escrivá fue muy intensa y próxima, en situaciones muy difíciles, llenas de penalidades y escaseces, que exigían total fe en Dios y en aquel sacerdote santo. Esto explica que al hablar José María conmigo en Zaragoza fluyera de él con espontánea naturalidad el espíritu del Opus Dei, y que la amistad que nos teníamos tuviera por su parte marcada intencionalidad apostólica. Su misma recomendación de que estudiara un idioma respondía a los consejos que daba don Josemaría Escrivá, tanto para aprovechar el tiempo de guerra en algo útil para la formación profesional, como, sobre todo, para preparar la expansión de la Obra a otros países en cuanto fuese posible.

Aunque -no sé si por timidez o delicadeza- nunca se lo pregunté después, estoy seguro de que José María Albareda habló a don Josemaría Escrivá de aquel encuentro conmigo, teniendo en cuenta que ambos vivían en el Hotel Sabadell de Burgos durante esos meses de 1938. Quizás incluso ya antes de la guerra civil, cuando se dirigía espiritualmente con él, le habría hablado de mí y de los paseos que nos dábamos por Madrid. Por algo me decía el Fundador del Opus Dei años después: "¡Cuánto nos has costado, cómo te resistías!".



Termina una guerra y empieza otra Me compré el diccionario Liliput y salí a primeros de junio de 1938 al frente de guerra de Lérida, ya en la línea del Segre y del Noguera Pallaresa. Después de diversas andanzas con el Cuerpo de Ejército de Aragón llegamos a la zona pirenaica de Nuria en febrero de 1939. Terminé la contienda en Torremocha y Cuenca. Durante ese tiempo, casi un año entero, escribí alguna vez a José María Albareda, no recuerdo si a Burgos o a Vitoria, y estudié muy poco alemán. En momentos de peligro -recuerdo las guardias nocturnas en puestos avanzados de la cabeza de puente de Balaguer- sentí muy viva la presencia de Dios, pero yo seguía teniendo una vida de piedad que se reducía a poco más que procurar oír misa y comulgar los domingos en que disponíamos de capellán.

Terminada la guerra, seguí unos meses de soldado en Zaragoza y Jaca hasta que obtuve permiso para estudiar y presentarme a los exámenes de Agrónomos al final del verano de 1939. La interrupción de los estudios universitarios durante los tres años académicos anteriores se trató de compensar, en parte, mediante la concesión de permisos automáticos a los estudiantes que quisieran presentarse a exámenes en una convocatoria especial a finales de agosto y primeros de septiembre. Además, se dio la posibilidad de hacer durante el año 1939-40 dos cursos en régimen intensivo, uno entre septiembre y febrero y otro entre finales de febrero y julio. En la primera convocatoria de la postguerra, conseguí aprobar todo lo pendiente de junio de 1936, con lo que me quedaron para

completar el ingreso los dos grupos de Matemáticas, lo más difícil.

La paz alcanzada de modo tan sangriento en España se vio enseguida amenazada por el comienzo de la II Guerra Mundial, que estalló a primeros de septiembre de 1939. Aunque España se apresuró a declarar su neutralidad, los riesgos de quedar envuelta en el conflicto fueron en adelante continuos.

## Mi encuentro con el Opus Dei

Al conocer las notas favorables de los exámenes de aquel septiembre de 1939, fui a ver a José María Albareda para contarle los buenos resultados. Me anunció que se iba a trasladar a una residencia que se había instalado aquel verano en la calle de Jenner y me invitó a visitarle allí.

Entre tanto, con noticias confusas sobre si el Padre Pepe seguiría con su residencia de la calle de Narváez, había encontrado alojamiento en una casa de huéspedes muy modesta y barata en la calle de León, muy cerca de la academia de preparación. Aún no comprendo por qué no pasó por mi cabeza la idea de pedir plaza en la residencia de Jenner, al saber que viviría allí mi profesor. El hecho es que un día de la primera quincena de octubre fui a ver a Albareda a esa residencia.

Después de charlar un buen rato, José María Albareda me presentó a Francisco Botella, que me informó con detalle de la labor de formación cristiana que se hacía en la residencia. Sin duda no quiso explicarme aquello el propio Albareda para que decidiera yo participar o no con más libertad. Tenía Paco unos años más que yo: era de Alcoy, alto y muy delgado, simpático, muy dinámico. Había terminado la carrera de Ciencias Exactas y preparaba el doctorado. Me habló de don Josemaría Escrivá de Balaguer, a quien él y todos allí llamaban "el Padre", y de su dedicación a la formación espiritual de estudiantes y de



otras personas. Me hizo ver la conveniencia de que hubiera en el mundo muchos cristianos que con buena preparación profesional se esforzaran por realizar bien su trabajo y vivir conforme a su fe, procurando que sus amigos y compañeros hicieran lo mismo. Para eso era necesario cuidar la propia formación cristiana, tener trato con Dios, estudiar con seriedad; algo que me recordaba ideas que José María Albareda había esbozado en nuestro paseo de Zaragoza un año y medio antes.

Paco me invitó a participar en las actividades culturales de la residencia y, más en concreto, a asistir a los cursos de formación espiritual que dirigía el Padre, que consistían en una clase a la semana. Me pareció bien la idea, y Paco me dio a escoger entre varias posibilidades, a última hora de la tarde o de la mañana. Por mis horarios, elegí acudir por la mañana. Me enseñó también el oratorio y me ofreció la posibilidad de estudiar en la biblioteca de la residencia.

Conozco a Josemaría Escrivá de Balaguer El día convenido volví a la residencia de Jenner para asistir a mi primera clase de formación. Los seis o siete que iban a ser mis compañeros -estudiantes como yo de ingreso de Ingenierías o de Arquitectura, que en su mayoría vivían en la residencia- charlaban amigablemente en la sala de estar, esperando a don Josemaría, que llegó puntual. El Padre, como le he llamado yo siempre desde entonces, tenía por esas fechas treinta y siete años y yo acababa de cumplir los veinte. Era un sacerdote joven, alto, de cara llena, con

gafas de cristales redondos. Tenía el pelo castaño oscuro, coronilla sacerdotal amplia que con frecuencia cubría con un solideo negro, sotana limpia y aspecto exterior cuidado. Se le veía lleno de vitalidad, resultaba simpático y muy alegre; atraía y a la vez movía al respeto. Su voz era recia, sonora. Se le podían reconocer en ciertos momentos giros, expresiones y acentos altoaragoneses. Cuando me enteré de que era de Barbastro -ciudad situada a unos 50 km. de Huesca- me alegré de que fuera paisano mío, con ese inevitable orgullo localista que casi todos tenemos.

Desde el primer momento, don Josemaría me impresionó de forma muy viva: había en él algo singular. Uno se sentía entrañablemente querido. Me di cuenta de que era muy sobrenatural y al propio tiempo muy humano; con una mentalidad muy laical, sin clericalismos, pero a la vez -si puede decirse así- muy sacerdote, muy consciente de su ministerio en la Iglesia, a la que amaba profundamente. Hablaba con fe firme, con segura convicción, con vigor y de modo cordial, sencillo, asequible a todos. Algo poco definible movía a reconocerle una plena e indiscutida autoridad, a la vez que a mantener con él una relación confiada.

El Padre salpicaba su conversación y explicaciones con anécdotas y ejemplos, bromeaba con unos y otros, derrochaba buen humor y alegría. Su mirada era muy expresiva y penetrante, y reflejaba el cariño que nos tenía. Estaba lleno de Dios y de celo por todas las almas. Sólo trataba de temas espirituales, sin tocar cuestiones de otro

tipo, a pesar de que las noticias de la vida política nacional y de la guerra mundial ocupaban las primeras planas de los periódicos y eran, en cualquier otro ambiente, habitual tema de conversación.

Los cursos de formación cristiana Aquella primera clase me gustó mucho, y me prometí seguir el curso de formación sin perderme ninguna. Entendí desde el primer momento que no se trataba de adquirir conocimientos teóricos brillantes ni eruditos, ni de que cada uno preparase un tema para explicárselo luego a los demás y discutirlo. Se asistía para aprender a ser buen cristiano en la vida corriente y en el trabajo, para procurar poner en práctica las enseñanzas recibidas. El espíritu y modo de ser del Padre, su forma de dar las clases, los ratos de amigable charla antes y después, todo me resultaba tremendamente nuevo y atrayente, rompía en muchos aspectos con lo que antes había conocido. Era una manera de entender la vida cristiana que entroncaba con la de los cristianos de los primeros siglos, que vivían su fe en el lugar y ocupaciones en que se encontraban.

Las clases abordaban temas muy variados: la forma de vivir la fraternidad cristiana, la santificación del trabajo profesional y -en nuestro caso- de los estudios que cada uno seguíamos, la necesidad de la oración y la mortificación, el trato con Jesús en la Eucaristía, la dirección espiritual... También insistía mucho el Padre en la importancia de adquirir virtudes humanas. Se descubría un modo de vivir de acuerdo con la fe, asequible a



cualquier persona corriente, en las cosas y circunstancias ordinarias. En eso, nos repetía don Josemaría, está la santidad. El trato con Dios, la lucha por la santidad, es algo para toda clase de personas y para el día entero: no puede quedar restringido a un tiempo diario o semanal.

El Padre nos decía que estudiar era para nosotros una obligación grave y que un estudiante que no estudia no puede ser buen cristiano, porque no cumple con su deber. Sus palabras eran positivas y animosas. Mostraba mucho más el lado bueno de las virtudes -lo que suponen de amor y amistad con Dios y de felicidad personal- que lo malo de los vicios con la lista de lo que no se debe hacer. Al hablarnos, por ejemplo, de pureza, no acudía a contar hechos truculentos con muertes en pleno pecado -como solían hacer bastantes predicadores de la época-, ni a hacer un elenco de lo prohibido. Prefería que contempláramos la belleza de la castidad, el atractivo de llevar una vida limpia, superando la simple animalidad por amor de Dios. Nos explicaba que la lucha en ese campo era algo corriente, que la habían tenido los santos, y que siempre se podía vencer con la ayuda del Señor y de la Virgen.

Al final de cada clase nos solía preguntar por nuestros amigos, y nos animaba a que les invitáramos a conocer la residencia. También nos contaba sus viajes a distintas ciudades -Valencia, Barcelona, Zaragoza, Valladolid- y pedía que rezáramos para poder extender pronto también allí los cursos de formación espiritual de Jenner.

El ambiente de la Residencia Desde el principio, me sentí muy a gusto en los ratos que pasaba en aquella residencia, aunque sólo acudía para asistir a los círculos. Con quienes más relación tuve aquellos meses fue con Paco Botella, Pedro Casciaro -que como Paco preparaba el doctorado en Matemáticas- y Vicente Rodríguez Casado, un licenciado en Historia que también hacía su tesis doctoral. Además, estaban allí Juan Jiménez Vargas, que era médico y director de la residencia, y Álvaro del Portillo, estudiante de Ingeniería de Caminos. Todos ellos habían conocido y tratado al Padre antes de la guerra civil. Al llegar a Jenner solía ir casi siempre a la habitación de Ángel Galíndez, un residente de Bilbao que estudiaba también para Ingeniero Agrónomo. Iba más avanzado que yo en el ingreso y me echaba una mano en algún problema matemático más difícil.

El ambiente de la casa me resultaba muy agradable: muy acogedor y simpático por la decoración, y muy cordial, amistoso y sencillo en lo humano. Abundaba la alegre vivacidad, la simpatía y el sincero afecto e interés de unos por otros. Las conversaciones no se centraban en cuestiones triviales o en lugares comunes, sino que respondían con naturalidad al nivel cultural de universitarios de distintas carreras, sin asomo de pedantería. En general había preocupación por el estudio, por no perder el tiempo. En cuanto aparecía el Padre, se formaba enseguida un corro a su alrededor. Nos sentíamos atraídos por su alegría, buen humor, cariño y sentido

sobrenatural. Daba gusto estar con él en aquel ambiente familiar y escucharle aunque sólo fuera unos minutos.

He de confesar que, aunque lo que el Padre enseñaba en las clases del curso de formación me resultaba convincente y atractivo, yo lo llevaba muy poco a la práctica. Sí que empecé a pasar a diario por alguna iglesia para hacer una visita breve al Santísimo. Conocí enseguida la existencia de Camino, un libro escrito por el Padre que acababa de publicarse en Valencia en septiembre de 1939, pero no me lo llegué a comprar. Y a pesar de que uno de los temas de las charlas de formación trataba de la conveniencia de tener dirección espiritual, no se me ocurrió acudir al Padre con ese fin.

Un día de retiro espiritual Al regresar a Madrid después de las vacaciones de Navidad, reanudé mi asistencia a las clases o círculos en Jenner. Me invitaron a un retiro espiritual el domingo 21 de enero de 1940. No encontré ningún motivo para no asistir. Me presenté en la residencia minutos antes del comienzo de la primera meditación, previa a la Santa Misa. El día era frío y amenazaba nieve. El oratorio estaba repleto. Había oído al Padre en las clases de formación, pero todavía no en meditaciones o pláticas. El Padre hablaba con fuerza, a la cabeza y al corazón, ante el Señor presente en el Sagrario. Su expresión y su mirada no permitían dudar de esa Presencia. La meditación trató de la pesca milagrosa. Las frases del Evangelio adquirían en labios del Padre una viveza extraordinaria. Eran las del Padre palabras ardientes



que urgían a corresponder al amor de Dios, a atender con generosidad la invitación de Jesucristo a seguirle y a acercarse al Señor a nuestros compañeros.

Avanzada la mañana del retiro, en un intervalo, Paco Botella me llevó aparte para hablarme a fondo del Opus Dei. Me explicó que Dios había querido servirse de don Josemaría para promover la santidad en medio del mundo entre los fieles corrientes, y que se lo había hecho ver así con claridad el 2 de octubre de 1928. Una santidad en las ocupaciones ordinarias, en el estudio y en el trabajo profesional, en las relaciones familiares y sociales, muy similar a la de los primeros cristianos, que no se apartaban del mundo y vivían las virtudes en el grado heroico propio de los santos que la Iglesia llevaba a los altares. El Opus Dei -me explicó Paco- tiene origen, fines y medios sobrenaturales, y no era circunstancial o temporal, sino que estaba llamado a permanecer por los siglos.

Para pertenecer al Opus Dei, me dijo, era precisa una llamada específica de Dios, tener una disposición de entrega total y para siempre al Señor, con completo desprendimiento de los bienes materiales, pero sin apartarse de los quehaceres ordinarios, ya que el Opus Dei no sacaba a nadie de su sitio. También me dijo que el Padre era entonces el único sacerdote, pero que con el tiempo se ordenarían otros de entre los que llevaran años en la Obra, aunque el número de sacerdotes sería siempre muy pequeño en relación con el de los seglares. Quedó muy claro que, aun cuando en aquel momento sólo había

personas del Opus Dei en Madrid y en Valencia, Dios lo quería con entraña universal, extendido por todo el mundo entre hombres y mujeres de toda condición.

Esta conversación con Paco Botella me abrió horizontes nuevos. El Padre no era sólo un buen sacerdote lleno de celo por las almas, sino un instrumento de Dios para difundir la llamada universal a la santidad. Y aquel puñado de personas que ayudaban al Padre seguían una llamada divina, e iban a contribuir a la extensión de la Obra por todas partes y a lo largo del tiempo.

Siguió el retiro espiritual y, después de la conversación con Paco Botella, las palabras del Padre adquirirían para mí significados mucho más profundos. Sin embargo, yo me veía muy alejado del amor de Dios que apreciaba en el Padre y en aquellos que intuía formaban parte del Opus Dei. La posibilidad de que yo llegara a vivir de ese modo se me antojaba, aunque atractiva, muy distante: como al final de un largo camino que tendría que recorrer. Al terminar el retiro, volví a charlar con Paco Botella mientras paseábamos por La Castellana. Había una delgada capa de nieve. Continuó explicándome la Obra, y me dijo que ese mismo día había pedido la admisión en el Opus Dei un ingeniero de Caminos -José Luis Múzquiz, según supe después-. Algo por dentro removía mi corazón. Pero Paco no me hizo ninguna pregunta directa sobre mi disposición personal -ni yo deseaba expresarla-, así que nos despedimos.

Compré Camino, por doce o catorce pesetas, para leerlo en mi alojamiento. Solía hacerlo por la noche, después de resolver los problemas que nos ponían en la academia, a veces ya de madrugada, antes de acostarme. Su estilo directo y confidencial hacía que, con cada punto de meditación, la voz del Padre golpeará con fuerza mi corazón. He de reconocer que algunos de esos puntos me acuciaban a dar una respuesta de entrega inmediata, pero algún otro me daba un aparente apoyo para aplazarla. La invitación del Señor a seguirle se insinuaba en lo profundo del alma y resultaba difícil de esquivar. Y surgía en mi interior una pregunta aguda y persistente, que no me atrevía a responder: "Y tú, ¿por qué no?".

Un olvido oportuno y mi conversación con el Padre El viernes 9 de febrero era festivo y fui a Jenner para recoger un pequeño misal que había olvidado el día del retiro. Hablé de nuevo con Paco Botella. Me describió las dificultades que habían encontrado algunos para responder a la llamada divina. Y me hizo ver cómo todas ellas eran superables, con la gracia de Dios, si se pone el amor divino por encima del humano, por noble que éste sea. Me ayudó a comprender que no era necesario esperar a tener mucha vida interior para decidirse a seguir al Señor. Con sus palabras quedaban vencidas mis posibles defensas o excusas, las barreras que se podían oponer a mi entrega. Y al final, cuando nos despedíamos en la puerta de la residencia, me preguntó directamente: "¿Y tú qué piensas de todo esto? ¿no lo ves para ti?". Al responderle con un lacónico -aunque esperanzador- "quizás sí", me animó a decidirme entonces; pero me seguía viendo muy lejos de



aquel ideal de santidad y abandoné la residencia dejando el tema pendiente.

Paco me telefoneó el día siguiente, sábado. Quería verme antes de salir de viaje. Me animó a que no le diera más vueltas al tema y hablara ya, decidido, con el Padre. Accedí a ir a la residencia, aunque advirtiéndole que continuaba indeciso. Salí en busca del tranvía 45, el que solía utilizar para acercarme a Jenner. Estoy seguro de que el Padre, Paco, José María Albareda y otros de la Obra rezaban intensamente por mi vocación. En el trayecto, mi cabeza estaba en ebullición. Recordaba algo que me había dicho Paco, y que había oído también al Padre alguna vez: que en la vida había que saber correr riesgos, que en ocasiones uno debía saber "liarse la manta a la cabeza" y tomar decisiones firmes, sin pretender imposibles seguridades físicas. Comprendí que no debía retrasar más mi respuesta. Y mientras aquel tranvía hacía su recorrido, resolví no pensármelo más y fiarme del Señor y del Padre, entregándome para siempre a Dios en el Opus Dei.

En Jenner hablé un buen rato con el Padre en su habitación, que era muy pequeña y le servía de dormitorio y despacho de trabajo. Era la primera vez que entraba allí y también la primera conversación personal que tenía con él. El Padre, de forma muy paternal y muy sobrenatural, quiso dejarme muy claros algunos puntos. Además de hablarme de las características esenciales de la Obra y de las exigencias de la entrega, me hizo ver que la llamada que me hacía el Señor era de carácter sobrenatural, cosa de

Dios y no de los hombres. Me explicó también que en el Opus Dei formábamos una familia de vínculos sobrenaturales, que debíamos querernos de verdad y ayudarnos unos a otros a ser santos y felices. Ser de la Obra significaba comprometerse a luchar toda la vida para mejorar en las virtudes cristianas, para alcanzar la santidad según el espíritu que Dios le había dado. Y me advirtió que en esa lucha me podría encontrar con tentaciones contra la fe, contra la pureza y contra el camino que iniciaba, es decir, contra mi entrega a Dios; pero me aseguró que con la ayuda divina, el cumplimiento de las normas de piedad, la oración de unos por otros y el trabajo, no debía inquietarme ni darles importancia, siempre que acudiera con sinceridad y sencillez, cuanto antes, a quienes se encargaran de orientarme.

Desde aquel momento me sentí íntima y cordialmente vinculado, de por vida, a mi nueva familia, el Opus Dei. Por mi parte, hablé muy poco, quizá sólo sobre lo lejos que me veía yo de alcanzar un ideal tan alto. Al terminar esa charla, me invitó a ir al oratorio de la residencia para dar gracias al Señor. Era el 10 de febrero de 1940, sábado, hacia la dos menos cuarto de la tarde, ya en la víspera de la festividad de la Virgen de Lourdes.

Junto al oratorio estaba Fernando Delapiente, un ingeniero industrial que entonces dirigía una azucarera en Terror (Zaragoza). Esperaba al Padre y pidió ese mismo día la admisión en el Opus Dei. En el oratorio, con plena conciencia de la hondura del paso que había dado, rogué al

Señor y a su Madre que me ayudaran a ser siempre fiel a la llamada recibida y al Padre. Y me volví a mi casa de huéspedes de la calle de León.



## Con el Padre en la residencia de Jenner

No hacía falta ser muy avisado para comprender que tenía poco sentido continuar en la casa de huéspedes. Vi con claridad que mi formación en el espíritu de la Obra y mi colaboración en las actividades apostólicas se facilitarían viviendo en Jenner. Por eso, planteé enseguida esa posibilidad. Como la residencia costaba algo más y eso podía agravar la no desahogada situación económica de mi familia, vimos que alguna clase particular podría resolver las cosas. Total, que muy pocos días más tarde de mi conversación con el Padre me trasladé a Jenner. Y allí permanecí hasta finales de octubre del año siguiente, 1941. Dispuse de una cuarta cama en una habitación grande, próxima a la puerta de entrada, orientada al Norte, que mis tres compañeros de cuarto solían llamar por el frío, de modo muy exagerado, Siberia.

La calle de Jenner, entre la de Almagro y La Castellana, era entonces muy tranquila y estaba flanqueada por dos filas de acacias. La residencia estaba en el número 6 y contaba aquel año con unos treinta y cinco residentes, en su mayoría estudiantes de ingeniería y arquitectura. En el piso primero izquierda vivían don Josemaría Escrivá, su madre doña Dolores y sus hermanos Carmen y Santiago. Allí se encontraban la cocina y los comedores -el familiar y el de los residentes-. Todo estaba puesto con buen gusto, limpio y bien cuidado. Los muebles eran modestos, y la decoración sencilla y familiar. Parte del mobiliario procedía de diversos hogares, entre otros de la familia del

Padre y de la de Pedro Casciaro, cuyos padres vivían exiliados en Argelia por motivos políticos. El resto se había comprado de viejo o con pago aplazado, gracias a que se cobraba por adelantado a los residentes. En la sala de estudio, en un pergamino en la pared, se leía en latín el mandato de la caridad: "Un mandato nuevo os doy, que os améis unos a otros; como yo os he amado, amaos también unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si os amáis unos a otros" (Juan, 13, 34-35). Ese pergamino, que antes de la guerra civil estaba ya en la residencia de Ferraz, había sido recuperado por el Padre entre los escombros del edificio, derruido por los bombardeos.

Al llegar yo en febrero de 1940, aquella residencia de estudiantes era el único centro del Opus Dei. Fuera de Madrid sólo había unos pocos de la Obra en Valencia. Al término de la guerra civil española, el Fundador del Opus Dei contaba con una docena de hijos suyos. Como consecuencia de su labor pastoral en viajes a Valencia en el verano de 1939, algunos habían pedido allí la admisión en la Obra. Luego, durante el curso 1939-40, habían hecho lo mismo dos o tres en Madrid, antes de que yo lo hiciera. La mayor parte de los que estábamos en Madrid residíamos en Jenner; otros seguían viviendo con sus familias, aunque pasaban el tiempo que podían en la residencia.

La vida junto al Padre El Padre era el alma de la residencia. Nos enseñaba a tener como centro de la casa al Señor reservado en el sagrario del oratorio, al que solíamos

saludar al llegar y salir. Cuando le era posible, nos celebraba la misa. Alguna vez nos dirigía antes la oración, y los sábados por la tarde oficiaba además la Bendición con el Santísimo y la Salve. Cuando no había misa en casa, íbamos a la iglesia de San Fermín de los Navarros o a alguna otra próxima. Para mayor libertad de todos, el Padre prefería que los del Opus Dei no nos confesáramos con él. Cada mes nos dirigía un retiro espiritual, al que los de la Obra invitábamos a otros residentes y amigos.

Era muy intensa la actividad que desplegaba el Padre. Nos tenía a cada uno en su corazón, estaba al tanto de cuanto nos sucedía, no sólo a los que éramos de la Obra, sino a todos los residentes y a las numerosas personas a las que dirigía espiritualmente. Viajaba con mucha frecuencia para recorrer las ciudades en que se había comenzado o se iba a comenzar la labor apostólica, visitaba a muchos obispos y a otros eclesiásticos, daba ejercicios espirituales en diversos lugares, dirigía pláticas y meditaciones a muchas o pocas personas de toda clase.

Don Josemaría presentaba a Dios como un Padre que nos quiere con locura. Por eso, nos decía, lo propio del cristiano está en el polo opuesto a la actitud temerosa y tristonada de quien ve en la religión un conjunto de normas negativas, como envidiando al que no está sujeto a esas limitaciones por no tener fe. El Padre proclamaba a gritos su gran amor a la libertad, y nos repetía que debíamos portarnos bien porque nos saliera de dentro, libremente: "Porque me da la gana, que es la razón más sobrenatural".



Nos contaba el Padre que, cuando vivía en Burgos, solía llevar a la Catedral a quienes le iban a ver y subía con ellos a las torres para contemplar las filigranas góticas de los remates, gárgolas y cresterías, un primoroso encaje de piedra labrado por los canteros. Y les hacía ver que aquellos artesanos sabían que su labor no sería apreciada desde la calle, pero por amor de Dios ponían en ese trabajo todo su esmero: eso era espíritu del Opus Dei.

En aquella primavera de 1940 tuve la suerte de que me encargaran pasar a fichas algunos guiones de meditaciones del Padre. Estaba escrito cada uno en una cuartilla, en sentido vertical, con su letra inconfundible de trazos firmes y gruesos. Incluían frases en latín de la Sagrada Escritura, sobre todo del Nuevo Testamento, de las que arrancaban sus enseñanzas. Subrayaba alguna otra palabra o frase, o la ponía con admiraciones para pronunciarla con mayor fuerza. Eran guiones vibrantes, encendidos como su palabra: quemaban. Mi trabajo consistía en pasar cada guión a una ficha tamaño octavilla, de cartulina. Esa tarea debió de resultar completamente inútil para el Padre, porque hube de emplear letra pequeña, difícil de leer; se perdía además el vigor de su trazo. Sin embargo, a mí me hizo mucho bien, y al leer cualquiera de aquellas frases me parecía escuchar viva y llena de fuego la voz del Padre.

Ya entonces me llamaba la atención su "don de lenguas". Con esta expresión suya se refería al don

sobrenatural, que pedía también para sus hijos, de hacerse entender por todo el mundo, cualquiera que fuese su base cultural o su preparación espiritual. Y la predicación del Padre era en efecto entendida por todos, por los que ya éramos del Opus Dei, por los que sin serlo llevaban cierto tiempo escuchándole o por quienes le oían por primera vez.

El Padre celebraba a veces la misa en casa, y llamaba la atención su gran amor y delicadeza en seguir todas las rúbricas. Sus genuflexiones e inclinaciones de cabeza eran actos patentes de adoración o veneración. Daba gusto asistir a la Misa celebrada por el Padre. Su extraordinaria fe, su piedad, el amor que se apreciaba en su mirada, acciones y gestos, facilitaban nuestra participación. Nos aconsejaba poner nuestros pobres corazones en la patena, unirnos a sus intenciones, aprovechar los mementos de vivos y difuntos. Se advertía que el Padre estaba muy recogido interiormente, que vivía la misa con mucha intensidad.

Recuerdo el dolor que le producía si al celebrar la misa en sus viajes advertía en alguna iglesia descuido, dejadez o suciedad en el altar o en los objetos de culto, por lo que implicara de poca delicadeza y amor a Jesús Sacramentado. Alguna vez le oí comentar, con mucha pena, que había tenido que celebrar en un altar en el que parecía que hubieran estado tomando huevos fritos sobre los manteles.

Por consejo del Padre, los residentes solíamos rezar a diario, juntos, el rosario. Las ocasiones en que yo lo había oído rezar en las iglesias me habían dejado un recuerdo de oración algo monótona, con cierto sonsonete rutinario en quien lo dirigía y con contestaciones desacompañadas de los fieles. En aquella residencia era muy distinto. Habría también involuntarias distracciones, imposibles de evitar, pero el Padre había enseñado a la gente a rezar el rosario con devoción y cariño. Nos indicaba cómo debíamos rezar: despacio. Había escrito en Camino (n. 85): "Mira qué dices, quién lo dice y a quién. Porque ese hablar de prisa, sin lugar para la consideración, es ruido, golpeteo de latas. Y te diré con Santa Tresa, que no lo llamo oración, aunque mucho menees los labios" Además, para facilitar la contemplación, el Padre había publicado, en una edición muy pobre, el libro Santo Rosario, que incluía consideraciones llenas de piedad y de amor recio y exigente sobre cada uno de los quince misterios.

Un Padre muy padre Los residentes de Jenner teníamos la costumbre de pasar un rato juntos en la sala de estar después de la comida y de la cena. Charlábamos sobre lo ocurrido en el día, se contaban anécdotas y chistes, a veces cantábamos... Nos ayudaba mucho a vencer la timidez, a salir de nosotros mismos y de nuestros problemas para interesarnos por las cosas de los demás. En menos ocasiones de las que nos hubiera gustado, el Padre venía con nosotros. Su presencia daba lugar enseguida a un ambiente particularmente familiar, lleno de sentido sobrenatural y de humanidad. El Padre se metía con gracia



con unos y con otros, hacía intervenir al que le parecía más callado, cantaba con los demás con excelente oído y buena voz, o contaba muchas cosas que nos hacían reír, y algunas otras que nos hacían pensar. Siempre ponía en sus palabras visión positiva, buen humor y esa pizca de sal sobrenatural -que jamás resultaba cargante- propia de quien está en una habitual presencia de Dios y quiere acercar a los demás a Dios. Cuando el Padre estaba en esas tertulias me resultaban siempre asombrosamente cortas.

Las pequeñas rivalidades que se han dado siempre entre Huesca y Barbastro, -como suele suceder con los lugares vecinos- fueron motivo de algunas bromas, que se reiteraron a lo largo de los años. Me decía, por ejemplo, algo así: "Tú eres de Huesca -a veces decía de Huesqueta-, un pueblo de la provincia de Barbastro. La capital es Barbastro, de donde yo soy". Y yo le contestaba en el mismo tono, diciéndole que lo sentía mucho, pero que era al revés, y que Barbastro tenía menos de la mitad de habitantes que Huesca, aunque reconocía que entre los ríos Isuela y Vero había poca diferencia. Nos reíamos bastante con estas cosas. Otras veces me contaba que tenía una tía monja, Cruz Albás, hermana de su madre, que estaba en el Carmen de Huesca.

Los residentes de Jenner que éramos de la Obra disponíamos de pocas oportunidades para hablar entre nosotros o con el Padre. Una de ellas era bajar a merendar al piso primero. Los demás residentes resolvían la merienda con paquetes de alimentos que les enviaban sus

familias o salían a algún bar, pero si nosotros recibíamos comida, la entregábamos enseguida y evitábamos hacer gastos innecesarios. Eran años de hambre en España, años duros, con racionamientos muy estrictos de los alimentos, que resultaban insuficientes para nuestra edad estudiantil. Por eso, Carmen, la hermana del Padre, se desvivía para aprovechar el escaso sobrante de las comidas y nos lo preparaba, bien aliñado y presentado, como merienda. Podíamos entonces saludar un momento a doña Dolores, madre del Padre, y a Carmen.

En esos ratos de merienda, comentábamos cómo avanzaba la labor apostólica en Madrid y en las diversas ciudades en que había comenzado. Cuando estaba el Padre en ese piso y nos oía, solía unirse a nosotros y nos animaba a que comiéramos sin timideces. Nos hablaba de la Obra y del servicio que prestaría a la Iglesia, siempre en medio de bromas y de mucho cariño. Nosotros, estudiantillos bastante jóvenes, nos veíamos inútiles para lograr lo que el Padre decía, y, sin embargo, estábamos seguros de que Dios quería todo eso, que el Padre era el instrumento escogido por el Señor para llevarlo a cabo, y que, si no estorbábamos demasiado la acción de Dios, contribuiríamos de algún modo a que aquello se hiciera realidad. Esos minutos nos ayudaban a enamorarnos del Opus Dei y fortalecían los vínculos humanos y sobrenaturales entre nosotros. Y, por supuesto, también calmaban el hambre.

El amor del Padre por sus hijos quedaba especialmente de manifiesto cuando caíamos enfermos. Recuerdo con qué desvelo y cariño nos pidió que encomendáramos a José María Hernández Garnica el tiempo que pasó en grave estado durante 1940. Desde pequeño le había quedado atrofiado un riñón, que comenzó entonces a crearle problemas tan serios que exigieron su extirpación. Durante los meses siguientes no acababa de ponerse bien y se agravó de nuevo hacia el 19 de noviembre. El Padre sufría y se desvivía por aquel hijo suyo; se notaba que le quería con toda su alma y buscaba el apoyo de nuestra oración para conseguir del Señor que todo fuera bien y se restableciera, como así sucedió.

La primera Semana de Estudio Entre el final de la guerra civil y marzo de 1940, como fruto de la oración incesante y la dura penitencia de don Josemaría, de su ardiente celo por las almas, el Señor había bendecido al Opus Dei con un buen número de vocaciones en Madrid, Valencia, Zaragoza y Valladolid, con lo que el total de miembros de la Obra se había bastante más que duplicado. Sintiendo la responsabilidad de formar a sus hijos en el espíritu de la Obra, el Padre resolvió aprovechar las vacaciones de Semana Santa -mientras los residentes pasaban esos días con sus familias-, a comienzos de la segunda quincena de marzo de 1940, para reunir en Jenner a sus hijos en una actividad de formación que me parece se designó Semana de Estudio, con el fin de que los recientes conociéramos mejor lo que Dios quería del Opus Dei. Semanas similares se celebraron durante el verano, para los



que no habían podido asistir a esta, o habían pedido la admisión en la Obra después.

Los que asistimos a esta primera Semana ocupamos gran parte de Jenner. Vinieron varios de Valencia, Zaragoza, Valladolid y no recuerdo si de algún otro lugar. Los de Madrid nos alegramos mucho al conocer a los de fuera de la capital. Enseguida el trato directo facilitó que nos sintiéramos familia. El Padre se volcó en dedicación y cariño en todos esos días. Dirigía a primera hora la meditación, celebraba la misa y estaba con nosotros en los ratos de tertulia. A lo largo de la mañana y de la tarde, algunos "mayores" -que eran de la Obra antes de la guerra civil- nos explicaban los distintos aspectos del espíritu del Opus Dei a los más jóvenes; juntos hacíamos también un rato de oración por la tarde.

El Padre nos contó muchas anécdotas, que servían de ejemplo de cómo vivir el espíritu del Opus Dei. Al contemplar el gran mapamundi que colgaba de la pared del vestíbulo de la residencia o el globo terráqueo que estaba en el despacho del Padre, con tantos países que nos esperaban y a los que habría que llegar no sabíamos cuándo, resultaba fácil rezar y dejar que la imaginación volara.

Dispusimos también de algunos documentos, escritos a máquina, sobre el espíritu sobrenatural de la Obra y las características de las labores de formación y

apostolado. Es admirable que aquellos documentos que entonces leímos, escritos por el Padre en 1934 y 1935, cuando eran muy pocos sus hijos, encierren tanta hondura sobrenatural, reúnan tan rica experiencia de trato con las almas, descubran tan extensos panoramas de santidad y apostolado. Esos y otros textos de ese tiempo muestran bien cómo eran la fe y el amor de Dios del Padre.

Era fácil advertir que el Padre sólo vivía para que la Obra se hiciera realidad y para que nosotros fuéramos felices siendo fieles al Señor. En una meditación nos puso el ejemplo de fidelidad de los cuarenta mártires de Sebaste: fueron condenados a permanecer en el agua helada de un estanque y morir de frío si no renegaban de su fe, y clamaban para que todos se mantuvieran fieles y alcanzaran la corona del martirio, repitiendo: "Cuarenta hemos entrado en el combate y cuarenta hemos de ser coronados". Uno de ellos desertó y se salió del estanque, pero uno de los soldados que actuaban de verdugos se arrojó de inmediato y ocupó su puesto, con lo que no se perdió ninguna de las cuarenta coronas que les trajeron los ángeles. Como ellos, debíamos ser fieles hasta el martirio, si así lo disponía el Señor; pero aclaraba el Padre que era más propio de nuestro espíritu morir todos los días a nosotros mismos, en los miles de ocasiones que se ofrecen de continuo a lo largo de la vida corriente.

Tuvimos la oportunidad de charlar personalmente con el Padre y yo aproveché para hacer con él confesión general de toda mi vida. Aunque evitaba confesarnos, al

verme impaciente no puso dificultades. Su modo de ayudarme a que hiciera una buena confesión, los consejos que me dio, revelaban su santidad, su comprensión y cariño paternos, su gran experiencia pastoral. Me quedé muy tranquilo y con renovada firmeza en mi vocación.

Todos los días encontrábamos un rato para hacer algún plan por Madrid. Los que no conocían la capital aprovecharon para visitarla. Fuimos algunas veces a remar al estanque del Retiro en algún bote alquilado, bajo la dirección de Juan Jiménez Vargas, que nos enseñaba a los inexpertos. Y con más frecuencia, aprovechamos para recorrer lugares relacionados con los comienzos del Opus Dei: el convento de los Paúles de la calle García de Paredes, donde Dios había hecho ver la Obra al Padre; la casa de Martínez Campos 4, en la que el Padre había vivido con su familia y utilizó en los inicios de la labor; el Patronato de Enfermos, en el que realizó una intensa actividad pastoral durante sus primeros años en Madrid; la casa de la calle de Luchana, en cuyo entresuelo empezó la Residencia DYA; el Sotanillo, establecimiento de la calle de Alcalá al que a veces iba el Padre para charlar con estudiantes... A propósito de estos recorridos, conocimos también, de modo muy confidencial, algunos hechos sobrenaturales de la vida espiritual del Padre.

Fueron unos días deliciosos, en los que conocimos mejor el espíritu del Opus Dei, palpamos junto al Padre el cariño de familia, nos enamoramos más del Señor y de nuestra vocación. El Padre nos contagiaba su alegría, su



entrega, su sentido sobrenatural. En la fiesta de san José -aquel año Martes Santo-, felicitamos al Padre. Don Casimiro Morcillo, amigo del Padre y entonces Vicario General de Madrid, fue a visitarle y le llevó también la felicitación del obispo, don Leopoldo Eijo y Garay.

Un día de aquellos se presentó en Jenner un hombre -para mí ya mayor- a quien no conocía. El Padre le introdujo donde estábamos los demás y rezamos en su presencia las preces que acostumbramos recitar a diario los miembros de la Obra. El desconocido era Justo Martí, antiguo residente de Ferraz, abogado y entonces alcalde de Oliva, un pueblo de Valencia. Había venido a Jenner, por error, para hacer unos ejercicios espirituales. El Padre le habló a fondo de la Obra, se decidió a pedir la admisión y se incorporó a la Semana de Estudio. Pocos meses más tarde, Justo sería el nuevo director de la residencia de estudiantes de Jenner.

¡Patos al agua!

Bajo el impulso del Padre, la labor de apostolado y proselitismo en Jenner creció notablemente, y el número de cursos de formación se multiplicó. Aumentó también su labor de dirección espiritual con hombres y mujeres, jóvenes o profesionales, estudiantes o trabajadores. Además, con frecuencia iba a otras ciudades en las que comenzaba el trabajo apostólico, o dirigía ejercicios espirituales a sacerdotes a petición de algunos obispos. El

Padre vio que era indispensable dejar ya en otras manos los cursos de formación, y encargó a algunos mayores que los dieran ellos. Esto debió de ocurrir hacia febrero de 1940. Con motivo de este encargo y de otros parecidos, al ver el Padre la cara de susto que ponían quienes los recibían, solía comentar que había que aprender a hacer esas cosas poniéndose a hacerlas, como los patitos aprenden a nadar cuando son lanzados al agua, sin pretender que aprendan en seco. Por eso, era el momento de decir a algunos de sus hijos: "¡Patos al agua!". Si, para descargar tareas, el Padre hubiera esperado a que sus hijos se sintieran capaces de hacerlas, nunca lo habría hecho. También encomendó a algunos mayores, sobre todo a Álvaro, los medios de formación para los recientes en la Obra.

De acuerdo con lo que me había sugerido el Padre al pedir la admisión en la Obra, en febrero empecé a charlar todas las semanas con Álvaro. Me fue enseñando el modo de vivir las normas de piedad, cómo practicar mejor las virtudes cristianas y humanas en las circunstancias en que yo me desenvolvía, y cómo acercar a Dios a mis compañeros de estudio. Yo procuraba abrir mi corazón para que me ayudara en mis dificultades y le pedía consejo para mi vida espiritual y el apostolado. Nunca le vi enfadarse por mis errores o torpezas: siempre me alentó de modo positivo a mejorar. Hablar con él llenaba el alma de paz y movía a ser fiel a la entrega.

Álvaro tenía unos cinco años más que yo, y llevaba en el Opus Dei desde el 7 de julio de 1935. Durante su

preparación para el ingreso en la Escuela de Ingenieros de Caminos se había hecho Ayudante de Obras Públicas, y cuando nos conocimos estaba terminando Ingeniería de Caminos, Canales y Puertos, la carrera que por entonces se consideraba más difícil. Era ya hombre maduro, humana y espiritualmente, con una bondad muy atractiva. Resultaba fácil tener hacia él consideración y a la vez confianza. Se daba cuenta enseguida de los problemas de los demás y centraba las cuestiones sin necesidad de muchas explicaciones. Tenía un fino sentido del humor, quizás por su ascendencia mejicana. Pronto me di cuenta del gran sentido sobrenatural de Álvaro y de su plena identificación con el Fundador del Opus Dei y con su espíritu. Desde hacía al menos un año, el Padre contaba con él de un modo singular y ya en aquellas fechas de la primavera del 40 era para nosotros "el segundo": la persona de referencia, después del Padre, para resolver cualquier duda sobre el espíritu del Opus Dei.

### La ayuda de los "mayores"

Además de Álvaro, los miembros de la Obra más antiguos ayudaban al Padre en las tareas de formación y apostolado. El que llevaba más tiempo en el Opus Dei - desde 1930- era Isidoro Zorzano, un ingeniero industrial compañero de bachillerato del Padre en Logroño y de su misma edad. Vivía en Jenner, trabajaba en los Ferrocarriles del Oeste y se ocupaba de los asuntos económicos y materiales de la residencia. Era muy trabajador, aprovechaba formidablemente bien el tiempo, hacía



muchas cosas y muy poco ruido. Era un buen ejemplo para los que llevábamos poco tiempo en la Obra.

Juan Jiménez Vargas, con veintiséis años, era entonces el director de la residencia de Jenner. Preparaba oposiciones a cátedra de Fisiología de Medicina, e investigaba en el Instituto Cajal; también ejercía como médico. Pertenecía al Opus Dei desde 1933. Juan era, y lo ha sido siempre después, hombre de cuerpo enjuto, duro consigo mismo, de pocas palabras y muchos hechos, activo, decidido, con un trato en apariencia seco, pero con un gran corazón que estaba pendiente de todos y se desvivía por todos. Era muy trabajador. Rechazaba con energía cualquier intento de expresarle agradecimiento o afecto. Nos impulsaba a que hiciéramos deporte, a remar, salir al monte, dar paseos rápidos por las calles de Madrid. Sufría cuando le parecía apreciar poca reciedumbre en alguno.

También en 1933 habían pedido la admisión en la Obra José María González Barredo -un químico de treinta y cuatro años y catedrático de Instituto que preparaba entonces oposiciones a cátedra universitaria de Química Física- y Ricardo Fernández Vallespín, de veintinueve años, que trabajaba ya como arquitecto y alcanzó en pocos años notable prestigio.

Otro que había acabado la carrera -de ingeniero de minas-, era José María Hernández Garnica, a quien llamábamos familiarmente Chiqui. Pertenecía al Opus Dei

desde julio de 1935. Cuando le conocí en 1940, trabajaba en la Electra Madrileña, una Compañía relacionada con su tío Pablo Garnica. Algo más próximos a mí en edad estaban Pedro Casciaro, Paco Botella y Vicente Rodríguez Casado, que se ocupaban más directamente de la labor apostólica en Jenner con universitarios. Pedro y Paco comenzaron Arquitectura y Matemáticas en Madrid; compañeros de estudios y amigos, pidieron la admisión en el Opus Dei casi el mismo día, en noviembre de 1935. Acababan de licenciarse en Ciencias Exactas y en el curso 1939-40 hacían el doctorado. Vicente era historiador y, como Pedro y Paco, cursaba el doctorado y preparaba la tesis. Era del Opus Dei desde mayo de 1936, muy poco antes del comienzo de la guerra civil. Había sido boy scout, y de ahí le venía la tendencia a las excursiones. Como alguna vez venía con el uniforme de sargento del Ejército y era bastante corpulento, le llamábamos en aquel tiempo "el sargentísimo". Era muy apostólico y un optimista nato; aunque aseguraba que era muy tímido, abordaba a quien se proponía con gran facilidad.

En cuanto a mi maestro, José María Albareda, era como Isidoro de la misma edad que el Padre. Vivía en Jenner, pero andaba muy ocupado con sus actividades profesionales y científicas, y coincidíamos menos con él. A Rafael Calvo Serer tardé algo en conocerle. Había pedido la admisión en la Obra unos tres meses antes del comienzo de la guerra civil española y no residía en Madrid. Se dedicaba a la Historia y había sido directivo de los Estudiantes Católicos en Valencia.

Todos los "mayores" que conocí en Jenner me ayudaron mucho a comprender y vivir el espíritu del Opus Dei. Con una personalidad muy diferente, cada uno con su propio carácter y temperamento, ofrecían un ejemplo estupendo de cómo el común espíritu que enseñaba el Fundador del Opus Dei podía encarnarse en tipos humanos tan diversos. Su fe en el Padre, la atención con que le escuchaban, la prontitud con que seguían sus consejos, la manifiesta generosidad de su entrega, constituían un formidable apoyo: eran firmes columnas para todos los demás. Cuantos hemos llegado después, les debemos infinito agradecimiento.

Un cambio de estudios Pocas semanas después de pedir la admisión en el Opus Dei, me presenté a exámenes del primer grupo de Matemáticas del ingreso en Ingenieros Agrónomos, que había preparado durante los cinco meses anteriores. No aprobé. Regresaba por eso a Jenner un tanto cariacontecido, por no haber conseguido lo que en aquella casa se propugnaba: sacar buenas notas, ser buenos estudiantes. Al entrar en la residencia a última hora de la mañana e ir a saludar al Señor en el oratorio, me encontré con el Padre en la sala de estar. Me preguntó cómo me había ido. Confesé el mal resultado, y el Padre, lleno de cariño, se apresuró a consolarme y me dijo casi literalmente: "Dios sabe más. No te preocupes, tú has estudiado, has trabajado, no te importe. Todo se arreglará, Dios sabe más". Sobra decir que esa actitud entrañable del Padre me tranquilizó por completo, y constituyó una lección inolvidable de cómo se han de aceptar la voluntad de Dios y sus caminos.



A finales de marzo estuve unos pocos días en Huesca con mi familia. En el viaje hasta Zaragoza, en el tren correo del 29 por la noche, coincidí con el Padre, Álvaro, Isidoro y algún otro que iban a atender a los de allí y seguir luego viaje a Barcelona. En Zaragoza estuvimos todos en un piso de una familia conocida del Padre, y pasamos un buen rato con los que ya eran de la Obra: Jesús Arellano, Javier Ayala, José Javier López Jacoiste y no sé si algún otro. El Padre estaba muy contento. Les preguntó si tenían crucifijo y, como dijeron que no, nos pidió que les diéramos los nuestros. Yo seguí viaje a Huesca el mismo día 30, mientras que el Padre y los demás se fueron, de nuevo por la noche, a Barcelona. Regresé al cabo de unos días a Madrid para reanudar mis estudios.

El ambiente que se respiraba por ese tiempo en Jenner entre los de la Obra que no habían terminado la carrera, animaba a querer acabarla cuanto antes para quedar más pronto disponibles para las crecientes necesidades apostólicas. Se estudiaba mucho, aprovechando todos los minutos. El Padre alentaba a sus hijos a que obtuvieran el título de doctor, que entonces sólo otorgaba la Universidad de Madrid en sus Facultades. Pedro Casciaro y Paco Botella habían dejado de lado sus estudios de Arquitectura y preparaban su tesis doctoral en Matemáticas. Algunos que ya eran ingenieros cursaban o iban a empezar a cursar estudios universitarios, como Álvaro, José María Hernández Garnica y José Luis Múzquiz.

Así las cosas, un comentario informal me hizo pensar en cambiar de estudios, para cursar una carrera en alguna Facultad universitaria. Se lo comenté a Álvaro: le expliqué que, aunque mi idea inicial había sido continuar con el ingreso en Agrónomos, aquel comentario me había llevado a replantearme el tema, para terminar antes la carrera y estar así en condiciones de trabajar y ayudar a las labores de la Obra donde se viera más conveniente. Álvaro, con su prudencia y delicadeza características, me dijo que no tenía por qué hacer caso de aquel comentario. Era obvio que, yendo todo muy bien, no podría terminar la carrera de Agrónomos antes de seis o siete años, mientras que si seguía una carrera universitaria afín, por ejemplo Ciencias Naturales -que entonces era de cuatro años-, podría sin duda acabarla mucho antes. Pero me repitió que para el Opus Dei lo mismo eran unos estudios que otros, que con cualquier trabajo profesional era posible buscar la santificación y hacer apostolado, y que la decisión debía tomarla yo con entera libertad y responsabilidad. Sin pensármelo dos veces, le dije que cambiaba de carrera y que estudiaría Ciencias Naturales.

Pienso que al Padre le agradó mi decisión. A mi familia se lo comuniqué como cosa resuelta y no les pareció mal. Era ya por el mes de abril, por lo que comencé a estudiar con toda intensidad los programas de mis nuevos estudios. Como tenía una base aceptable de Matemáticas y de Biología, me matriculé como alumno libre, y entre junio y septiembre de ese año pude hacer los dos primeros cursos. Al año siguiente, 1940-1941, hice los otros dos también como libre, aunque asistiendo a clase de

casi todas las asignaturas, y terminé la Licenciatura a primeros de octubre de 1941. Obtuve el Doctorado en octubre del año siguiente, 1942. Muchas veces he recordado con motivo de este cambio de estudios, y con ocasión de muchos otros hechos, lo que me había dicho el Padre: "¡Dios sabe más!".

## **La expansión del Opus Dei en España.**

Madrid Ya en los meses anteriores al estallido de la guerra civil, el Padre había preparado la instalación de una residencia de estudiantes en Valencia, similar a la de Ferraz, para octubre de ese año 1936, y, a continuación, el comienzo de la labor de la Obra en París. Esos planes se vieron truncados por la guerra española primero y por la mundial después. El Opus Dei, como un muelle que durante la guerra civil hubiera estado comprimido, acumulando energía espiritual, que con la gracia de Dios se expandía y desbordaba por todas las regiones de España. En marzo de 1940, el Padre nos escribió a sus hijos: "En estos años del comienzo, me lleno de profunda gratitud hacia Dios. Y al mismo tiempo pienso, hijos míos, en lo mucho que nos queda por recorrer hasta sembrar en todas las naciones, por toda la tierra, en todos los órdenes de la actividad humana, esta semilla católica y universal que ha venido a esparcir el Opus Dei". Hacia el final del verano, aquella docena con que contaba el Padre al término de nuestra guerra se había multiplicado al menos cuatro o cinco veces.



Durante el curso 1939-40, toda la labor con estudiantes de Madrid se realizaba en la residencia de Jenner y desde ella. Las peticiones de admisión en la Obra llegaron primero poco a poco: Fernando Valenciano en diciembre, José Luis Múzquiz en enero; pero a partir de febrero las envió el Señor en abundancia: Fernando Delapunte y yo en febrero, Juan Antonio Galarraga y Justo Martí en marzo, Jesús Larralde en abril, Salvador Canals, Alberto Ullastres y Gonzalo Ortiz de Zárate en mayo y, ya en el verano, Álvaro Del Amo, José Antonio Sabater y Adolfo Rodríguez Vidal.

A quienes deseaban ser admitidos no se les mostraba un camino fácil: el Padre insistía en que se les expusieran con claridad las fuertes exigencias de la llamada de Dios a la Obra. No dejaba a nadie pedir la admisión sin percatarse antes de que reunía las condiciones necesarias, conocía bien esas exigencias y que su decisión era libre y firme. A veces hacía esperar a algunos más o menos tiempo; en algunos casos, les encauzaba hacia alguna vocación religiosa; los había también que, al invitarles a que se plantearan la entrega, respondían negativamente.

Con el crecimiento de la labor en Madrid, la residencia de Jenner resultó pronto insuficiente, por lo que el Padre vio necesario encontrar locales para nuevos centros. Se precisaba un lugar para la sede central del Opus Dei, con una residencia de estudiantes apropiada para la formación de los que se incorporaban a la Obra; y otro en el que vivieran los que habían terminado sus estudios y

desarrollaban una actividad profesional. Jenner continuaría con su función propia de residencia universitaria. Recorrimos las áreas de Madrid que parecían más adecuadas y se encontró una vivienda en la calle de Martínez Campos 15 -para el centro de los mayores- y un palacete en la calle de Diego de León, esquina con la de Lagasca, para sede central y residencia de estudiantes.

En otras ciudades El Señor enviaba también a raudales su gracia para la expansión del Opus Dei en otras ciudades. El Padre había dado en Burjasot, cerca de Valencia, ejercicios espirituales en junio y septiembre de 1939 y habían pedido la admisión en la Obra Amadeo de Fuenmayor y José Manuel Casas Torres primero, y luego José Orlandis, que había acudido allí desde Palma de Mallorca, a donde regresó enseguida. Se les atendía espiritualmente mediante viajes desde Madrid, aunque el Padre había designado a uno como director. Como es natural, apenas podía haber entre ellos diferencias de conocimiento del espíritu de la Obra.

Durante el curso 1939-40, teniendo como base material un local muy pequeño en Samaniego 9, llamado de modo familiar "El Cubil", se realizó en Valencia una abundante labor de apostolado con universitarios, que fructificó en varias nuevas vocaciones: Salvador Moret e Ismael Sánchez Bella en abril, Florencio Sánchez Bella en junio y Federico Suárez en julio de 1940. El Padre retomó el proyecto de montar una residencia universitaria, que comenzó sus actividades en octubre de ese año, en el nº 16

de la misma calle de Samaniego en la que había estado "El Cubil".

Desde Madrid se empezó a ir también en ese mismo curso 1939-40, a Valladolid, Barcelona, Zaragoza, Salamanca y San Sebastián. El Padre solía viajar con uno o dos más, y visitaba primero al obispo de la diócesis, sin cuya autorización no empezaba la labor en ningún sitio. Cada semana iba a una ciudad, mientras que al resto acudían algunos mayores. Para estos viajes se aprovechaban los fines de semana, que por aquellos años eran más cortos, ya que los sábados por la mañana eran lectivos. Se salía de Madrid el sábado a primera hora de la tarde y se regresaba la noche del domingo, para estar en Madrid en la mañana del lunes, a fin de acudir a las clases o al trabajo.

A veces el Padre y quienes le acompañaban iban en algún coche, viejo e inseguro, pero de ordinario los viajes se hacían en autobuses renqueantes y con mayor frecuencia en trenes que, como consecuencia de la guerra española, estaban en muy mal estado. Eran lentísimos, dejaban pasar en el invierno el aire frío y la carbonilla por las rendijas de las ventanillas, y circulaban atestados de gente. Salvo en trayectos cortos, el viaje requería pasar dos noches seguidas en el tren, durmiendo poco y mal. A veces ni siquiera quedaba sitio para sentarse y había que ir en los pasillos o incluso en las plataformas. Sin embargo, como la urgencia del estudio era grande, se aprovechaban esos viajes siempre que era posible para estudiar y trabajar en el tren. Por otra



parte, los retrasos eran muy corrientes y no era raro que los lunes se regresara muy avanzada la mañana o aun pasado el mediodía. Como en aquella época sólo había misas por la mañana y estaba prescrito que para comulgar se debía guardar absoluto ayuno, también de agua, desde las doce de la noche precedente, ese prolongado ayuno representaba una buena prueba de devoción eucarística.

En el lugar de destino se disponía como base una habitación de algún hotel modesto, desde donde se tomaba contacto con personas ya conocidas o de las que se tenían referencias por otros de la Obra o por amigos. En el hotel o en otro lugar tranquilo se conversaba con ellas, y se les mostraban horizontes de vida cristiana y de celo apostólico en el trabajo según el espíritu del Opus Dei. Cuando estaba el Padre, era él quien hablaba de todo esto con algunos de ellos. Un excelente apoyo era Camino.

Así fue cuajando en cada una de esas ciudades un pequeño grupo de amigos que comprendían la labor de formación espiritual de la Obra. Pronto surgía una primera vocación, que se quedaba en aquel lugar sin más apoyo que la gracia de Dios y la oración de los del Opus Dei, al menos hasta la visita del siguiente fin de semana. Cuando se producía una segunda petición de admisión en la Obra, el que lo había hecho un poco antes solía ayudarle y enseñarle. Sin duda, el Espíritu Santo andaba por medio muy activo, daba las luces convenientes y suplía todo lo necesario. En algunas de esas ciudades, el Padre conocía a sacerdotes a los que había hablado del Opus Dei,

dispuestos a atender en confesión a las nuevas vocaciones si libremente acudían a ellos: recuerdo a don Antonio Rodilla y don Eladio España en Valencia, a don Daniel Llorente en Valladolid, al Dr. Cirac y, algo más tarde, al Dr. Roquer en Barcelona.

Cuando volvían los viajeros y nos contaban en Jenner cómo había ido todo, nos llenábamos de alegría. Si alguno había pedido la admisión en la Obra, nos apresurábamos a escribirle para felicitarle. Era, como habíamos leído en Camino (n. 808), "un nuevo loco para el manicomio", uno más que quería amar con locura a Jesucristo, como hacía el Padre. Y le encomendábamos al Señor para que le ayudara en sus primeros pasos, a la vez que le pedíamos que rezase por otros que se podían decidir muy pronto.

El Padre impulsaba la expansión del Opus Dei con su oración, su mortificación y penitencia, y su incansable actividad. No paraba un minuto. En Madrid seguía muy de cerca toda la labor apostólica, el aumento de los cursos de formación, los nombres de las personas que parecían tener condiciones para ser del Opus Dei. La mies era realmente mucha, y los obreros pocos. Dios ponía en el Padre urgencia y daba su gracia para que la Obra se extendiera por los cuatro puntos cardinales, aunque por entonces no quedara más remedio que limitarse a España.

Como consecuencia de los viajes a Valladolid, pidió a primeros de marzo la admisión en la Obra Teodoro Ruiz Jusué, en abril Juan Antonio Paniagua y Alberto Taboada, luego Antonio Moreno (que falleció pronto), Ramón Taboada y Javier Silió. Allí conoció el Padre a los guipuzcoanos Ignacio Echeverría y Jesús Urteaga, que fueron a examinarse a finales de junio y se decidieron a ser de la Obra en julio del mismo año 1940. Desde los primeros días de mayo se pudo contar para la labor apostólica en esa ciudad castellana con un pequeño piso en Montero Calvo 24, facilitado por el padre de Teodoro, que por su emplazamiento y dimensiones fue bautizado familiarmente como "El Rincón".

Las primeras vocaciones en Zaragoza fueron Jesús Arellano, ya avanzado febrero, navarro de Corella; Javier Ayala, estudiante de Derecho, del mismo Zaragoza, y José Javier López Jacoiste, navarro de Ochagavía, ambos en marzo. Y en mayo, José Ramón Madurga. No se dispuso de ningún local para la labor apostólica hasta después de varios años. Utilizaban la pensión en que vivía Jesús, el domicilio de la familia de José Ramón y con frecuencia la calle, los paseos por la ribera del Ebro o por el Parque.

En Barcelona, Rafael Termes, estudiante de Ingenieros Industriales, pidió la admisión en la Obra al comenzar abril de 1940. En mayo lo hizo José María Casciaro, hermano menor de Pedro, que se trasladó enseguida a Madrid; y en agosto Rafael Escolá, también alumno de Ingeniería. Desde finales de junio se pudo



contar con un piso en Balmes 62, llamado pomposamente "El Palau", alquilado a nombre de Alfonso Balcells, médico que había asistido al curso de retiro que dirigió el Padre en Burjasot y que, aunque no había pedido la admisión en la Obra, aceptó ayudar de ese modo.

Además de esa intensa labor con estudiantes universitarios, la dirección espiritual del Padre en Jenner se extendía a muchas otras personas, jóvenes o profesionales, casados o solteros, hombres con una carrera universitaria terminada, empleados y obreros. De ordinario les recibía en el primer piso o en una salita de la residencia. Algunos mantenían relación con el Padre desde los años treinta. Desde el principio había comprendido que en el Opus Dei cabían toda clase de personas, pero no le pareció prudente por entonces que establecieran una vinculación jurídica con la Obra: habría que esperar algún tiempo. El Padre apreciaba en algunos clara vocación a la santidad en el matrimonio y les orientaba por ese camino. A una parte de sus dirigidos, ya profesionales, daba en Jenner clases de formación espiritual. Hacia finales de los años cuarenta, unos pidieron la admisión en el Opus Dei como agregados y otros como supernumerarios.

La familia del Padre, en Jenner El Padre había previsto que las mujeres del Opus Dei se ocuparan en el futuro, como uno de sus apostolados específicos, de las tareas domésticas de los centros de la Obra, pero habría que esperar algún tiempo a que eso fuese posible. Antes de finalizar la guerra civil, pensó el Padre en pedir a su madre,

doña Dolores, y a su hermana, Carmen, que asumieran esas responsabilidades. Al sugerirles ya en Madrid esa idea, accedieron con gran generosidad. Supieron renunciar a todo, sacrificar su independencia y las posibilidades de orientar su vida de otra forma, para ayudar de ese modo a sacar adelante el Opus Dei. Y lo hicieron, como el Padre nos comentaba alguna vez, sin tener vocación para formar parte de la Obra.

Las habitaciones que ocupaba la familia del Padre en Jenner eran interiores y estaban en el primer piso. Además de los dormitorios, disponían de un lugar de estar, que ocupaba sobre todo doña Dolores para su trabajo y servía también de comedor cuando el Padre ocupaba el suyo con invitados.

Doña Dolores aportaba su dilatada experiencia de madre que había llevado muy bien su hogar, sacando adelante a su familia con dignidad, a pesar de las graves dificultades que tuvo que afrontar después del serio revés económico que sufrió su marido, don José, en Barbastro. Tanto allí como en Logroño y -después de la muerte de su esposo- en Zaragoza y Madrid, había adquirido esa particular sabiduría de administrar con señorío la pobreza, de "no alargar más el brazo que la manga", decía. Resolvía las cosas con poco dinero y buen gusto, cubría la escasez y la modesta calidad de los productos con el cuidado de la presentación, la limpieza, el detalle simpático que alegra una fiesta familiar. En Jenner, ejercía cierta dirección y consejo sobre las tareas domésticas, de las que se

encargaba su hija Carmen con algunas empleadas del hogar. Sus detalles de buen gusto contribuían a dar al ambiente un tono familiar, a obsequiar con delicadeza a un invitado, a hacer más simpática una celebración.

No se limitaba doña Lola a esta tarea de supervisión y asesoramiento, sino que se ocupaba también en labores de encaje, bordado o costura; en preparar lienzos litúrgicos, prendas de lana o manteles; en repasar la ropa de unos y de otros, que por ser entonces de baja calidad precisaban de frecuentes remiendos. Nunca se la veía de brazos cruzados; siempre tenía algo entre manos: trabajaba o leía.

Como madre de nuestro Padre, doña Dolores era "Abuela" nuestra. Así se la empezó a llamar, al menos desde la guerra civil, y así la llamamos los demás con naturalidad. Ella disfrutaba y quería mucho a los hijos espirituales de su hijo, a sus "nietos". En Jenner, al bajar a merendar al primer piso, pasábamos a saludarla en su cuarto de trabajo. Eran muy pocos minutos, pero resultaban entrañables, con bromas muy cariñosas. La Abuela tenía entonces unos sesenta y tres años. Era de rostro dulce y afable, pelo blanco plateado y unos ojos oscuros muy expresivos que miraban con interés y bondad.

De vida reciamente cristiana, santa de verdad, era muy piadosa, pero sin mojigaterías. Sus comentarios rezumaban sentido sobrenatural y sentido común, y hacía uso de dichos populares y sentencias que aplicaba al caso



con oportunidad. Entre sus nietos, como suele ocurrir a las abuelas, tenía algunas predilecciones: Álvaro, al que veía agotarse en su trabajo de ayuda del Padre; Pedro Casciaro y Paco Botella, que la divertían con sus bromas y anécdotas; José María Casciaro, su nieto de menor edad, que por tener a sus padres exiliados en Argelia por motivos políticos, entendía que estaba más necesitado de su cariño.

Cuando acudíamos a verla, se interesaba por nuestro descanso, los estudios, la salud, la alimentación, nuestro aspecto y modo de vestir. Era muy buena y sencilla. Tenía esa fina perspicacia de las madres para con sus hijos y, quizás aún más, de las abuelas para con sus nietos, con la que advierten enseguida si uno ha dormido poco, si tiene ojeras, si está más delgado, si se encuentra alegre o anda preocupado; si padece alguna enfermedad. Muchas de sus cualidades humanas se apreciaban también en el Padre. Era muy agradable estar con ella. A veces le regalaban paquetes de caramelos, bombones y otros dulces -o ella misma los compraba-, que solía guardar para nosotros en una cómoda de su habitación de trabajo. Conocedores de esa costumbre, al visitarla le preguntábamos delicadamente si nos guardaba algo. Y ella, aparentando que ponía alguna resistencia, nos ofrecía los dulces muy gustosa.

Carmen, pocos años mayor que don Josemaría, llevaba más directamente el peso de las tareas domésticas de la residencia, y se ocupaba de dirigir, enseñar y ayudar a las empleadas del hogar. Acompañada de alguna de esas empleadas, hacía la compra en tiendas y mercados, con la

difícil habilidad de conjugar calidades con precios y conseguir de tenderos, pescateros y carniceros las mejores condiciones. Le correspondía dirigir la cocina y buscar menús que hicieran posible proporcionar alimento sano y suficiente a tanta gente joven, en circunstancias nada propicias por tener que ajustarse a las severas restricciones que imponían las cartillas de racionamiento, establecidas ante la muy menguada situación económica del país y por la guerra mundial. Dirigía también la limpieza de las habitaciones de la casa, el lavado, repaso y planchado de la ropa de todos, la atención a los invitados, el cuidado de los detalles de la decoración.

Este conjunto de tareas suponía para Carmen un trabajo continuo y muy gravoso que llevaba con excelente buen humor y sin darle importancia, aunque rondaba ya los cuarenta años. Sufría cuando los suministros escaseaban y debía reducir en exceso el pan o el sucedáneo disponible, las patatas, las legumbres, etc. Grande era su alegría cuando se conseguía alguna partida de harina, arroz u otros alimentos en condiciones aceptables de precio. Cuando bajábamos a merendar, estaba un momento con nosotros explicándonos a veces las artes que había empleado para aprovechar algo sobrante de la comida, pero se retiraba en seguida para que pudiéramos hablar con mayor libertad de nuestras cosas.

Nos tratábamos de tú, con sencillez y confianza. Pronto empezamos a llamarla Tía Carmen, por ser hermana de nuestro Padre, aunque nos decía a veces bromeando que

no la hiciéramos vieja. Ni la Abuela ni Carmen ni Santiago interferían en nada la vida de la residencia. Tampoco oían la Misa en casa: preferían acudir a alguna iglesia próxima, aunque el tiempo fuera desapacible -salvo algún raro domingo en que la Abuela estaba delicada- porque no querían perturbar lo más mínimo nuestras ocupaciones. Santiago, que entonces tenía veintiún años, unos meses más que yo, estudiaba la carrera de Derecho y hacía toda la compañía posible a su madre y hermana. Alguna vez Isidoro Zorzano salía con él de paseo en días de fiesta.

Otro importante servicio que la Abuela y Tía Carmen prestaron a la Obra consistió en facilitar al Padre la formación de sus hijas del Opus Dei, todas muy recientes, o de otras mujeres que se acercaban a la labor. Para la confesión y la dirección espiritual el Padre las atendía en confesionarios de alguna iglesia, pero para aprender el espíritu de la Obra acudían al primer piso de Jenner, donde don Josemaría les hablaba en presencia de su madre o de su hermana. Estas les transmitían a su vez su rica experiencia en muchos aspectos de las tareas domésticas.

El Padre era mucho más consciente que nosotros del gran servicio que su familia prestaba a la Obra en Jenner. Y también apreciaba mejor que nadie el sacrificio que suponía ese servicio, con entrega de tantas posibilidades legítimas. Sin embargo, ellas se sentían felices de contribuir de ese modo a hacer el Opus Dei.



Los pasos de mi incorporación al Opus Dei Al pedir la admisión en el Opus Dei en febrero de 1940, mi decisión interior fue de entregarme al Señor para siempre. No me preocupé de saber qué era jurídicamente la Obra, ni de precisar en términos técnicos las consecuencias morales del compromiso que establecía con Dios. Conocía, sin embargo, todo lo esencial. Era cuestión de responder a una invitación divina y de guardar lealtad durante toda la vida a la palabra que daba al Señor y al Padre. Gracias a Dios, desde entonces nunca se me ha pasado por la cabeza dudar de la llamada recibida. Pienso que a los demás que llegaban al Opus Dei les ocurría algo parecido. El Señor nos daba gran fe en que la Obra era de Dios, en que Él la sacaría adelante, y en el singular papel del Padre, y esto resultaba más que suficiente. Nos fiábamos con plena seguridad del Padre. Y no dudábamos de que, como él enseñaba, aunque nos viéramos del todo incapaces y llenos de defectos, Dios, que nos había llamado, nos daría las gracias necesarias para ser fieles. Si alguno abandonó luego el camino emprendido, me parece que no fue por falta de fe en el Padre y en la Obra, sino por no verse con fuerzas o condiciones suficientes.

Hasta mi incorporación definitiva al Opus Dei estaban previstas diversas etapas, sujetas a unos plazos concretos. Pero el Padre podía flexibilizar esos plazos dependiendo de las circunstancias. Así ocurrió en mi caso: hice la admisión en la Obra en la fiesta de san José de 1940, durante la Semana de Estudio, y la incorporación jurídica temporal el 5 de junio del mismo año. Un par de meses más tarde supe que algunos iban a hacer la

incorporación definitiva a la Obra el 2 de octubre, y quise sumarme a ellos. Esto resultó mucho más difícil, porque el Padre no tenía ninguna prisa: pensaba que yo era muy joven y que no se perdía nada por esperar más tiempo. Álvaro me aconsejó que le escribiera al Padre.

Recuerdo que la carta fue bastante breve, una cuartilla por ambas caras, escrita con mucha fuerza, como de aragonés a aragonés. Aunque han pasado desde entonces sesenta años, recuerdo que comenzaba con un "¡Quiero! ¡Porque me da la gana!", que tantas veces había oído decir al Padre que era la razón más sobrenatural para entregarse al Señor. Luego daba otras razones: si había tenido ya edad para apartarme del Señor, la tenía también para comprometerme a seguirle durante toda mi vida; y la de que en Aragón, como él bien sabía, se alcanzaba entonces la mayoría de edad a los veinte años, en lugar de a los veintitrés que establecía el derecho común, y yo estaba a punto de cumplir los veintiuno. Días más tarde me dio Álvaro la gran noticia de que el Padre me permitía hacer la incorporación definitiva el 2 de octubre.

## **Una pregunta sorprendente**

Antes de que hiciéramos la ceremonia, no recuerdo bien si el mismo día 2 o la víspera, el Padre nos llamó para asegurarse aún más de que éramos conscientes del paso que íbamos a dar y para conocer nuestras efectivas disposiciones. Y entre otras cosas nos dijo de repente algo

muy parecido a esto: "Y si yo me muero esta noche, si os quedarais solos cualquier día, vosotros, ¿qué?, ¿seguiríais con la Obra?". Ante aquella inesperada y sorprendente pregunta, que planteaba una hipótesis imprevista, ya que confiábamos en que esa muerte no se produjera en muchos años, nuestra respuesta, emocionada y un tanto balbuceante -porque estábamos seguros de nuestra inutilidad, pero también de que por medio andaba el empeño de Dios- fue que sí, que haríamos desde luego cuanto estuviera en nuestras manos para que el Opus Dei siguiese adelante. Y el Padre nos contestó algo así: "¡Pues no faltaba más!, porque no habéis venido por mí, sino porque el Señor os ha llamado... Y sólo faltaría que me siguieseis a mí y no a Jesucristo...". Pienso que aquella pregunta del Padre no se debía a que intuyera algún riesgo concreto para su vida personal, sino más bien a la necesidad de que ahondáramos en la responsabilidad y trascendencia de lo que ante Dios íbamos a hacer.

Y el 2 de octubre de 1940 hice mi incorporación definitiva al Opus Dei, junto a Amadeo de Fuenmayor, José Orlandis, Fernando Delapiente y Teodoro Ruiz, en presencia del Padre, sin votos, promesas ni juramentos de ningún tipo: fue un compromiso muy sincero al Señor - libre, total y para siempre- de luchar por cumplir con su ayuda su voluntad como fiel hijo suyo en la Obra, con la fuerza de la lealtad de un cristiano honrado. Como el Padre solía decirnos, respetando otros caminos, a los hijos de Dios en el Opus Dei no les interesan para su vida de cristianos "ni votos, ni botas, ni botines, ni botones".





## **El curso académico 1940-1941**

En el lado sur de la calle de Diego de León, entre las de Lagasca y Velázquez, había entonces tres edificios del mismo estilo arquitectónico. Se alquiló uno de ellos, el número 14, que hacía esquina con Lagasca y pertenecía a los herederos de los Marqueses de Donadío. Iba a ser la sede central del Opus Dei y residencia de estudiantes. Era el verano de 1940. La casa contaba con un semisótano con las cocinas y servicios centrales; una planta baja con amplio vestíbulo, el comedor y varios salones; la primera planta, con habitaciones amplias, en la que se instaló el oratorio; y una planta alta o ático, destinada antes para el servicio doméstico. Un pequeño jardín detrás de la casa, con algunos árboles y entonces casi libre de vistas, servía como lugar de esparcimiento.

La instalación de Diego de León Por el largo tiempo que llevaba sin habitar y su nuevo destino, fue indispensable hacer arreglos, adecentar la casa e instalar nuevo mobiliario. La escasez de dinero obligó a que el acondicionamiento se realizara poco a poco, mirando mucho el gasto. El 31 de octubre hicieron ya noche allí la Abuela, Carmen y Santiago, junto con Álvaro e Isidoro. Muy poco después se incorporó el Padre, que estaba fuera de Madrid, así como Vicente Rodríguez Casado, Juan Antonio Galarraga, José Orlandis y Teodoro Ruiz. Durante aquel curso 1940-41, Álvaro fue el director del centro de Diego de León, al que ayudaba Isidoro en los asuntos

económicos y materiales. Estaban también adscritos algunos de la Obra que vivían con sus familias.

La entrada desde Diego de León por el portón principal, difícil de atender, sólo se utilizaba para algunas visitas. Todo el movimiento ordinario se hacía por la pequeña puerta de servicio, en Lagasca 116, por lo que llamábamos a ese centro Lagasca, costumbre que duró bastantes años. Desde esta puerta se alcanzaba la cancela del edificio a través del jardín.

En el amueblamiento y decoración de la casa tomó parte principal el Padre, ayudado por Álvaro, Ricardo, Pedro Casciaro y algún otro. En cambio, de las instalaciones técnicas de fontanería, electricidad, carpintería, se ocupó Isidoro. Además de acudir a la colaboración de familias de algunos de la Obra, empezando por la del propio don Josemaría, el resto del mobiliario se adquirió mientras corrían los meses. El Padre, acompañado de alguno, recorría tiendas de muebles de ocasión y puestos del Rastro madrileño. En esas visitas descubría utilidades insospechadas a objetos por los que nadie se interesaba, veía la posibilidad de restaurar con poco gasto un mueble destartado y avejentado o de recomponer un cuadro medio roto y sucio. Con su simpatía y buen humor, conseguía precios más asequibles, se granjeaba la amistad de los vendedores y se ocupaba de sus almas. Por aquellos años, Don Josemaría era muy conocido y querido por quienes se dedicaban al mueble de ocasión; si tardaba en visitarles, le echaban de menos porque, con independencia



de que comprara o no, pasaban con él un buen rato con su conversación animosa y cordial.

Aunque se utilizó de forma provisional muy pronto, la instalación del oratorio fue también progresiva. El obispo Administrador Apostólico de Vitoria don Javier Lauzurica, invitado por el Padre, celebró el 23 de febrero de 1941 la Santa Misa y dejó reservado al Señor en el sagrario de modo estable. El oratorio se conserva hoy sustancialmente igual que en aquellos primeros años. El Fundador del Opus Dei hizo allí muchas horas de oración y celebró con frecuencia la misa. A aquel sagrario acudía también cuando le apesadumbraban las duras contradicciones, o cuando su corazón rompía en acciones de gracias al ver la mano de Dios en el desarrollo de la Obra. Allí nos convocaba a sus hijos para darnos las buenas noticias, para hacernos partícipes de sus afanes y también de algunas dificultades.

El invierno 1940-41 fue en Madrid particularmente duro. En Diego de León no se utilizó la calefacción porque su instalación no estaba en condiciones y no había dinero para arreglarla. Con la excusa de que vivían pocos para las dimensiones de la casa, los únicos elementos para reducir el frío eran un brasero en la mesa camilla de la Abuela y alguna pequeña estufa para el oratorio o lugar de trabajo. Con los altos techos de las plantas nobles, los suelos de mármol o baldosa desnudos en su mayor parte, y los espacios medio vacíos, el frío y la humedad calaban y

provocaban con frecuencia tiritonas. Tampoco se disponía de agua caliente para baños, duchas ni lavabos.

Aunque durante todo ese curso 1940-1941 seguí residiendo en Jenner, los de la Obra acudíamos a menudo a Diego de León. En esas visitas descubríamos los avances en la decoración -un nuevo mueble, unos apliques recién instalados, una alfombra-, que contribuían a hacer la casa más acogedora.

La vida en la residencia de Jenner Con la marcha del Padre y su familia a Lagasca, y con el paso de casi todos los mayores a ese centro y al nuevo piso de Martínez Campos, la fisonomía de Jenner cambió. El director era Justo Martí que, venciendo las dificultades que puso el Gobernador Civil de Valencia, consiguió librarse de sus responsabilidades como alcalde de Oliva. Con la rara excepción de alguno con la carrera recién terminada, todos los demás éramos estudiantes. Se hicieron obras de adaptación en el primer piso durante la primera quincena de noviembre: quedó el comedor más amplio y próximo a las cocinas, y se ganaron plazas para residentes.

Gravitaba sobre la residencia la muy penosa situación económica en que se encontraba España después de los tremendos destrozos de la guerra civil; además, la guerra mundial complicaba el comercio exterior. Resultaba muy difícil disponer de suficientes alimentos y adquirir bienes de equipo para la reconstrucción del país y la

recuperación de su capacidad de producción agrícola e industrial. Apretaba el hambre, y los destartalados tranvías circulaban atestados, con gente colgada en los estribos. Los continuos apretujones fomentaban la multiplicación de "descuideros" y carteristas, de los que fui fácil víctima en una ocasión en la estación de metro de Atocha, al regresar de un viaje a Huesca.

Continuaban los racionamientos, incluso con mayor severidad. Era casi imposible en una residencia de estudiantes encontrar suministros que complementaran los permitidos por los cupos de las cartillas personales. No olvidaré nunca el reducido tamaño, la consistencia y el fuerte color amarillo de maíz, de la porción de pan que nos tocaba para cada comida. Sin embargo, no hubo quejas, porque ni aquello era culpa de la dirección de la residencia, ni nadie podía remediar la situación. No era pequeña mortificación evitar dirigir la mirada hacia los escaparates de las tiendas de comestibles. Recuerdo la alegría con que se recibió el refuerzo del sobrio y escueto desayuno que tomábamos, con higos secos que se habían conseguido.

La penuria económica y la dificultad de obtener carbón obligaba a restringir mucho el uso de la calefacción. Se encendía pocas horas y no durante las vacaciones. No era raro ver al director en las Navidades corriendo por el pasillo para entrar un poco en calor. Algunos estudiaban en casa con guantes de lana. La llegada de una carga de carbón de Trubia a finales de enero se convirtió en jubiloso acontecimiento.



Por si fuera poco, se propagó por entonces en Madrid una plaga de piojo verde, transmisor de una *Ritkettisia* productora del contagioso y grave tifus exantemático, que suele aparecer cuando hay hacinamiento, miseria y suciedad. No se dio ningún caso en la residencia, gracias entre otras cosas a que se insistía en el cuidado de la higiene y en el uso frecuente de la ducha, que sólo disponía de agua fría. Pero a pesar de todas estas dificultades, el ambiente de la residencia de Jenner continuaba siendo estupendo.

Con la instalación de centros del Opus Dei en otras ciudades no fueron precisos viajes tan frecuentes desde Madrid. Continuaron llegando las vocaciones a lo largo del curso. En Valencia pidieron la admisión en la Obra Manuel Botas, Juan Castelló, Vicente Garín, Angel López Amo, José López Navarro y José Montañés, entre otros. En Barcelona, Juan Masiá, Juan Bautista Torelló, Jorge Brosa, Laureano López Rodó y Jaime Termes. También hubo vocaciones a la Obra en Valladolid y en Zaragoza. El Padre y algunos mayores seguían haciendo viajes, y a veces íbamos también algunos de Jenner. Recuerdo haber viajado en enero y febrero de 1941 a Salamanca, en otra ocasión a Zaragoza, y en mayo, con Ricardo Fernández Vallespín, a San Sebastián y a Valladolid. En San Sebastián estuvimos con Ignacio Echeverría paseando por la ciudad y por Igueldo. Después, en Valladolid, en El Rincón, charlamos con los que allí había del Opus Dei, y con algunos que acudían a los medios de formación. Hicimos la oración en el centro, aunque no había oratorio;

era frecuente que nos ayudásemos de la lectura en voz alta de puntos de Camino.

Las visitas del Padre a Jenner Durante aquel curso 1940-41, la Residencia de Jenner siguió siendo el único lugar disponible en Madrid para las actividades de formación espiritual de universitarios, y don Josemaría el único sacerdote del Opus Dei. Tratábamos a nuestros amigos y compañeros en la Universidad, en la academia, en la calle, haciendo deporte, donde fuera; pero los cursos de formación y los retiros se tenían en la residencia. El Padre atendía a la gente en Jenner o en Diego de León.

A pesar de su intenso trabajo en Madrid y de sus viajes, el Padre sabía encontrar tiempo para venir a Jenner con cierta frecuencia, para celebrar algún día misa, dirigir la oración y officiar la Bendición con el Santísimo. En especiales ocasiones comía con nosotros y se quedaba en la tertulia. Como se tardó en contar con un capellán que celebrase a diario la misa en Jenner, muy a menudo íbamos a oírla fuera. El Padre procuraba venir al menos una vez por semana. A veces invitaba a sacerdotes amigos suyos que estaban de paso por Madrid a que nos celebraran la misa.

Desde comienzos de diciembre hubo ya capellán fijo y teníamos la misa en casa, aunque de cuando en cuando, en algunas fiestas importantes venía el Padre. Así ocurrió en la fiesta de la Inmaculada Concepción de ese año 1940.

Al terminar la misa nos animó a vivir la fraternidad cristiana, a querernos todos de veras, a que no se formaran camarillas o grupos cerrados en la residencia. Habló también de su gran amor a la libertad: debíamos actuar por propia convicción, de modo que nuestra conducta fuese consecuencia de elegir libremente lo que es bueno. Nos animó a ser reciamente piadosos, sin caer en la falsa piedad de la beatería, y anunció asimismo que después de las vacaciones de Navidad comenzarían los cursos de formación, que ese curso todavía no se habían iniciado. Después de desayunar, algunos tuvimos la suerte de salir un rato de paseo con él, en un coche que conducía Ricardo.

El 12 de enero, vino el Padre por la tarde para dar una plática y la Bendición con el Santísimo. A pesar de la competencia de los cines, asistieron casi todos los residentes. Se refirió a la reciente fiesta de la Epifanía y recordó que aún era tiempo de ofrecer al Niño Jesús, como los Magos, algún regalo: quizás más horas de estudio, cortar con compañeros que apartaran del trabajo, visitar más al Señor en el oratorio, comulgar con mayor frecuencia. Al referirse a la hipotética situación de alguno que no tuviera ganas de estudiar, decía: "¿No tienes ganas de estudiar? ¡Tienes toda la Castellana para ti! Pero no vayas a estorbar a otros. Has de contribuir a que haya en la residencia ambiente de trabajo, por Él -por el Señor- y por ti".

También se ocupaba el Padre de dirigir el retiro espiritual que se tenía cada mes en la mañana de un



domingo. El de febrero -llevaba yo un año en el Opus Dei- contó con cerca de cuarenta asistentes: el oratorio estaba abarrotado, con bastantes sillas supletorias. Nos animó a luchar contra nuestras inclinaciones desviadas y a vencernos con la ayuda de Dios; a combatir los respetos humanos que obstaculizan el comportamiento cristiano y frenan el apostolado; a rechazar una falsa y ñoña vida de piedad, la comodonería y la pereza para estudiar. Insistió en que libráramos esa lucha, no con ánimo encogido, ni por miedo a nada ni a nadie, sino libremente, por amor al Señor. Al tratar de la entrega de todas las cosas al Señor, aun cuando fueran buenas, contó la anécdota del niño al que gustaba muchísimo un jarabe, el Ceregumil, al que sabía renunciar ofreciéndoselo al Niño Jesús todas las noches: al rezar la oración infantil "Jesusito de mi vida", la terminaba diciendo: "Yo te doy mi Ceregumil", en lugar de "mi corazón". La anécdota provocó risas y también dio mucho que pensar.

A primeros de marzo, vino por la tarde el Padre para dirigir la meditación. La asistencia fue escasa ese día, y para estimularnos al apostolado nos habló de la parábola del pastor que teniendo cien ovejas deja las noventa y nueve y va en busca de la extraviada. Nos decía que debíamos ocuparnos unos de otros para que mejorara la vida cristiana de todos. Otra vez, el último domingo de abril, celebró la misa y nos dirigió después unas palabras para recordarnos, como él sabía hacerlo, con mucho cariño, la necesidad de estudiar mucho y de ayudar a los demás a hacer lo mismo -se iban acercando los exámenes-, facilitando el ambiente de trabajo.

En ese año 1941 los cursos de formación se extendieron de enero a finales de mayo. Se organizaron también visitas a barrios extremos de Madrid, de la zona de Carabanchel, Cuatro Caminos o Vallecas, donde vivía gente hacinada en chabolas o tugurios, desasistida de la sociedad. Con esas visitas se les proporcionaba consuelo espiritual y humano, junto a algunos dulces que se compraban con el dinero que se recogía al pasar una bolsa en las clases de formación. Contemplar aquellas situaciones de extrema pobreza y desamparo provocaba reacciones generosas.

El Señor movía los corazones y, con el avance del curso, hubo en Jenner nuevas vocaciones al Opus Dei. En casi todos los casos, los que querían ser admitidos habían hablado alguna vez con el Padre, que más bien les ponía dificultades: "yo no barro para adentro", nos comentaba. Admiraba ver el cambio que experimentaba quien pedía la admisión en la Obra. Uno me hacía notar: "Sólo por el hecho de decidirse a seguir el llamamiento divino, se adquieren de repente unas gracias y un espíritu que hacen sentir y obrar en pleno acuerdo con el espíritu de la Obra".

Amor a la libertad Sabíamos bien que don Josemaría amaba la libertad de todos. En la residencia, los temas políticos salían con naturalidad en las conversaciones, pero se evitaba discutir sobre ellos, así como propugnar un modo concreto de entender y hacer política. Vicente Mortes, que residía en Jenner y se preparaba para el ingreso

en la Escueta de Ingenieros de Caminos, se tomaba muy en serio el SEU (Sindicato Español Universitario, de origen falangista, único y obligatorio sindicato estudiantil entonces) y tuvo la idea -que comentó al director en busca de algún apoyo- de animar a otros residentes a participar activamente en ese sindicato. Pero el director le dijo que no contase con ninguna colaboración suya para ese fin, porque ni debía ni quería interferir lo más mínimo en el modo libérrimo de pensar que cualquier residente tuviera en materia política.

Oír hablar al Padre de su apasionado amor a la libertad, no dejaba de resultar entonces llamativo. Aunque no se refería al campo político, sino al espíritu de libertad esencial al cristianismo, su defensa de la libertad humana podía ser entendida como crítica a la situación política de entonces. Del mismo modo, portarse bien en la residencia no debía ser fruto del miedo a una reconvención, y menos a una denuncia a los padres que nunca se haría. Allí no existía ningún sistema de vigilancia o de control: la residencia estaba en el polo opuesto a un correccional dedicado a enderezar coactivamente conductas desviadas. El Padre nos decía, con voz no pocas veces enérgica, que en la residencia no hay vigilantes ni gendarmes, no hay nadie dedicado a controlarnos. La razón suprema para hacer bien las cosas debía ser que nos diera la gana.

### **Actividad agotadora del Padre**



Durante aquel curso 1940-41, el Padre desplegó una actividad sacerdotal muy intensa en Madrid y en muchos otros lugares de España. Además de atender a sus hijos, extendidos por diversas ciudades, y de impulsar la labor del Opus Dei con mujeres, continuó la dirección espiritual con toda clase de personas, a las que encauzaba por caminos de santidad. Los obispos de muchas diócesis, concededores de que la predicación de don Josemaría producía gran bien en sacerdotes y seminaristas, le invitaban a dar a los suyos ejercicios espirituales. No era raro que los mismos obispos asistieran a esos ejercicios. El Padre dirigió también retiros para religiosos y, por supuesto, para muchos laicos, hombres o mujeres, sobre todo jóvenes. Viajaba en trenes y autobuses o en algún viejo coche que solía conducir Ricardo. A veces le coincidían dos tandas de ejercicios a la vez, y tenía que ir de un lado a otro para predicar en el mismo día un buen número de meditaciones.

Nos contaba que le daba gran vergüenza dirigir cursos de retiro a sacerdotes, muchos de ellos de mayor edad que él. Y les decía que tenía la sensación de ir a vender miel al colmenero, pues era él quien quería aprender. En alguno de esos años llegó a dar curso de retiro de siete días de duración a muchos centenares de sacerdotes. Esto le suponía intenso trabajo y prolongadas ausencias de Madrid, pero entendía que al atender esas peticiones de los obispos prestaba un servicio a la Iglesia. Por otra parte, era fiel al propósito que se había hecho tiempo antes -a pesar de las grandes dificultades económicas- de no aceptar nunca dinero por su predicación,

ni estipendio alguno por las misas que celebraba. Ni siquiera dejaba que le abonaran los viajes.

Ninguna ocupación o dificultad apartaba al Padre de su firme convicción, fruto de la fe, de que el principal servicio que él podía y debía prestar a la Iglesia consistía en hacer realidad el Opus Dei y extenderlo lo más posible. Y en esa misión reclamaban su atención muchos frentes: la formación y atención espiritual de sus hijas e hijos, el impulso de la expansión por España, la redacción de nuevos documentos sobre la Obra y las labores apostólicas, la tarea de explicar en los ámbitos eclesiásticos la naturaleza del Opus Dei y la secularidad de sus miembros. Nada de eso resultaba sencillo. Pero como el Padre nos solía recordar, del Salmo 103, las aguas pasarán a través de los montes. Nada le detenía: ni la extrema penuria económica, ni los problemas de la vida española, ni la incompreensión de quienes no acertaban a entender la novedad de la Obra.

Aunque contara con cierta ayuda de sus hijos mayores, sobre todo con la de Álvaro, la responsabilidad recaía por completo en él, como es fácil de entender. Y, sin dejar de satisfacer las peticiones de los obispos y de atender otras actividades pastorales, se desvivía y gastaba de modo incansable, hasta el agotamiento físico. Por si esa extenuante dedicación fuera poco, aún aceptó añadir la tarea de colaborar durante ese año 1940-41 en los Cursos de Especialización para Periodistas, antecedente inmediato de la Escuela Oficial de Periodismo, en Madrid, como

Profesor de Ética y Deontología, enseñanza que dejó en sus alumnos un recuerdo inolvidable.

La primera aprobación del Opus Dei Las contradicciones contra el Opus Dei y su Fundador nunca habían faltado, pero adquirieron niveles muy clamorosos con la fuerte expansión de la labor apostólica. Aunque la Obra siempre desarrolló su labor con el aliento y el cariño de don Leopoldo Eijo y Garay, obispo de Madrid, los ataques de algunos religiosos y de otras personas eran de tal entidad que don Leopoldo consideró oportuno pedir al Padre que presentara una solicitud de aprobación del Opus Dei. La verdad es que el Padre no había tenido ninguna prisa en solicitarla, porque sabía bien que por entonces el Derecho de la Iglesia no ofrecía ningún cauce jurídico apropiado a lo que Dios quería que fuese. Por otra parte, ninguno de los que pertenecíamos al Opus Dei nos preocupábamos por la falta de aprobación oficial y escrita: nos fiábamos totalmente del Padre. Don Josemaría, siempre obediente al obispo, aceptó pedir la aprobación. Ocurrió, sin embargo, que, sin advertencia por su parte, pasó cierto tiempo sin que presentara la solicitud, hasta que un buen día cayó en la cuenta de su involuntario retraso. Se fue a ver a don Leopoldo, le explicó el olvido y se aprestó a repararlo. Era otra prueba de que la iniciativa en ese asunto no correspondía al Padre. Preparó con ayuda de Álvaro la documentación necesaria y la presentó el 14 de febrero de 1941.



El 24 de marzo, antes de la hora del almuerzo, telefonaron de Diego de León a la residencia de Jenner con la noticia de la aprobación del Opus Dei. Ese día se celebraba entonces la fiesta de san Gabriel. Los de la Obra fuimos por la tarde a Diego de León y el Padre nos dirigió la meditación en el oratorio. Se refirió a las contradicciones que se habían levantado contra la Obra y nos dijo que el obispo había querido aprobarla por escrito como Pía Unión, para que hubiera constancia formal de su total apoyo, con la esperanza de frenar así las maledicencias y calumnias. Nos invitó a dar muchas gracias a Dios y a don Leopoldo por esa aprobación, a perdonar a todos y a continuar fieles en nuestro camino, con renovado empeño. Explicó que él no pretendía por entonces ninguna aprobación, que todo había sido iniciativa de don Leopoldo.

La figura jurídica de Pía Unión era la menos inadecuada y la que menos comprometía otras figuras futuras más conformes con la naturaleza y el carácter universal del Opus Dei. Era el primer documento de la Iglesia que atestiguaba la bondad de sus fines, naturaleza, espíritu y afanes y modos apostólicos. Pero el deseo de don Leopoldo de acallar las contradicciones, apenas se cumplió.

Fallecimiento de la Abuela Doña Dolores consiguió superar los intensos fríos del invierno, abrigándose como podía, refugiada en su habitación de Diego de León. Al comenzar la primavera se atrevió a dar algún paseo por

Madrid y por sus alrededores. El día 4 de abril, que era Viernes de Dolores, su onomástica, fuimos a felicitarla. Y al día siguiente, que salió muy soleado, fue con Carmen y Santiago, Álvaro, Isidoro y algún otro de excursión al Escorial, y almorzaron en el campo. El frío allí era más intenso y traicionero, y la Abuela se resfrió. Ya en Madrid tuvo molestias bronquiales, y no lograba reponerse. La destemplada temperatura de la casa de Diego de León no ayudaba mucho y tuvo que guardar cama. Coincidió entonces con que el Padre debía ir a Lérida para dar una tanda de ejercicios espirituales a sacerdotes de esa diócesis. Habló con los médicos que la atendían: aun conscientes de que doña Dolores tenía un corazón delicado, no apreciaron que se encontrara en aquel momento en situación de extrema gravedad. Por eso, el Padre decidió atender su compromiso con la diócesis de Lérida y el 20 de abril emprendió el viaje. Al despedirse de su madre, le pidió que ofreciera sus molestias por la labor que iba a hacer con los sacerdotes que le esperaban. La Abuela asintió, pero no pudo evitar un comentario en voz baja, lleno de maternal cariño: "¡Este hijo".

La enfermedad había evolucionado a bronconeumonía, para la que no había entonces fármacos eficaces. No obstante, el médico, al visitarla el 21 por la tarde, quedó con la impresión de que mejoraría en las horas siguientes y se fue tranquilo. Con ese parecer, Álvaro fue al centro de la Calle de Martínez Campos, donde vivía Ricardo, para cumplir con su ayuda el encargo del Padre de preparar un ejemplar bien presentado y encuadernado de los Reglamentos de la Obra, para los archivos de la Curia

Diocesana. Como se alargó mucho ese trabajo, se quedó allí a dormir. Entre tanto, contra lo previsto, en la madrugada empeoró la enferma de modo inesperado y, cuando volvió el médico a primera hora de la mañana del martes 22, la Abuela se encontraba ya bastante mal y falleció poco más tarde. Una pintura al óleo, italiana, conocida en el ambiente familiar como la "Virgen con el Niño peinado", imagen a la que la Abuela tenía particular devoción, acogió con su maternal mirada los últimos instantes de una vida entregada por entero a Dios, y a la Obra que Él había puesto en manos de su hijo.

La muerte debió de ocurrir mientras Álvaro volvía esa mañana a Diego de León, pues se enteró al llegar. Con el ánimo conmovido por el dolor de la pérdida de una persona a la que quería de modo muy entrañable, pidió una conferencia telefónica con el Seminario de Lérida -se tardaba entonces horas en conseguirla- para darle la noticia al Padre. Como el propio don Josemaría contó años más tarde, al llegar al Seminario de Lérida había acudido al Sagrario con este ruego: "Señor, cuida de mi madre, puesto que estoy ocupándome de tus sacerdotes". El 22 por la mañana, se había referido en una plática al oficio inigualable que compete a la madre junto a su hijo sacerdote. Poco después de terminar, casi al mediodía, mientras estaba aún recogido en la capilla, recibió la llamada telefónica de Álvaro. "Volví a la capilla -contaba el Padre- sin una lágrima. Entendí enseguida que el Señor mi Dios había hecho lo que más convenía: y lloré, como llora un niño, rezando en voz alta (estaba solo con Él) aquella larga jaculatoria, que tantas veces os recomiendo:



fiat, adimpleatur, laudetur.. iustissima atque amabilissima voluntas Dei super omnia. Amen. Amen. (hágase, cúmplase, sea alabada...la justísima y amabilísima Voluntad de Dios, sobre todas las cosas). Desde entonces, siempre he pensado que el Señor quiso de mí ese sacrificio, como muestra externa de mi cariño a los sacerdotes diocesanos, y que mi madre especialmente continúa intercediendo por esa labor".

En un coche que le facilitó Juan Antonio Cremades, Gobernador Civil de Lérida y buen amigo suyo, el Padre emprendió regreso a Madrid. Malos eran entonces los automóviles y las carreteras, por lo que no pudo llegar a Diego de León hasta pasada la medianoche, ya en la madrugada del 23. Subió al oratorio, se arrodilló ante el Señor en el sagrario y se acercó a besar la frente de su madre, muy conmovido y sin contener el llanto. Después, rezó con Álvaro un Te Deum en agradecimiento al Señor por la serenidad y paz que se reflejaban en el rostro de su madre. Como era ya de madrugada, celebró la Santa Misa en sufragio por su alma.

Pronto nos había llegado la noticia de la muerte a los de Jenner y nos produjo enorme sorpresa y dolor. Fuimos a Diego de León a velar por turnos sus restos y a rezar por su alma. El cadáver se había amortajado con el hábito de Nuestra Señora del Carmen. La Abuela nos había robado el corazón, se había ganado nuestro cariño y todos estábamos muy apenados. Las lágrimas humedecían nuestros ojos.

La División Azul Los periódicos y las radios suministraban abundantes noticias sobre la guerra mundial, que eran objeto de comentarios entre los residentes. Se apreciaba alguna inquietud ante los riesgos de que España pudiera verse arrastrada a la conflagración bélica. La inicial declaración de neutralidad española había sido sustituida por otra de no beligerancia. En el otoño de 1940, los riesgos de entrar en el conflicto fueron sin duda muy grandes, en particular por el interés de Hitler de dominar el estrecho de Gibraltar mediante la llamada "operación Félix", que en enero siguiente quedó aplazada.

En 1940 fue creada la Milicia Universitaria para que los estudiantes universitarios pudieran hacer el servicio militar con escasa interferencia en sus estudios. Me inscribí en ella, como otros que estaban en mis condiciones, para que si tenía que volver a incorporarme a filas, hacerlo como oficial. Eso me supuso acudir alguna mañana a la Ciudad Universitaria para hacer la instrucción, y participar en algún desfile vistiendo el uniforme gris difumino, inicial de esas Milicias.

Avanzada la primavera de 1941, se produjo la ruptura de relaciones entre Alemania y la Unión Soviética. Al comenzar la penetración de las divisiones alemanas en territorio de dominio soviético el 21 de junio de 1941, España quedó sin la importante baza política, válida hasta entonces para no entrar en la guerra, de no querer ser aliada de la Unión Soviética. Franco reaccionó reforzando el

color falangista de su Gobierno y creando la División Azul, formada por voluntarios españoles que acudirían a luchar contra Rusia junto a las divisiones alemanas. A lo largo del verano de 1941 tuvieron lugar los grandes avances de Alemania en el frente del Este y en el Norte de África. Ante estos éxitos, algunos sectores políticos del país intensificaron su presión para que España interviniera del todo en favor de Hitler.

El Fundador del Opus Dei percibió bien el peligro. Si España entraba en el conflicto mundial, el país -muy castigado por la reciente guerra civil- sufriría un nuevo, duro y tremendo estrago; sería también causa de una nueva dispersión de sus hijos, casi todos en edad militar. Por eso, rezó -y nos movió a todos a rezar- para que aquello no se produjera. Por ese tiempo, se acusaba al Opus Dei ante algunas embajadas de Madrid de que sus miembros eran aliadófilos, mientras se decía en otras que eran germanófilos. En los ambientes políticos y universitarios de Madrid se fomentó, sobre todo entre los oficiales provisionales de la guerra civil, la inscripción voluntaria en la División Azul. Algunos del Opus Dei se inscribieron y otros no. Yo, que no había pasado de soldado, no me inscribí. El Padre, a pesar de que esa inscripción podía entorpecer la labor de la Obra, respetó la libertad de sus hijos. Como hubo bastantes más voluntarios inscritos que plazas disponibles, se eligió por sorteo a los que se podrían incorporar a la División Azul. La oración resultó eficaz y ninguno del Opus Dei resultó elegido.



De esos tiempos de guerra mundial nació una petición llena de fe y confianza en Dios -tomada del Salmo 26-, que por iniciativa del Padre recitamos a diario los miembros del Opus Dei: "El Señor es mi luz y mi salvación: ¿a quién temeré?; si vienen contra mí ejércitos, no temerá mi corazón; si contra mí se levanta guerra, en eso mismo pondré mi esperanza".

El verano de 1941 Durante el verano continué viviendo en Jenner, con mucho estudio y exámenes, y pude terminar la carrera de Ciencias Naturales entre las convocatorias de junio y septiembre. Pasé también algunos días en Huesca, con mi familia. Entre tanto, el Padre seguía con viajes a diferentes ciudades del país y se entregó intensamente a la formación espiritual de los miembros Del Opus Dei, organizando para ellos varios cursos de retiro en Diego de León, bajo la ardiente canícula madrileña. Desde finales de junio hasta san Fermín estuvo en Pamplona atendiendo a sacerdotes de esa diócesis. Allí fueron a verle algunos de la Obra que andaban por Bilbao y San Sebastián.

Del 9 al 15 de julio tuvo lugar el primer curso de retiro de aquel verano en Diego de León, al que asistí. Como sobre el oratorio estaba la terraza, y el sol madrileño era fortísimo, algunos días echábamos sobre ella baldes de agua, como primitivo sistema de refrigeración que nos permitía la ilusión de aliviar los rigores del calor. Las altas temperaturas exteriores se quedaban sin embargo muy cortas en comparación con el fuego de amor de Dios y afán

de almas que las palabras del Padre prendían en nuestros corazones. A ese curso de retiro siguieron otros tres. Y en el mes de agosto predicó también algunos cursos de retiro para mujeres.

La residencia de Jenner siguió siendo atendida por el Padre. En medio de todo su trabajo, se las arreglaba para ir al menos semanalmente a celebrar la Santa Misa y renovar el Santísimo Sacramento, y algún otro día para comer o cenar y estar un rato con los pocos que habíamos quedado. Los residentes se fueron yendo casi todos en los primeros días de julio.

En agosto y septiembre llegaron abundantes peticiones de plaza para nuevos residentes. La residencia de Jenner era ya bastante conocida y las solicitudes superaban en mucho a las plazas disponibles. A finales de verano se confirmó que un buen grupo de estudiantes del Opus Dei pasarían a Diego de León para recibir junto al Padre una más intensa y directa formación. Afortunadamente, yo era uno de los que se trasladarían. También se produjeron otros cambios: el Padre dispuso que Justo Martí, que durante el curso 1940-41 había dirigido Jenner, fuera a Valencia para ocuparse de la residencia de estudiantes de Samaniego, ya que Pedro Casciaro, hasta entonces su director, se haría cargo del nuevo Centro de Diego de León. Teodoro Ruiz y Juan Antonio Galarraga se encargaron sucesivamente de la dirección de Jenner. Álvaro dejó Lagasca y pasó a un nuevo centro en la calle de Villanueva.

Al final del verano, Juan Jiménez Vargas nos animó a unos cuantos a ir por las tardes a Diego de León para hacer ejercicios gimnásticos en el jardín. Tardé algo en saber que Juan había publicado un método de gimnasia. Nos decía que esa actividad era provechosa desde muchos puntos de vista y consiguió que pusiéramos empeño y continuidad, aunque se tratara de ejercicios muy elementales. La gimnasia continuó algún tiempo, cuando ya vivíamos en Diego de León, ante el asombro un tanto escéptico del director, Pedro Casciaro, que no era un entusiasta de esas prácticas. Alguna vez, el Padre, sin dejarse ver, nos contemplaba divertido.

Durante el mes de septiembre, fueron a Diego de León la mayor parte de los que iban a vivir allí, y llegaron a Jenner los residentes antiguos que tenían exámenes y los que iniciaban sus estudios. El 4 de octubre vino el Padre a Jenner para charlar con los residentes veteranos y conocer a los nuevos. Estaba algo enfermo, pero sus deseos de verles y hablarles de la labor y del espíritu de la residencia eran grandes y no dudó en acudir. Los residentes estaban encantados con él. Los que no le conocían comentaban después que el Padre tenía algo muy especial que se ganaba sus corazones. La visita vino muy bien para caldear el ambiente espiritual, pues en Jenner habían quedado muy pocos de la Obra; aunque, como uno comentó, contando con los ángeles custodios la proporción cambiaba por completo. Ese mismo día 4 terminé felizmente la Licenciatura en Ciencias Naturales. Y a finales de octubre,



con una inmensa ilusión por volver a vivir junto al Padre, dejé yo también Jenner para irme a Diego de León.

## **El primer centro de estudios del Opus Dei**

El Fundador del Opus Dei vio desde el principio a sus hijas e hijos dispersos por el mundo, cada uno en su trabajo. Nuestra vida de entrega a Dios se debía desenvolver en medio de la calle, entre nuestros compañeros. Los primeros que siguieron al Padre antes de la guerra civil española, lo hicieron en celibato apostólico, como numerarios, con la más amplia disponibilidad para servir al Opus Dei y a la Iglesia. Si tenían a su familia en Madrid, continuaban viviendo con ella. Si eran de otras procedencias, se alojaban en pensiones. Al comenzar en 1934 la residencia de Ferraz, los que se ocupaban de la dirección y algunos otros se fueron a vivir allí; los demás pasaban el tiempo que podían en la casa. Lo mismo sucedió en Madrid al acabar la guerra civil y en otras ciudades españolas. La formación de los que el Señor enviaba al Opus Dei se hacía en la residencia de estudiantes cuando la había, en los locales disponibles para las actividades apostólicas, culturales y educativas, o en cualquier otro lugar, a veces por el sistema peripatético, paseando.

Sin embargo, el Padre quería que sus hijos numerarios, que con el tiempo se habrían de ocupar de modo especial de la formación de los demás miembros de la Obra y de la dirección de los centros y labores apostólicas, recibieran en cuanto fuese posible una formación más intensa. Y también vio conveniente que al terminar sus estudios e iniciar su actividad profesional,

vivieran de ordinario -aunque no necesariamente- en centros de la Obra. Estas casas debían ser un hogar de familia cristiana. jamás se parecerían a una pensión ni a un colegio, asilo o cuartel; mucho menos a un convento, por la sencilla razón de que cuantos pertenecen a la Obra son ciudadanos y fieles corrientes.

El Padre consideró en 1941 que había llegado el momento de disponer en el edificio de Diego de León de una zona apta para lo que se denominó Centro de Estudios, que facilitara una formación más intensa de sus hijos. El Centro de Estudios de Diego de León adquiriría la forma de una residencia de estudiantes. Las habitaciones de los residentes, con dos, tres o más camas, una sala de estudio y la sala de estar estaban en la última planta. Es de imaginar nuestra alegría al saber que lo íbamos a estrenar y pasar allí cierto tiempo junto al Padre. Además de continuar nuestros estudios universitarios, recibiríamos clases y charlas para profundizar en el conocimiento de la doctrina católica y del espíritu del Opus Dei, aprendiendo este espíritu directamente del Fundador.

Los comienzos En el primer curso, 1941-1942, el director del Centro de Estudios fue Pedro Casciaro. Había dieciséis camas, que se ocuparon por completo. El número fue aumentando en años sucesivos. Durante ese curso hice los estudios del doctorado en Ciencias Naturales, asistiendo a clases en el Jardín Botánico, la Facultad de Farmacia, el Museo Etnológico y el caserón de San Bernardo, aunque me dediqué sobre todo a trabajar en mi tesis doctoral en el



Instituto Cajal, entonces al Sur del Parque del Retiro, próximo al Observatorio Astronómico.

Al llegar a Diego de León me enteré de que el Padre contaba conmigo para ayudar a Pedro Casciaro en las tareas de dirección, aunque mi colaboración fue muy escasa y por poco tiempo: andaba yo muy ocupado con el doctorado, pues trataba de presentar la tesis dentro de ese curso académico. En el curso 1942-43, José María Hernández Garnica sustituyó como director a Pedro Casciaro.

El Padre era sin duda el alma y el corazón del Centro de Estudios, de toda la tarea formativa que allí se desarrollaba. Su predicación frecuente, sus charlas, los ratos de tertulia, los comentarios que nos hacía de algunos de sus escritos, tenían para nosotros un valor único. El director y otros mayores colaboraban con el Padre en las tareas de formación espiritual. La formación que recibíamos incluía clases de Filosofía, Teología, Latín... Recuerdo como profesores en aquellos años a don José María Bueno Monreal, años más tarde Arzobispo y Cardenal de Sevilla, que nos dio un curso de Propedéutica Teológica; a don Abundio García Román, que nos enseñaba Perfeccionamiento de Lengua Latina, materia de la que se ocupó después Antonio Fontán; al P. Rodríguez-Permy, claretiano, que explicaba Filosofía. Venía también a enseñarnos canto gregoriano otro sacerdote, don Enrique Massó, del que se fue haciendo "ayudante" Jesús Arellano. Se organizaron también clases de idiomas.

Enamorado del canto litúrgico, el Padre nos animaba a aprenderlo bien y a que, al cantar, atentos a lo que decíamos, hiciéramos oración. Y don Enrique, sacerdote muy bueno y piadoso, apasionado por el gregoriano, ponía entusiasmo al enseñarnos y se hacía eco de esos deseos del Padre. Poco a poco fuimos aumentando el repertorio. Celebraba de ordinario la misa algún capellán que venía de fuera -durante mucho tiempo, un religioso escolapio del colegio que tenían en Diego de León, junto a nuestra casa- y algunas veces lo hacía el Padre. Al oírnos cantar y observar nuestros progresos, el Padre nos felicitaba.

Como en años anteriores, el Padre prefería que no nos confesáramos con él y nos dejaba en entera libertad para hacerlo con quien nos pareciese. No obstante, la experiencia mostraba que no era raro que al acusarnos de nuestras faltas e imperfecciones, los confesores fueran poco exigentes y nos despacharan sin apenas consejos de mejoramiento espiritual. En algún caso, trataban de orientarnos hacia la vida religiosa, camino muy distinto del nuestro. Por estos motivos, y sin reducir lo más mínimo nuestra libertad, buscó el Padre a algunos sacerdotes que, por ser concedores de la Obra y de nuestra entrega, podían exigirnos y aconsejarnos de forma más apropiada. Solían venir por la casa Fray José López Ortiz, agustino; el Padre Aguilar, dominico; don José María Bulart, sacerdote diocesano, y algún otro que no recuerdo.

El ambiente de intimidad de Diego de León era propicio para conocer algunos hechos de los comienzos de

la Obra. El Padre era muy reacio a tratar de esos temas - sobre todo si se referían a su persona-, por humildad y para que no nos forjáramos de él una imagen fuera de lo normal, o pensáramos que la santidad requería fenómenos sobrenaturales extraordinarios, cuando lo nuestro era buscar la santidad en lo ordinario. Por eso, sólo con ocasión de alguna fiesta, o en conversaciones de unos pocos con alguno de los más antiguos -mucho más excepcionalmente con el mismo Padre-, nos íbamos enterando de algunas de esas circunstancias históricas.

Mencionaré sólo una de estas confidencias, de la que fui testigo, porque permite hacerse idea del tipo de relación que existía entre el Fundador y Álvaro del Portillo. Iban a salir los dos de Diego de León hacia el centro para mujeres de la Obra de la calle Jorge Manrique, y me invitaron a acompañarles. Acepté encantado y fuimos caminando despacio por Diego de León y Serrano. Álvaro, con respeto y delicadeza, pero también con confianza, le empezó a preguntar al Padre por sus antiguas relaciones con los carmelitas descalzos, y sobre si le había ocurrido algo especial en el convento de carmelitas de Segovia en el que se veneran los restos de san Juan de la Cruz. El Padre se defendía con evasivas, pero la hábil insistencia de Álvaro logró vencer poco a poco su resistencia, de modo que me enteré entonces de la influencia que habían tenido en el Padre las huellas en la nieve de un carmelita en Logroño. También supe de las luces divinas recibidas en octubre de 1932 en aquel convento de Segovia, junto a la tumba del santo, por las que los Arcángeles Miguel, Gabriel y Rafael, y los Apóstoles Pedro, Pablo y Juan se



convirtieron en Patronos de las distintas labores apostólicas de los miembros de la Obra. Me conmovía palpar la humildad del Padre, al que no gustaba tratar de esas cosas delante de mí, y ver cómo se las arreglaba Álvaro, para lograr que yo las conociera.

La vida en familia Para las Navidades se instaló un Nacimiento en la galería inmediata al comedor. Al Padre le gustaba ver cómo se iban componiendo las montañas y se colocaban las ingenuas figuras de barro alrededor del Portal. El Nacimiento centraba la vida familiar en el tiempo de Navidad. Allí, en la galería, se solía hacer la oración de la tarde, se tenían las tertulias, se cantaban villancicos. La víspera de la Nochebuena de 1942, trajeron al Padre una preciosa talla del Niño Jesús en madera de caoba: la tenía gozoso entre sus manos y la mostraba con inmenso cariño. Quizás le recordaba la imagen del Niño que gustaba besar y mecer entre sus brazos, años atrás, en la iglesia del Real Patronato de Santa Isabel.

Todos queríamos quedarnos a pasar las Navidades en Diego de León con el Padre, y así se lo pedíamos; pero a los más jóvenes nos decía que fuéramos con nuestras familias. No podía quejarme del ambiente en casa de mi familia, pero cuando estaba en Huesca echaba de menos la vida en Diego de León. En 1942, regresé de Huesca hacia la medianoche del 2 al 3 de enero. El 4, cuando estábamos en el postre, al partir yo el turrón, partí el turrón y también el plato, con la consiguiente broma fácil de los demás: en adelante, no podría decir que no había roto un plato. Muy

poco después nos trajo el Padre a cada uno una copita de malvasía de Sitges, que le habían regalado, y pasamos con él una encantadora sobremesa; quizás quiso, de ese modo, que no me apurara por el pequeño percance. Ese año, el Padre, con dos que le acompañaron, se ocupó de los regalos de Reyes, y yo hice de paje. El 9 de enero de ese año el Padre cumplió cuarenta años: le felicitamos y nos acompañó en la tertulia después del almuerzo, pero no recuerdo que le agasajáramos de modo especial.

Carácter muy particular tenía la fiesta del 19 de marzo, san José, Patrono de la Iglesia y de la Obra, santo del Padre y fecha vinculada a nuestra personal entrega al Opus Dei. Como es frecuente en España llevar el nombre de José, siempre había algunos Pepes que celebraban su santo. Después de la misa, felicitábamos al Padre y a los Pepes y se desbordaba el buen humor de todos. Muchas personas venían por san José a Diego de León para felicitar al Padre y otras llamaban por teléfono, con el mismo fin. En 1943 y 1944, estuvo el Nuncio de Su Santidad en Madrid, Monseñor Cicognani, que nos celebró la misa. El Padre estaba conmovido por esa muestra de afecto del más directo representante del Papa.

La circunstancia de vivir en la misma casa facilitaba que el Padre nos acompañara muchas veces en las tertulias. Nos solía decir que no debía venir con nosotros, para que no nos sintiéramos cohibidos por su presencia y charlásemos con más espontaneidad. Confesaba que después de estar con nosotros en la tertulia solía proponerse

no volver en un tiempo, pero que, al oírnos subir del comedor o escuchar nuestras voces jóvenes, su corazón le hacía traición -constituíamos lo que él llamaba su "ocasión próxima"- y fallaba a su propósito. Nosotros, que teníamos muchas ganas de que viniera, le asegurábamos que su presencia no disminuía en absoluto nuestra libertad; al contrario, estimulaba nuestra desenvoltura, porque solía pedirnos que le contáramos anécdotas, chistes, o que cantáramos.

Cualquier tema corriente servía al Padre para darnos criterio cristiano, para formarnos o para contarnos cosas interesantes o divertidas de sus viajes por diversas ciudades y el desarrollo de las labores apostólicas. Impulsaba nuestro proselitismo personal y nos movía a encomendar al Señor a personas que podían pedir la admisión en el Opus Dei. Mientras nuestros ojos se abrían como platos ante los espléndidos horizontes de expansión que nos trazaba, nos repetía: "Soñad y os quedaréis cortos". Y también: "Que se os meta bien en la cabeza y en el corazón que no haremos nada si no somos santos". El tiempo de tertulia pasaba volando cuando estaba el Padre, y solía terminar con las campanadas del reloj. En ocasiones buscábamos con la mirada la complicidad del director y acudíamos al truco de cantar algo con suficiente potencia para que no se oyeran, y así alargar la tertulia. El Padre se daba cuenta de la maniobra, y a veces seguía la broma y continuaba la tertulia algo más.



Puede ser una simpleza mía, pero no me importa decir que aquellas tertulias con el Padre me han servido para atisbar lo que debe ser el Cielo: la contemplación de la Santísima Trinidad, la amigable conversación con el Señor, con la Virgen, con los ángeles, con tantas personas con las que se ha tenido un particular trato en esta tierra; para intuir, salvadas infinitas distancias, lo que debe ser ese vivir intenso en el que el tiempo no corre, en el que todo es Amor. El Cielo debe ser algo muy parecido a una tertulia sin fin y sin posible cansancio, en la que todos contemplan a Dios, se miran, se comprenden y se aman.

Las canciones surgían con frecuencia, sin acompañamiento musical casi siempre, más rara vez con el apoyo del piano o la guitarra. El Padre se unía muchas veces a los cantores y nos animaba a cantar refiriendo al Señor, a la Virgen, a la Obra, tantas expresiones bellas, llenas de poesía, que han brotado del corazón enamorado de los hombres. Muy pronto se dispuso de un piano pequeño para acompañar las canciones o para que algún entendido practicara con él y nos diera un concierto. En el otoño de 1941 llegó una radiogramola que, aunque antigua, se consiguió poner en uso y se instaló en la zona de estar. Los discos se fueron obteniendo como regalo de nuestras familias.

En la primavera de 1942, Pedro Casciaro se hizo con un viejo armonium que, una vez arreglado y ajustado, hizo las delicias de Jesús Arellano, como importante apoyo para el canto en el oratorio. Más adelante, hacia el verano del

mismo año, nos regalaron una antigua pianola. Se encontró a un experto que la puso a punto. En septiembre se recibió de Valencia un buen lote de rollos para la pianola y comprobamos que sonaba de modo aceptable. El día de san Francisco de Asís, los Pacos fuimos obsequiados con un excelente concierto de pianola. También hubo violines: el que Jesús Larralde se trajo de Pamplona -conseguía arrancarle notas que recordaban un conocido minué- y el que tocaba Jesús Alberto Cagigal. Aunque había un reducido grupo un tanto negado para la música, el nivel medio era más que aceptable.

En su predicación, al Padre le gustaba comentar el texto del Evangelio de san Juan (15, 16): No me habéis elegido vosotros, sino que yo os he elegido, y os he puesto, para que vayáis, y deis fruto, y vuestro fruto permanezca, para considerar la elección divina, la fidelidad que debíamos guardar a la llamada y su sentido apostólico universal. Nos decía que el Opus Dei habría de extenderse por tierras y mares, de polo a polo. En alguna tertulia había comentado que nos vendría bien tener como objeto decorativo un barco, que recordara esos afanes universales. Y en el verano de 1943, Gonzalo Ortiz de Zárate, un alavés que estudiaba ingeniería naval, aprovechó sus vacaciones en Villarreal de Álava para emprender la construcción de un barco bautizado como *Ut eatis*, de 1,75 metros de eslora, que quedó terminado para las Navidades de ese año.

Noticias de otros países Las noticias de quienes por motivo de estudios o trabajo salían de España se recibían

en Diego de León con gran alegría. Eran años de guerra mundial, con indudables riesgos para los viajeros y dificultades de comunicación. El Padre, que confiaba mucho en sus hijos, se llenaba de contento con sus cartas, telegramas, o muy raramente llamadas telefónicas, y se apresuraba a transmitirnos lo que contaban. Recuerdo que José Luis Múzquiz pasó un tiempo en Portugal en 1941. En el verano de 1942, Juan Jiménez Vargas y yo fuimos a pasar un par de meses a Zurich, y Javier Silió viajó a Grenoble. También José María González Barredo pasó un tiempo por Alemania, Suiza, Austria e Italia, viaje que contó a su regreso en una tertulia hacia el 10 de septiembre. A mediados de octubre salí yo de nuevo para Suiza, esta vez para pasar cerca de cinco meses en Friburgo. En el verano de 1943, Juan Jiménez Vargas y Rafael Calvo estuvieron en Suiza. En el de 1944 vivieron unos meses en Portugal Laureano López Rodó y Ángel López Amo.

Esos viajes fuera de España no implicaban el inicio de la expansión de la Obra por Europa, que debería esperar al término de la guerra mundial. Pero la presencia de miembros del Opus Dei en esos países, además de servir a la finalidad profesional específica que los motivaba, mejoraba el conocimiento de los idiomas y sembraba oraciones, relaciones personales y esperanzas para cuando se pudiera comenzar.

Más importancia tuvo para el Padre y para el Opus Dei la estancia de José Orlandis y Salvador Canals en Roma. Aunque estaba también motivada por sus estudios,



permitió establecer relaciones y amistades con eclesiásticos de la Curia romana. Llegaron allí el 1 de noviembre de 1942. Una semana más tarde tuvo lugar el desembarco americano en el Norte de África, de tanta trascendencia para el curso de la guerra. Las dificultades de comunicación con España crecieron, pero, de un modo u otro, llegaban a Madrid noticias suyas. El día de la Purificación de Nuestra Señora de 1943, Álvaro, por encargo del Padre, entró feliz en el comedor del Centro de Estudios con una fotografía de los dos "romanos" junto a José María González Barredo en las calles de Roma, y un recorte de L'Osservatore Romano que refería la Audiencia Pontificia del Papa Pío XII a los dos miembros de la Obra, que había tenido lugar el 15 de enero anterior. Por la noche, el propio Padre amplió la información dando detalles de esa audiencia, primera de carácter privado que el Papa concedía a miembros del Opus Dei. Desde marzo, acompañó a los romanos unos meses Paco Botella, que trabajó junto a los profesores Fantappiè y Severi, prestigiosos matemáticos.

Del 25 de mayo al 21 de junio de 1943, Álvaro estuvo también en Roma para iniciar en la Santa Sede las gestiones para obtener la autorización -el nihil obstat- de la erección de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz. Roma sufrió el primer bombardeo de la aviación aliada el 19 de julio, y al día siguiente José Orlandis informó por cable que estaban bien, lo que alegró mucho al Padre. Esa acción militar aérea fue motivo de anulación de muchas reservas en los vuelos a Roma, lo que hizo posible a Juan Jiménez Vargas, que desde primeros de ese mes no conseguía plaza,

viajar el 21 a la capital de la cristiandad con noticias del Padre, y continuar luego a Zurich. Tras la caída de Mussolini, las tropas alemanas ocuparon Roma durante nueve meses y se interrumpieron las comunicaciones con España. No obstante, el 17 de septiembre nos hizo saber otro telegrama que seguían bien. Y en octubre llegó a España la importante noticia de la concesión del nihil obstat de la Santa Sede.

Al aproximarse los ejércitos aliados a la Ciudad Eterna, se hicieron más frecuentes los bombardeos. Recuerdo que a mediados de febrero, ya de 1944, el Padre nos hacía participar de su dolor por los daños personales y por las destrucciones materiales que se podían producir. Hacia el 19 de abril recibió una carta con buenas noticias de los de Roma. Y al ser ocupada la ciudad por los aliados, telegrafiaron de nuevo el 5 de junio. Desde entonces, las noticias llegaron con mayor frecuencia, aunque persistían las dificultades. El Padre nos habló muy satisfecho el 22 de julio de otro telegrama que daba cuenta de los buenos resultados obtenidos por nuestros dos romanos en sus exámenes en los Ateneos Pontificios. Al año siguiente, ya en agosto de 1945, en los días en que terminaba la guerra en Europa, Pío XII les concedió una nueva audiencia, y meses más tarde, en el otoño, regresaron a España.

## **Carmen y Santiago**

Cuando el Señor se llevó consigo a doña Dolores en abril de 1941, la hermana del Fundador, Carmen, quedó sola al tanto de las tareas domésticas de Diego de León. Su hermano Santiago la acompañaba a comer y cenar y pasaba con ella los ratos que permitían las muy distintas ocupaciones de una y otro. Carmen, que tenía unos veinte años más que yo, me tenía como paisano suyo, ya que era de Barbastro y yo de Huesca. Por ser hijos de su hermano, ella tenía pleno derecho a considerarnos sobrinos, y nos trataba en consecuencia. En realidad, nos tenía mucho más como hijos que como sobrinos, y éramos objeto de muchas atenciones suyas.

El comienzo del Centro de Estudios añadió al trabajo de cuidar una casa de tan amplias dimensiones, la atención de la comida y repaso de ropa de bastantes más personas. Era un tiempo en que se carecía de la mecanización hoy disponible. La limpieza de las cuatro plantas de Diego de León requería de Carmen gran dedicación. Era además la sede central del Opus Dei, y el esmero en los aspectos materiales de la casa debía ayudar a que la mentalidad laical de la Obra entrara por los ojos a muchas personas que acudían allí para visitar al Fundador.

Por propia decisión, Carmen no daba a su vida otro sentido que el de ayudar a su hermano Josemaría en su misión de sacar adelante el Opus Dei. Y ayuda muy importante y eficaz en aquellos años fue ocuparse directamente de la casa de Diego de León, a la vez que orientaba las tareas domésticas de la residencia de Jenner y



de otros centros de Madrid, mientras se hacían cargo de ellas las mujeres de la Obra. Carmen no pertenecía al Opus Dei, pero entendía que era el Señor quien le pedía su colaboración; y con total libertad asumía gustosa la responsabilidad de esas ocupaciones. Recuerdo haberle visto en alguna ocasión excepcional con la cara seria y disgustada por justo motivo; si tratábamos de decirle algo para que desarrugara el ceño, nos contestaba con un "¡no estoy para bromas!". Pero esa actitud cedía enseguida: en cuanto veía el menor signo de pesar por nuestra parte, se olvidaba de todo, recuperaba su habitual buen humor y nos ganaba con su afecto.

Alguna vez, a través de amistades, conseguía algún suministro extraordinario de aceite, legumbres, arroz, harina, patatas, para varias semanas, y, contentísima, nos lo venía a contar enseguida. Esto ocurrió con una importante partida de higos secos, de calidad muy modesta: los tuvimos en la merienda durante varios meses y, cocidos en su almíbar, en el desayuno. En otra temporada, ante la imposibilidad de disponer de patatas, obtuvo de tierras levantinas varios sacos de boniatos -tubérculos poco utilizados en Madrid para la mesa en situaciones normales- que, cocinados con ingenio por Carmen de formas variadas, fueron bien acogidos. Grande fue su alegría cuando Justo Martí le envió desde Valencia una receta para preparar pastel de boniato, que nos pareció suculento. Fue también motivo de gozo para Carmen recibir un saco de harina de Corella (Navarra), una larga ristra de longaniza que se trajo José Ramón Madurga de Valtierra (Navarra) o un importante suministro de arroz que facilitó un conocido de

Lérida. A finales de la primavera del 1944, se obtuvo a buen precio un cargamento de patatas que debían consumirse con urgencia, lo que obligó a servir las a diario de distintas formas, hasta el punto de que uno comentó en broma, con las risas consiguientes, que empezaba a encontrarse "apatatado".

Cuando la animábamos a descansar, Carmen nos decía que no sabía estar cruzada de brazos, que el trabajo la distraía. Muy pocas veces salía de casa a dar algún paseo, con Santiago, o con alguna amiga; o a estar con las mujeres de la Obra. Una vez la encontré en el vestíbulo de la primera planta, realmente agotada. A modo de explicación -no de queja, ni para que la consolara- me dijo: "Si supieras, Paco, cuántas veces he subido y bajado hoy esas escaleras...". Pero enseguida se venció y recuperó su buen humor.

Santiago pasaba muchas horas trabajando en su habitación y comía con Carmen. Su extremada delicadeza le llevaba a mantener esa independencia. Permaneció un tiempo en La Coruña con motivo de su servicio militar, de donde regresó a mediados de marzo de 1942. Hacia el 25 de noviembre del siguiente año, estuvo muy grave por una severa hemorragia digestiva, que requirió transfusiones de sangre. Algunos nos turnamos para velarle durante las tres o cuatro noches de mayor riesgo. El 8 de diciembre se dio a Santiago como fuera de peligro, aunque siguió con vigilancia médica bastante tiempo.

El traslado a Madrid de los restos de don José Escrivá Don José Escrivá y Corzán, padre de don Josemaría, falleció de forma repentina en Logroño el 27 de noviembre de 1924, pocas semanas antes de que su hijo fuera ordenado diácono en Zaragoza. Sus restos recibieron sepultura en la capital de La Rioja. Antes de irme a vivir a Diego de León, había oído pocas cosas de él: sabía que había sufrido en Barbastro algunos duros reveses económicos, por lo que la familia se había trasladado a Logroño; que al morir tenía unos cincuenta años; y poco más. Ya en Lagasca fui conociendo más datos de la familia del Fundador, aunque por entonces él nos contaba muy poco de ella: nuestro interés por su familia chocaba con su humildad y delicadeza.

El 22 de abril de 1942, primer aniversario del fallecimiento de la Abuela, se celebraron en Diego de León tres misas en su sufragio: una la dijo don Arturo -un sacerdote amigo-, otra el Padre y la tercera Fray José López Ortiz. Cantamos además un responso por su alma. En la noche de ese día estuvo el Padre con nosotros en la tertulia y nos habló de sus padres. Después de unos días en que guardó cama por fuertes dolores de espalda, el Padre salió el 27 para Logroño en coche, con Ricardo Fernández Vallespín, y regresó el 29. El motivo de ese viaje fue recoger los restos de su padre, don José, y trasladarlos a Madrid. Velamos esos restos en el oratorio de Diego de León. Al día siguiente, el Padre celebró la misa en sufragio por su padre, a la que asistió Carmen con nosotros. Por la tarde, se llevaron los restos mortales de don José al cementerio, donde se inhumaron junto a los de doña



Dolores. Años más tarde, el 31 de marzo de 1969, los restos de don José y doña Dolores fueron trasladados desde el cementerio de La Almudena a la cripta que se construyó en Diego de León al reformar la casa.

## El Padre en Diego de León

El Fundador de la Obra residió en Diego de León hasta 1946, año en que se trasladó a Roma. Durante esa etapa, continuó creciendo el número de fieles del Opus Dei -mujeres y hombres- y los centros se multiplicaron. En espera del fin de la guerra mundial, se preparaba también el inicio de la labor apostólica en otros países.

Yo conocí al Padre con aspecto de hombre alto y vigoroso, de buena salud, a pesar de que durante los últimos años veinte y en la década de los treinta se había sometido a tremendos ayunos, dedicando al sueño muy escasas horas. El tiempo de guerra civil, en Madrid o en Burgos, había sido en ese sentido severísimo. Sin embargo, cuando yo le vi por vez primera en octubre de 1939, su apariencia era normal y de gran vitalidad.

Pero su estado físico era menos saludable de lo que parecía y de lo que cabía esperar de un hombre en torno a los cuarenta años. Durante el tiempo que coincidimos en Diego de León, el Padre sufrió un fuerte ataque reumático en octubre de 1941; volvió a estar muy fastidiado de la pierna a finales de marzo y primeros de abril del año siguiente, sin que eso fuese obstáculo para que predicara un curso de retiro en Jenner por aquellos mismos días, y se desplazase a León para dar otro. Seguía con fuertes dolores de espalda a finales de abril de ese año 1942. Los dolores reumáticos reaparecían de cuando en cuando y recuerdo

que a primeros de mayo de 1944 le molestaba tanto una pierna que casi no podía andar.

Otras veces le sobrevenían catarros muy fuertes y gripes, con temperaturas altas. En enero de 1944, al Padre le operaron de amígdalas. Le prohibieron hablar y pasaba el día en su habitación, trabajando. Como eran vacaciones y estaban muy pocos en la casa, hacían la tertulia en su cuarto, donde se valía de una pequeña pizarra para gastar bromas. No pudo estar en la fiesta de Reyes, pero el día 7 se forzó y estuvo ya charlando un buen rato con los que había en la casa: la consecuencia fue pasar una noche malísima con agudos dolores. Comentó al día siguiente que había comprendido lo que don Casimiro Morcillo, entonces obispo auxiliar de Madrid, le había dicho la víspera al visitarle: "Son dolores de suicidio".

También padeció el Padre una fuerte forunculosis en mayo de 1944: se tuvo que acostar con fiebre alta varios días, aunque se levantaba a ratos. Eran unos forúnculos tremendos en el cuello, con una fuerte inflamación que se extendía a la cara. También por aquel tiempo, nos comentaba a veces que tenía la boca reseca, con mucha sed, que sentía su lengua como si fuera de trapo o de esparto, con dificultades para articular las palabras. A pesar de eso, predicaba, hablaba y animaba a todos como siempre.

Aquella forunculosis, la sed y otros signos clínicos, hicieron pensar a los médicos en alguna dolencia más seria.



El 3 de julio de 1944 le visitó un internista, me parece que fue el Dr. Bermejillo, que prescribió la práctica de una curva de glucemia que le realizaron el 6. En una nueva visita el día 17 le comunicó el diagnóstico -una diabetes-, con la pauta clínica que debería seguir, aunque el Padre continuó con la intensa actividad y vida de trabajo de siempre. Había días en aquel verano en que se encontraba muy agotado, sin poder aguantarse en pie.

Otra fuerte formación de forúnculos, acompañada de fiebre muy alta, le sobrevino en octubre de 1944, coincidiendo con unos ejercicios espirituales que predicó en El Escorial a los frailes agustinos. Tuvo que hacer uso de toda su energía para sobreponerse y no suspender aquellos ejercicios, a pesar de encontrarse en una situación física muy difícil. Era un nuevo signo que confirmó el diagnóstico de diabetes mellitus.

Muchas razones había, además de las estrictamente biológicas, que incidieron de forma negativa en su salud: las duras penitencias y ayunos a que se sometía con aprobación de su confesor, el trabajo intenso y sin descanso, el poco sueño que se concedía, y los fuertes disgustos debidos a las violentas contradicciones levantadas contra la Obra. Sin embargo, la recia voluntad del Padre, su fe gigantesca y su elevado sentido de responsabilidad ante la misión que Dios le había confiado, le llevaban a superar cualquier debilidad física, la extrema fatiga o aun el agotamiento, hasta que ya no podía más. Para él, la enfermedad era una "caricia de Dios".

Los viajes El Padre continuó viajando desde Madrid a diversas ciudades. Ávila, Barcelona, Bilbao, Burgos, León, Lérida, Pamplona, Salamanca, San Sebastián, Segovia, Sevilla, Valencia, Valladolid, Vitoria, Zaragoza y probablemente algunas más, fueron visitadas en esos años por el Padre, en bastantes casos varias veces. El promedio de salidas del Padre para pasar varios días fuera de Madrid debía de ser de unas dos mensuales.

Tuve la suerte de acompañar al Padre en un viaje a Valencia en diciembre de 1941. Le había pedido quedarme a pasar la Navidad en Diego de León, pero me dijo que, aun cuando comprendía ese deseo, era preferible que fuera con mi familia a Huesca. Como él tenía que dar un curso de retiro a mujeres jóvenes en Valencia, me invitó a acompañarle en tren hasta esa ciudad, para seguir yo mi viaje dos o tres días después. Me encantó la idea de ir con el Padre, conocer la residencia de estudiantes de la calle de Samaniego y estar con los de allí. Como mi padre era médico de Ferrocarriles, el aumento de recorrido no me suponía mayor coste.

El 13 por la noche tomamos el tren en la estación de Atocha, y fuimos solos en el compartimento. Yo dormí bastante bien, así que no sé cómo dormiría el Padre. Al hacerse de día, después de asearnos, hicimos la oración, con algunos puntos de meditación que me ofreció el Padre. Al terminar estábamos ya próximos a Valencia y el Padre me fue mostrando el paisaje, los naranjales, y me explicó

algunas características y costumbres de la región. Al llegar, nos esperaban en la estación y fuimos a la Residencia, donde el Padre celebró la misa. Estaba entonces allí de director Justo Martí, y pude conocer a algunos del Opus Dei que aún no había visto por Madrid. Eran ya prácticamente vacaciones, por lo que no quedaba casi ningún residente. Todos estaban contentísimos con la visita del Padre. Habló con algunos y levantó el corazón de todos con su simpatía, buen humor y sentido sobrenatural.

Uno de esos días, acompañé al Padre hasta el lugar donde estaba predicando el curso de retiro a universitarias de Acción Católica. Caminábamos por la calle solos, el paseo se prestaba a la confidencia, y le dije que yo me veía muy feliz en el Opus Dei, pero que no sentía especial ilusión o entusiasmo en el cumplimiento de las normas de piedad. "Mira, Paco -me dijo enseguida-, yo llevo muchos años haciendo prácticamente todo a contrapelo. No hay que hacer las cosas por entusiasmo, sino por Amor". Sobra decir que la respuesta me consoló mucho.

Relaciones con eclesiásticos El Padre sentía gran veneración y cariño por todos los obispos y nos inculcaba ese mismo afecto. Debíamos mantener con ellos un trato lleno de respeto y delicadeza, aunque también muy confiado, sencillo. Solía visitarles en sus viajes para contar con su conformidad antes de iniciar allí la labor o para hablarles de las actividades que se hacían. En bastantes ocasiones ellos le invitaban a almorzar e incluso a que se alojara en su casa, y él trataba de corresponderles



animándoles a que vinieran a conocer Diego de León y almorzaran con él. Ese trato familiar se extendía a otros eclesiásticos, diocesanos o religiosos. Era frecuente, durante mis años de residencia en aquella casa, que el Padre recibiera muchas de esas visitas, que atendía siempre con cordialidad, aunque a veces se encontrara agotado o enfermo. Con su fe firme, su sentido sobrenatural, su gracejo humano y su habitual alegría, hacía pasar a sus invitados horas muy agradables, les explicaba el espíritu del Opus Dei y quedaban reafirmados en su amor a la Iglesia y en su esperanza, al contemplar los horizontes de santidad y apostolado en el mundo que el Padre ponía ante sus ojos.

Bien sabía el Padre que el contacto vivo con la realidad del Opus Dei enseña a comprender su espíritu más que muchas palabras. Por eso invitaba a estos eclesiásticos a que nos celebraran la misa y a que estuvieran algún rato de tertulia con todos o con algunos de los que allí vivíamos. El Padre nos hacía ver que al obispo sólo le suelen llegar los problemas, las quejas y las malas noticias, y que lo nuestro debía ser contarles cosas positivas, esperanzadoras o divertidas, procurando que pasaran un buen rato. Además, ante las calumnias desatadas por entonces, muchos de ellos querían expresar con su presencia el cariño que sentían por el Padre, la confianza que tenían en el Opus Dei y su cordial apoyo. Entre los Prelados que vinieron por Diego de León, recuerdo al obispo de Madrid y a su Vicario General y luego obispo Auxiliar; a los obispos de Astorga, Ávila, Burgos, Cuenca, Granada, León, Palencia, Pamplona, Tuy-Vigo, Valencia, Valladolid, Vitoria; pero

en ocasiones venían varios a la vez, lo que nos dificultaba saber de dónde eran. El Nuncio, Mons. Cicognani, estuvo varias veces. Don Casimiro Morcillo vino con bastante frecuencia, antes y después de su ordenación episcopal, que tuvo lugar en 1943. Un día en que estuvieron almorzando los obispos de Madrid y de Vitoria, al despedirse quisieron darnos su bendición a la vez, para expresar de ese modo su cariño: "Esto es lo mejor que tenemos", comentaron.

También muchos sacerdotes y religiosos visitaban al Padre y pasaban horas o días en Diego de León. De algunos guardo particular recuerdo. Avanzado mayo de 1942 estuvo Fray Justo Pérez de Urbel, que quiso dejar su autógrafo en una fotografía que representaba el claustro del Monasterio de Silos con el ciprés al que había dedicado un poema. Y comentó: "Hasta ahora mi corazón estaba encerrado entre las cuatro paredes de mi claustro; desde ahora está encerrado allí y también dentro de esta casa". Don Sebastián Cirac, sacerdote de Caspe y catedrático de Latín en la Universidad de Barcelona, venía a Jenner y a Diego de León con bastante frecuencia, celebraba la misa en nuestros centros, asistía a tertulias y tenía gran confianza con el Padre.

Mantenia con el Padre una antigua y profunda amistad el religioso agustino Fray José López Ortiz, catedrático de Historia del Derecho en la Universidad de Madrid, que en 1944 fue designado obispo de Tuy-Vigo; era además uno de los que venían casi todas las semanas

para confesar, y con él me estuve confesando yo bastante tiempo. Nuestro trato con él era muy confiado y cariñoso.

En varias ocasiones estuvieron en Diego de León el Padre Manuel Suárez, Rector del Angelicum, de Roma, que fue después Maestro General de la Orden de Predicadores; otros dominicos, como el Padre Maximiliano Canal, profesor de Teología en El Laterano de Roma, y el Padre Severino, profesor de Derecho Canónico del Angelicum de Roma. El Padre Canal pasó unos días de septiembre de 1943, con su hermano Alejandro, viviendo en Diego de León. Al despedirse el día 10, nos decía que si antes sólo nos conocía por los documentos que sobre el Opus Dei había tenido ocasión de estudiar en Roma, desde entonces sabía de la Obra y de nuestra vida por experiencia personal. También venían con frecuencia otro dominico, el Padre Sancho, Rector de la Universidad de Santo Tomás de Manila, y don Pedro Altabella, que era canónigo de San Pedro de Roma, y había atendido allí con mucho afecto a José Orlandis y a Salvador Canals.

Recuerdo la visita del Abad Coadjutor de Montserrat, Aurelio María Escarré. Don Josemaría había mantenido relación con él, a propósito sobre todo de su defensa de la Obra ante los fuertes ataques contra el Opus Dei que desde finales de 1940 habían surgido en algunos ambientes religiosos de Barcelona.



Impulso de la labor del Opus Dei En 1944, el curso de la guerra mundial presagiaba un fin próximo, y con él llegaba la hora de la expansión del Opus Dei por otros países. A primeros de marzo, el Padre nos pidió que rezáramos mucho por esa expansión. Nos hablaba de comenzar enseguida en Portugal y en Suiza; de intensificar la presencia en Roma con un sacerdote y algunos seculares más. Contaba también que en España todos los Prelados de diócesis en que no se había comenzado la labor deseaban que se empezara cuanto antes. La labor apostólica se había extendido a Sevilla en 1942 y a Santiago en el año siguiente.

En octubre de 1941 había ya en Madrid cuatro centros del Opus Dei para varones. Además de Jenner y Diego de León, estaba el centro de la calle Villanueva -allí vivían Álvaro, Ricardo, Isidoro y Juan Jiménez Vargas- y otro centro en Núñez de Balboa 115, al que fueron a vivir otros también antiguos en la Obra, como Francisco Botella, José María González Barredo, Vicente Rodríguez Casado y Rafael Calvo, y algunos que ya habían terminado la carrera, como Amadeo de Fuenmayor, José Orlandis y Ángel López Amo.

Esos centros fueron suficientes para absorber el crecimiento en Madrid durante un par de años, gracias sobre todo a la elasticidad que permitían las residencias de Jenner y Diego de León. Hacia el final de la primavera de 1943, se hizo perentorio el abandono de los pisos alquilados en Jenner por exigencias del propietario del

inmueble. Después de insistente búsqueda y de rezar mucho, se localizaron dos edificios en la Avenida de la Moncloa, los números 3 y 4, uno a cada lado de la calle, que se habilitaron a lo largo del verano para un centenar de residentes. A comienzos del curso 1943-44 llegaron los primeros estudiantes, sin que hubieran terminado las obras. En el mismo verano de 1943, se hizo también preciso otro centro en Madrid para personas con la carrera acabada. Se montó en Españaoleto 24. Poco más tarde, en enero de 1944, se cerró por inadecuado el de Núñez de Balboa.

El desarrollo de la labor con mujeres reclamaba una sede física para ellas. Ya en el otoño de 1940, se dispuso de un piso en la calle de Castelló, próximo a Diego de León, pero se dejó pronto porque no resultó apropiado. En abril o mayo de 1942 se alquiló un hotelito en la calle de Jorge Manrique. El 2 de agosto celebró el Padre la primera misa allí y dejó al Señor en el Sagrario. Más adelante, ya en el verano de 1944, se encontró en Villaviciosa de Odón, cerca de Madrid, una casa con amplio jardín, que se dispuso para formación, trabajo, cursos de retiro, convivencias y también descanso de las mujeres del Opus Dei. El Padre la llamó Los Rosales, y se celebró por primera vez la misa en diciembre.

En Barcelona, el Señor quedó reservado en el sagrario del oratorio de El Palau desde mayo de 1943. Habían llegado allí en el verano anterior, como catedráticos de la Universidad, Francisco Botella y Juan Jiménez Vargas, por lo que meses después se puso en Barcelona un

segundo centro en la calle de Muntaner 444, para los "menos jóvenes". Por aquellos mismos años, en Zaragoza vivían algunos de la Obra, pero no contaban con locales para el centro; ya en 1944, José Manuel Casas Torres fue como catedrático a la Universidad de Zaragoza, y una zona del piso en que pasó a vivir con su madre, en la calle de Baltasar Gracián, se acondicionó para tener allí los medios de formación.

El comienzo en otras ciudades tuvo relación en parte con motivos de índole profesional. Así, al obtener Vicente Rodríguez Casado una cátedra de Historia en la Universidad de Sevilla en 1942, en octubre del año siguiente Andrés Vázquez de Prada, Javier Ayala, Ismael Sánchez Bella y algunos otros fueron allí por razones de estudio. La labor apostólica se desarrolló en torno a una pequeña residencia que dirigía Vicente, Casa Seras, en relación con la Escuela de Estudios Hispano-Americanos, y hubo varias peticiones de admisión en la Obra. Algo similar ocurrió en Santiago al obtener Amadeo de Fuenmayor en abril de 1943 la cátedra de Derecho Civil; enseguida comenzó allí el trabajo apostólico. Para el curso 1945-46 se abrieron nuevas residencias de estudiantes: Guadaira en Sevilla, Abando en Bilbao y Albayzin en Granada.

Una casa de retiros El Padre nos hacía ver que lo esencial para la expansión de la Obra en España y en otros países era nuestra lucha por la santidad personal. Pero eran convenientes algunos nuevos instrumentos materiales para



la formación espiritual de las personas de la Obra y de las que frecuentaban los centros. Recuerdo que en la primavera de 1943 nos pedía que encomendáramos al Señor conseguir una casa en el campo donde se desarrollaran numerosos cursos de retiro y sirviera en verano para la formación y descanso de los de la Obra.

Pocos meses más tarde, hacia noviembre, fue posible contar con una finca, La Pililla, cerca de Piedralaves (Ávila), que parecía reunir condiciones para construir la deseada casa de retiros. De forma muy provisional, La Pililla se utilizó ocasionalmente al menos desde marzo de 1944. Y de manera regular durante el siguiente verano, en el que grupos sucesivos poco numerosos pasamos periodos de un par de semanas. Inconvenientes urbanísticos obligaron a retrasar unos años la construcción de los edificios previstos. Surgió, entre tanto, otra solución para casa de retiros: Molinoviejo, una finca entre San Rafael y Segovia, que se comenzó a utilizar en el verano de 1945.

Publicaciones de Don Josemaría El Padre había publicado en 1934 dos libros de espiritualidad: Consideraciones espirituales y Santo Rosario. Durante su estancia en Burgos preparó Camino, que ampliaba las Consideraciones y se publicó en Valencia, en septiembre de 1939. Continuó apuntando en fichas consideraciones de carácter espiritual, similares a las de Camino. Mientras estuve yo viviendo en Diego de León, nos habló algunas veces en las tertulias de ese material que iba acumulando: serviría para dos nuevos libros, Surco y Forja. Uno de esos

días nos invitó a los pocos que entonces estábamos a pasar a su habitación, y nos leyó algunas de esas fichas, que nos gustaron mucho. A comienzos de 1944, justo después de Reyes, nos contó que el material para Forja estaba ya ordenado y casi a punto, y que quizá podría enviarlo a la imprenta antes de san José. A pesar de esos deseos, las responsabilidades que cargaban sobre sus espaldas le impidieron disponer del tiempo y sosiego precisos para realizar la revisión definitiva de esos dos libros, que se publicaron como obras póstumas muchos años después.

En febrero de 1944 nos anunció que se había agotado la primera edición de Camino y que la segunda saldría a la calle muy pronto. Como esta encontró muy buena acogida, la editorial le pidió que autorizara enseguida la tercera. En abril nos habló de otra posible publicación, que podría titularse Devociones Litúrgicas, un libro breve que recogería salmos del Breviario, para ayudar a amar y a hacer la oración sobre textos litúrgicos; apuntaba la posibilidad de que pudiera estar listo para el año siguiente. Por parecidos motivos de trabajo, no desarrolló esa obra.

Don Josemaría había obtenido el doctorado en Derecho en la Universidad de Madrid a finales del año 1939, con una tesis doctoral sobre la peculiar figura jurídico-canónica de la Abadesa de las Huelgas Reales de Burgos, que pensó publicar. En abril de 1944 nos leyó un día el prólogo que había preparado. Pocos días después nos enseñó un sello dibujado por Luis Borobio para la portada.

El 15 de julio pudimos ver los primeros ejemplares impresos, con el título de La Abadesa de las Huelgas.

También en julio nos dijo el Padre que preparaba una segunda edición de Santo Rosario. La primera, con 22 páginas, se había hecho con un papel de calidad muy deficiente, mientras que la nueva, sin ser en absoluto lujosa, sería más digna, con ligera ampliación del texto y mejor gusto editorial, e incluiría simpáticas ilustraciones de Luis Borobio sobre cada misterio.

En el mismo verano, el Padre indicó que se fuera preparando una colección de las publicaciones científicas y culturales de personas de la Obra, para ofrecérsela al Santo Padre Pío XII. Sería un modo de expresar al Papa nuestra veneración y cariño filial, y de que conociera la diversidad de dedicaciones profesionales y científicas que ya entonces tenían los miembros del Opus Dei, y su libertad de criterio en los asuntos temporales.

Labor de gobierno El Padre sentía sobre sí la honda responsabilidad de hacer y extender el Opus Dei como Dios lo quería. A eso dedicaba su vida y su tarea de gobierno. Muy directa era la responsabilidad del Fundador en la elaboración de nuevos documentos, sobre todo Instrucciones y Cartas, en las que desarrolló diversos aspectos del espíritu del Opus Dei y de las labores apostólicas. El Señor bendijo su fidelidad con un continuo crecimiento del Opus Dei, lo que llevó a instaurar el



gobierno central y los gobiernos locales, a precisar las indispensables relaciones entre ellos, y a generalizar la colegialidad como característica esencial de la función de gobierno.

Para estas funciones de gobierno el Padre encontró especial apoyo en Álvaro del Portillo, que era el Secretario General del Opus Dei. Trabajaban casi siempre juntos. Álvaro, que desde 1941 vivía en el centro de Villanueva, venía con mucha frecuencia a Diego de León para trabajar con el Padre, y en ocasiones incluso se quedaba a vivir allí durante algunos días. Y el Padre iba también a menudo a Villanueva para trabajar con Álvaro.

Junto a Álvaro, aunque con mucha menor dedicación, ayudaban al Padre en las funciones de gobierno durante esos años otros hijos suyos mayores, como Isidoro Zorzano mientras se lo permitió su salud, Ricardo Fernández Vallespín, José María Hernández Garnica, Pedro Casciaro, Paco Botella, José Luis Múzquiz y alguno más. El Padre contaba con la ayuda de un Consejo General que él presidía, con Álvaro como Secretario General, Isidoro como Administrador General, y otros con diferentes funciones. Como es fácil comprender, su condición de Fundador le confería atribuciones únicas, pero su humildad y su afán de predicar con el ejemplo la colegialidad le llevaban a someter sus proyectos y deseos a sus colaboradores en el gobierno de la Obra.

El Padre era el Buen Pastor de todas sus hijas e hijos, velaba por ellos con oración, mortificación e inmenso cariño. De modo muy particular les atendía cuando caían enfermos o pasaban por alguna circunstancia comprometida. Una vez, estando los dos solos, el Padre me habló de esa atención y ayuda a los demás en sus dificultades espirituales, desánimos o vacilaciones en el camino emprendido. Me contó que él había hecho algunos viajes a lugares alejados para estar con hijos suyos que lo pasaban mal. Decía que era preciso tener mucha paciencia con las almas, como Dios la tiene con cada uno, porque el Señor permite a veces oscuridades que duran más o menos tiempo; y que se ha de extremar el cariño y la comprensión con quienes se encuentran en esas situaciones. Se les debía ayudar para que les volviera la luz, o para que entendieran al menos la necesidad de ser dóciles y dejarse llevar. Me contó que una vez fue a ver a uno que se hallaba en una situación así, que supo ser leal y dócil en su oscuridad: volvió a gozar de la luz y la felicidad, sirviendo muy bien al Señor y a la Obra. El Padre estaba persuadido de que ese hijo suyo perseveraría fiel hasta el fin.

No pocas veces, el Padre nos advertía acerca de aspectos del espíritu del Opus Dei que debíamos aprender o vivir mejor. Lo hacía con mucha serenidad y paciencia, cargado de razón, y delicadamente. En ocasiones, ponía gran energía en su voz para que se nos grabaran bien las cosas, aunque jamás hería ni molestaba, siempre quedaba patente el gran amor que nos tenía. Y cuando, a pesar de esto, pensaba que alguno podía haber quedado un tanto apesadumbrado, se hacía más tarde el contradicho con él y

le mostraba su afecto paternal de algún modo. Nos decía que, cuando debía corregir, lo pasaba mal antes, durante y después, pero que tenía obligación de hacerlo por el Opus Dei y por nosotros mismos.

La primera Semana de Trabajo Con frecuencia nos comentaba el Padre que primero es la vida y luego la norma, por lo que sólo después de suficiente experiencia se podían establecer los modos de proceder. Con ese fin, él tomaba notas breves, a propósito de hechos de la vida diaria. Esas notas podrían servir para elaborar más adelante criterios o normas de gobierno. Y nos aconsejaba que escribiéramos también nosotros fichas de experiencia de carácter espiritual o sobre detalles materiales, para que, valoradas a su tiempo, facilitasen el trabajo a quienes nos sucedieran.

En el verano de 1943, nos convocó a un buen grupo de hijos suyos para celebrar entre el 29 de julio y el 7 de agosto en Diego de León la Primera Semana de Trabajo, actividad que desde entonces se realiza en la Obra periódicamente. En esa Semana se revisaron muchas fichas de experiencia y se añadieron otras que, sistematizadas, quedaron como valioso material de trabajo a disposición del Padre y del gobierno central.



## La santidad del fundador del Opus Dei

Nunca había imaginado que conocería a un santo y que viviría junto a él. Los biógrafos de los santos suelen destacar los acontecimientos extraordinarios de sus vidas y los milagros que Dios ha realizado por su mediación. Así se explica que muchos acostumbren a asociar la santidad con esos hechos sobrenaturales y piensen que el santo pertenece a un género raro de personas, imposible de encontrar por la calle. Esa misma idea tenía yo antes de conocer el Opus Dei: pensaba que lo más cerca que podía tener a un santo era en los retablos de las iglesias. Sin embargo, Dios me hizo ver que estaba totalmente equivocado al darme muy pronto la oportunidad de ver y conocer a un santo de carne y hueso.

La naturalidad de vivir junto a un santo La vida de don Josemaría reflejaba una santidad llena de naturalidad, sin comportamientos chocantes. Su vivir era muy humano y muy divino. Incluía muy altos niveles de exigencia, de correspondencia heroica a cuanto Dios le pedía, pero no quedaba distante, a alturas inalcanzables, sino cercano, cordial. La vida y las enseñanzas del Fundador del Opus Dei acercaban la santidad a la gente corriente, a todos abrían -como él decía- "los caminos divinos de la tierra". Estar con él, vivir junto a él, no daba lugar a sobresaltos, al miedo o pasmo que provocan los fenómenos sobrenaturales. Todo en él resultaba sencillo. Y sin acertar a saber bien por qué, uno se sentía impulsado a portarse mejor, a procurar ser más fiel a Jesucristo.

Un día -debió de ser a comienzos de 1944- tuve la oportunidad de oír directamente al Padre contar cómo había nacido la Obra. Estaba yo acompañando a desayunar en el comedor de Diego de León al Padre Permuy, profesor de Filosofía en el Centro de Estudios, cuando entró el Padre y se sentó con nosotros. Empezó a explicarle a este buen religioso el Opus Dei y a hablarle de su origen. Le dijo entre otras cosas que él no había pensado nunca en nada parecido hasta el 2 de octubre de 1928, día en que el Señor se lo había hecho ver con claridad y con todas sus características esenciales, cuando estaba haciendo un retiro en el convento de los Padres Paúles de Madrid. Él había entendido que eso que Dios quería y sembraba en su corazón era algo que habría de durar por los siglos, mientras hubiera hombres sobre la tierra. Se ponía muy de manifiesto que, por su humildad, le costaba mucho abrir la intimidad de su alma para contar esos hechos sobrenaturales, más aún por hacerlo en mi presencia, con el riesgo de que pensara que la santidad que enseña el Opus Dei debe estar asociada a fenómenos extraordinarios, en lugar de realizarse sin nada llamativo en las circunstancias más corrientes de la vida de trabajo en el mundo. Pronto me dijo, por eso, con delicadeza, que podía irme ya a mis ocupaciones, porque él se quedaría acompañando al Padre Permuy. Y les dejé, con el sentimiento de perderme el resto de su conversación, que se prolongó un buen rato.

En una de aquellas charlas íntimas y familiares que el Padre tenía con sus hijos en Diego de León, nos decía que la Obra es eminentemente "realizadora". Con esta

expresión quería que comprendiéramos que no se limitaba a mostrar una teoría, una posibilidad de entender la vida cristiana. El Opus Dei no era sólo una enseñanza bella y atractiva acerca del cristiano que vive en el mundo, sino que Dios quería que fuese ante todo vida real en cada uno. No era un mero proyecto de vida, sino que ese proyecto, con la ayuda divina, debía realizarse, hacerse vida propia. Por eso nos hablaba también de que lo nuestro era "ser y hacer el Opus Dei".

La sal de la mortificación y el cimiento de la humildad Desde muy pronto practicó Don Josemaría severos ayunos. Sin jamás mentir ni acudir a restricciones mentales -que aborrecía-, se las ingeniaba para que no trascendiera que a veces dejaba de almorzar o cenar, o que reducía al mínimo su alimento. Esos ayunos habían sido muy rigurosos en los primeros años de la Obra, pero continuó haciéndolos durante los cinco años en que estuve con él en Madrid. Sabía encontrar graciosas excusas -por ejemplo, nuestra juventud- para cedernos parte de lo que le servían, pasándolo a nuestro plato antes de que pudiéramos evitarlo. Nunca tomaba nada fuera de las comidas, ni conservaba en su habitación alimento alguno.

Si se servía vino con la comida, él bebía muy poco o nada. Cuando tenía invitados, procuraba atenderles con liberalidad, pero él se las arreglaba para servirse poco, sin que los demás se dieran cuenta. Al comenzar la diabetes, aun antes de que le fuera diagnosticada, sufría mucha sed. Cuando le ofrecíamos agua, esperaba un rato a beberla, y al



decidirse por fin a hacerlo, tomaba solo un sorbo o bastante menos de la que precisaba.

Con autorización de su director espiritual, sometía a su cuerpo a duras penitencias, particularmente duras en los años treinta, con el uso de cilicios y disciplinas hirientes, durmiendo muy poco, bastantes noches sobre el suelo y con libros como almohada, sin consentir nunca echarse la siesta. Sobre su mesa de trabajo tenía una cajita con acíbar de la que a veces tomaba un poco sin que los demás lo advirtieran, en particular cuando iba a ir a comer. Un día le pregunté por qué tomaba acíbar. Me contestó algo así: "Con ese sabor amargo, no me entero de lo que como, todo me da igual; puedes probarlo".

El Padre se veía como un simple instrumento, "inepto y sordo", en las manos de Dios; se valoraba en nada, como "un trapo sucio", como "depósito de la basura"; nos decía que se consideraba capaz de los mayores disparates si el Señor le dejaba de su mano. Muchas veces al día se sentía impelido a volver como hijo pródigo a su Padre Dios. Evitaba todo protagonismo personal, lo suyo era "ocultarse y desaparecer". Insistía en que no le debíamos imitar a él, sino a Jesucristo.

Su humildad le llevaba a no dejarse servir, mientras que él hacía tareas muy humildes en favor de otros. Por aquellos años no era nada fácil ayudarle a llevar una maleta, acercarle algo que él pudiera tomar por sí mismo,

prestarle algún pequeño servicio material. Se adelantaba siempre diciendo en latín las palabras del Señor: "No he venido a ser servido sino a servir". Reaccionaba con vigor contra el señoritismo de quien rehuye servir a los demás, del que se considera por comodidad u orgullo con derecho a ser servido, de quien evita ocuparse de una tarea humillante. Y nos daba ejemplo realizando muchas tareas materiales: hacer una cama, poner en su sitio algo que había quedado desordenado, quitar el polvo de una mesa, y tantas cosas más. Cuando venía a nuestro comedor, a veces nos servía, nos acercaba la fuente con cariño, estaba pendiente de si comíamos lo suficiente. Y tenía con nosotros muchos otros detalles.

Un día me pidió que le hiciera un pequeño favor: se trataba de que fuese a cobrar, me parece que al Ministerio de Justicia, la reducida cantidad que tenía asignada todavía como rector del Patronato de Santa Isabel, cuyas obligaciones cumplía con fidelidad. Era un servicio bien nimio, que me iba a llevar muy poco tiempo, pero él extremó la delicadeza, pidiéndome perdón por el encargo. Quiso asegurarse de que no me iba a causar trastorno y me indicó que, al menos para el regreso, tomara un taxi, apoyándose en razones de seguridad ante posibles carteristas de tranvías.

Vivir junto al Fundador del Opus Dei era estar junto a un volcán de amor de Dios y a Nuestra Señora, ser testigo de su imparable energía. Todo se quedaba enseguida corto, chico. Había que ir siempre más allá -nos esperaban

muchas almas, labores entonces humanamente impensables-, sin temor a los obstáculos.

Tiempo de contradicciones Todos los grandes santos han estado marcados con la Cruz, han sido objeto de incomprendiones, celotipias, maledicencias, calumnias o abiertas persecuciones. El Fundador del Opus Dei no fue una excepción. El camino de santidad que por querer de Dios tenía que abrir era, como él nos decía, "viejo como el Evangelio y como el Evangelio nuevo", pero algunas mentes de la primera mitad del siglo XX no estaban preparadas para comprenderlo. Por eso, desde los comienzos chocó con la incomprensión de personas que consideraban una locura promover una vida de completa entrega a Dios en medio del mundo. Las contradicciones crecieron con la fuerte expansión del Opus Dei después de la guerra civil española.

No es fácil señalar los motivos que desataron la alarma primero y enseguida la acusación abierta y violenta contra el Opus Dei, por parte de algunos religiosos y eclesiásticos. El propio Fundador nos decía que, por venir de personas entregadas a Dios, debíamos partir de la idea de que lo hacían pensando que de ese modo agradaban a Dios, putantes obsequium se praestare Deo, como dice san Juan. Al desconocer la realidad del Opus Dei, no lo entendían y pensaban de buena fe que podía confundir a las almas.



La alarma pudo surgir inicialmente al saber que algunos universitarios que acudían por la residencia de Jenner comenzaban a llevar una vida de piedad intensa y a buscar la santidad entregados al Señor en el Opus Dei, sin abandonar sus estudios. Eso fue visto como algo que podía apartar de la vocación a la vida religiosa a jóvenes generosos, para seguir en cambio un camino de santidad en el mundo que consideraban lleno de peligros y contrario a la mentalidad imperante. No percibían que la vocación a la Obra es de naturaleza radicalmente distinta de cualquier vocación a la vida religiosa: quien tiene vocación al Opus Dei es imposible que la tenga para hacerse religioso, y al contrario. Quizás pensaban, además, que la labor apostólica con universitarios, que veían entonces como principal campo del Opus Dei, estaba ya suficientemente atendida, y temían interferencias con efectos negativos. Con esa disposición de ánimo, no era difícil que interpretaran de modo equivocado informaciones parciales o erróneas que les llegaran; y que tuvieran por peligroso, o aun del todo desviado, lo que era fruto de un recto amor de Dios.

Las contradicciones surgieron primero en Madrid, luego en Barcelona y se extendieron después a otras ciudades en las que el Opus Dei había comenzado a trabajar. Las acusaciones eran muy variadas y resultaban ya entonces peregrinas e inconcebibles. Por ejemplo, algunas mentes ignorantes y enfermizas confundieron unos textos de la Sagrada Escritura grabados en madera en el oratorio de la residencia de Jenner -que incluían cruces y

símbolos eucarísticos- con frases misteriosas y signos cabalísticos.

Aunque cueste creerlo, las murmuraciones y calumnias se vertían no sólo en el ámbito privado, sino también en grupos, en visitas a familiares de personas de la Obra o en reuniones públicas. La ola de insidias se propagaba de unos religiosos a otros, también a religiosas, y de unas ciudades a otras. En alguna comunidad de religiosas se rezaba asiduamente por la conversión de los calificados como "herejes". Se espío a quienes frecuentaban las residencias de estudiantes y centros del Opus Dei para identificarlos y advertirles, a ellos o a sus familias, del grave riesgo que corrían sus almas. Se expulsó también públicamente de una asociación piadosa a algunos de sus miembros, por mantener relación con el Opus Dei. En algún caso, se presionó con perjuicios económicos para que se cortara esa relación. En Barcelona se hizo la pantomima de un auto de fe en el que se condenó Camino a la hoguera. En 1942, don Casimiro Morcillo, entonces Vicario General de Madrid, informó al Padre de que le habían acusado ante la Santa Sede por el contenido de Camino. Y se provocaron muchos otros enredos que hoy harían reír, si no se tratara de muy graves injusticias.

Desde los ambientes religiosos y eclesiásticos se extendió la contradicción a los civiles y políticos. Se convirtió en comidilla y tema de chismorreos de muchos. Se hizo campaña organizada, en la que participaban religiosos, gentes de sacristía, grupos de "católicos

oficiales" amigos del exclusivismo religioso, políticos monopolistas, y universitarios y políticos laicistas. Y personas ligeras, ingenuas o ignorantes contribuían con su papel de correveidiles a propalar las maledicencias y calumnias. Con distintas motivaciones, se pretendía - comentó en alguna ocasión el Padre- matar a la criatura en el seno de su madre, que eso era entonces el Opus Dei. Como a la mala hierba, se la quería arrancar de raíz.

Se presentaron denuncias formales y se abrieron expedientes informativos ante los poderes públicos civiles. Se acusó en concreto al Opus Dei de ser una secta secreta judeo-masónica ante el Tribunal de Represión de la Masonería, creado poco antes como órgano para la seguridad del Estado. Los magistrados encargados de indagar el caso informaron al presidente, el General Saliquet, de que las personas de la Obra parecían ser cristianos, trabajadores, gente honrada y que vivían castidad. Al reafirmarse los magistrados en este último punto, el presidente concluyó tranquilo: "Si viven la castidad, no son masones". Y archivó el asunto.

En los servicios de la Secretaría General del Movimiento, en manos de sectores falangistas, se elaboró un informe plagado de calumnias contra el Padre y el Opus Dei. Su origen pudo provenir de algunos defensores del totalitarismo político que, sin fundamento alguno, recelaban de una labor apostólica con jóvenes universitarios fuera de su control: temían quizá que eso dificultara la pretendida unidad política de entonces.



Cuando Fray José López Ortiz, a quien se le saltaban las lágrimas, dio a conocer ese informe al Padre, este le dijo: "No te preocupes, Pepe, porque todo lo que dicen aquí, gracias a Dios, es falso: pero si me conociesen mejor, habrían podido decir con verdad cosas mucho peores, porque yo no soy más que un pecador que ama con locura a Jesucristo".

Hubo también denuncias a la policía y al poder gubernativo. En Barcelona alcanzaron gran intensidad. El Padre había estado allí varias veces para iniciar la labor apostólica en los últimos meses de 1939 y durante 1940, pero a finales de este último año las calumnias se habían hecho muy violentas. Precisamente por esto quiso volver, aunque solo fuera unas horas, para confortar a sus hijos. El Nuncio, Mons. Cicognani, a quien también habían llegado acusaciones contra el Opus Dei y se había convencido de la falsedad de las patrañas, aconsejó al Padre que sacara el billete de avión con un nombre menos identificable. El Padre siguió su consejo y dio el apellido E. de Balaguer, en lugar de utilizar el de Escrivá, que era entonces como más se le conocía. Tiempo más tarde, el que en esas fechas era Gobernador Civil de Barcelona, Antonio Correa Veglison, contaba que eran tales las cosas que le habían dicho contra don Josemaría que, de haber conocido su llegada, le habría hecho detener. No deja de ser sorprendente que toda esa polvareda se hubiera levantado en Barcelona, cuando allí los miembros de la Obra no debían de superar entonces la media docena.

El Padre sólo daba a conocer muchos de estos hechos a Álvaro. Muy rara vez, de modo muy genérico y sin dar nombres, nos contaba a los del Centro de Estudios algo de lo que ocurría. Nos pedía entonces que no comentáramos entre nosotros esas noticias, para no faltar a la caridad con nadie. También llegaba alguna noticia a la Abuela, que le dijo un día compadecida: "Hijo mío, no tienes un día sano". El Fundador comentó alguna vez a Álvaro a primera hora de la mañana: "¿Desde dónde me calumniarán hoy?", o por la noche: "¿Desde dónde nos insultarán mañana?".

Los ataques se dirigían directamente contra el Padre. Él era el hereje, el embaucador, el loco que pretendía el imposible de promover la santidad en medio de la calle. Años después comentaba: "Yo tenía -no es cosa mía, es gracia de Dios Nuestro Señor- la psicología del que no se encuentra nunca solo, ni humana ni sobrenaturalmente solo. Tenía un gran compromiso divino y humano... Esto me ha hecho callar ante cosas objetivamente intolerables: ¡hubiera podido producir un buen escándalo! Era muy fácil, muy fácil... Pero no, he preferido callar, he preferido ser yo personalmente el escándalo, porque pensaba en los demás". Por esa gran fe y por su inmensa caridad con todos, aquellas duras contradicciones, aunque muy penosas, no turbaron su ánimo, ni redujeron su alegría, buen humor y celo apostólico.

El Padre había meditado profundamente la Pasión del Señor y retenía bien grabado el comentario del

evangelista: "Pero Jesús callaba" (Mateo 26, 63), cuando los falsos testigos acusaban al Señor ante Caifás. Su postura fue siempre de perdón y de silencio. No quiso perder el tiempo en debates, ni poner de manifiesto las extravagancias, zafias falsedades y ridiculeces que corrían de boca en boca irresponsablemente. No quería poner en evidencia a las personas: prefería rezar por sus almas.

El buen humor del Padre continuaba intacto. Una vez le contaron que había sido acusado de simular levitaciones en el oratorio, y contestó riendo, aludiendo al buen peso corporal que tenía entonces: "¡Sería un milagro de primera categoría!". En Barcelona se decía algo tan absurdo como que en la cruz de palo que se había puesto en el Palau se hacían ritos sangrientos. Al enterarse, el Padre indicó que se sustituyera aquella cruz por otra muy pequeña, de modo que no cupiera ni un recién nacido: "Así no podrán decir que nos crucificamos, porque no cabemos".



## Mis estudios en Suiza y Barcelona

Un verano en Zurich El avance en mi tesis doctoral en el curso 1941-42 permitía prever su presentación para principios del verano. Era el momento de ampliar estudios en el extranjero. Decidido ya por la Fisiología, busqué un centro prestigioso de investigación en ese campo. Por causa de la guerra, elegí Suiza como país neutral, y gestioné una beca para trabajar un par de meses en el Instituto de Nutrición Animal de la Escuela Superior Politécnica Federal, que dirigía el Prof. Crassemann, en Zurich. Deposité en la Facultad de Ciencias la tesis ya comenzado el verano, pero la lectura habría de esperar a que se reanudase el curso.

Por primera vez desde mi petición de admisión en el Opus Dei iba a pasar una temporada lejos de un centro de la Obra, pero parte de ese tiempo coincidiría en Zurich con Juan Jiménez Vargas. En la segunda quincena de julio viajé en tren a Barcelona y allí tomé otro que, atravesando la zona de Francia dependiente del gobierno de Vichy, me condujo a Ginebra para seguir luego a Zurich. Otros universitarios españoles de áreas científicas próximas andaban ese verano por allí: además de Juan, recuerdo a Alfredo Carrato -al que conocía de Jenner y del Instituto Cajal de Madrid y me había orientado en la parte histológica de mi tesis- y a Cruz Rodríguez Muñoz, que se dedicaba a Fisiología Vegetal. Me alojé primero con Juan en el Hotel Limmathoff, junto al Lago, pero me cambié pronto a una casa de huéspedes para estudiantes.

En el par de meses que trabajé con el Prof. Crassemann, conocí las técnicas de análisis de forrajes y otros problemas de Nutrición Animal, me familiaricé con las tareas de laboratorio de un Instituto de alto rigor analítico y me fui haciendo con el idioma alemán. Trabajaba con intensidad para aprovechar aquella corta estancia, y algunos días festivos iba con Juan a remar al lago. Escribíamos a Diego de León para que supieran de nosotros. Yo me quedé más tiempo que Juan, hasta el 18 ó 19 de septiembre. Antes de regresar a Madrid, fui a conocer la Universidad del cantón católico de Friburgo. Visité allí el Instituto de Fisiología, dirigido por el Prof. Alloys Müller, en el que investigaba el Prof. L. Laszt en cuestiones de absorción intestinal relacionadas con la función endocrina, tema que me gustó. También estuve con el Prof. Kälín, de Anatomía Comparada, campo del que yo tenía poca experiencia y que me interesaba cultivar con vistas a presentarme a una cátedra de Organografía y Fisiología Animal, la única fisiológica que existía entonces en las Facultades de Ciencias españolas.

### La etapa de Friburgo.

Ya en Madrid, leí por fin la tesis el 9 de octubre. Los miembros del tribunal me concedieron el título de doctor un tanto a regañadientes. No les gustaba que hubiera hecho la licenciatura y el doctorado en tan poco tiempo, ni que el director de la tesis fuese el profesor de Bioquímica de la Facultad de Farmacia, Ángel Santos Ruiz,

en lugar de uno de ellos. Sin embargo, la única observación que me hicieron fue que no hablara de cobayos sino de conejillos de Indias, por ser este nombre más apropiado en castellano. Entre tanto, había planteado la posibilidad de volver a Suiza, para investigar en Friburgo con Laszt y con Kälin y me prorrogaron la beca por varios meses más.

En mi ingenuidad, no era consciente de que mi vocación al Opus Dei pudiera correr riesgo por pasar a los veintitrés años una temporada larga en un país lejano, sin nadie de la Obra próximo, y en pleno curso de la guerra mundial. Tampoco caía en la cuenta de que la contienda podía provocar en cualquier momento mi aislamiento indefinido. Quizás por eso Álvaro charló un día conmigo, por encargo del Padre, y me advirtió de las dificultades en que me podía encontrar, y sobre el cuidado que debía tener para mantenerme fiel. Me aconsejó poner mucho empeño en cumplir el plan de vida espiritual, que me esforzara por estar muy unido al Padre y a sus intenciones, y que procurara escribirles todas las semanas. Si quería, podría confesarme allí con el Padre Ramírez, un fraile dominico español que conocía algo la Obra y que era profesor de Teología Moral en la Universidad de Friburgo. Como por entonces no iba a comenzar la labor estable del Opus Dei en Suiza, no era razonable plantear allí a nadie el tema de su posible entrega.

Esa conversación con Álvaro me abrió los ojos ante la situación en que me iba a encontrar. Pensé en algunos



propósitos para mi vida espiritual durante mi estancia en Suiza y se los consulté al Padre. Uno era hacer todos los días el ofrecimiento de obras con la oración de la ceremonia de la incorporación definitiva, como modo de renovar mi entrega. Otro, rezar por la noche, mientras estuviera en aquella situación, el Salmo "Miserere", como él hacía a diario, para estar mucho más unido a su persona e intenciones. El Padre me contestó que le parecía muy bien el primer propósito y que me contestaría en otro momento acerca del segundo. Al día siguiente me dio también su conformidad. Y me recomendó vivamente, como había hecho Álvaro, cumplir las normas de piedad.

A mediados de octubre de 1942 salí de Madrid hacia Barcelona y de ahí a Friburgo, en tren como la vez anterior. Me alojé en la residencia Villa García, que atendían unas monjas. Tenía una capilla en la que se celebraba misa a diario. Estaba cerca de las Facultades de Ciencias y de Medicina. A pesar de que la residencia tenía nombre español, nadie conocía allí este idioma: sólo se hablaba alemán o francés.

Tomé contacto con los profesores que iban a dirigir mi trabajo. Pasaba las mañanas en el Instituto de Anatomía Comparada, investigando el desarrollo embrionario de la cintura pélvica del ajolote mejicano. Por las tardes trabajaba en el Instituto de Fisiología para ver la influencia de las hormonas de la corteza suprarrenal sobre la absorción intestinal de una vitamina, la riboflavina. El resto del tiempo y los días festivos me dedicaba a estudiar

Fisiología y Anatomía Comparada, para preparar el programa de la cátedra a la que pensaba presentarme algún día. Todas las semanas visitaba al Padre Ramírez en su celda del convento, vecino a la Facultad de Teología de la Universidad, charlábamos amigablemente y me confesaba. Profesor de prestigio y excelente religioso, conocía mi entrega al Opus Dei, me atendía con afecto y confianza, y hasta me contaba las posturas de sus compañeros de claustro, discrepantes de las suyas, sobre la guerra mundial y la situación política española. Fuera de esto y de algún corto paseo con algún compañero, mi vida transcurría con intenso trabajo. No olvidaba los consejos de Álvaro y del Padre. Escribía semanalmente a Madrid y me llegaba de Diego de León correspondencia frecuente.

Los periódicos de Friburgo anunciaban a diario en destacados titulares la marcha de la guerra. Como ya había podido advertir en Zurich durante el verano, la prensa suiza ofrecía una imagen del conflicto mundial bastante distinta de la que reflejaba la española, sesgada esta en favor de Alemania. El régimen de Franco se sentía en cierto grado deudor de Alemania por la ayuda prestada durante la guerra civil; además, un excesivo distanciamiento y frialdad podía incitar a Hitler a ordenar la invasión de nuestro país por sus tropas. Suiza era un país claramente neutral, mientras que España era entonces no beligerante.

El 9 de noviembre de 1942, los medios informativos anunciaron con grandes titulares el desembarco aliado en el Norte de África, primera gran acción de los Estados Unidos

en las proximidades de Europa. Esto tuvo como inmediata consecuencia la extinción de la Francia de Vichy, el territorio francés que había quedado al cuidado del gobierno del Mariscal Petain, ya que Hitler dispuso la ocupación militar completa de Francia, situando a su ejército en los Pirineos a lo largo de la frontera con España. Como medida de prudencia, España decretó la movilización de seis reemplazos militares, los de 1938 a 1943, entre los que figuraba el mío, que era el de 1940. Temí que la movilización me obligara a regresar a España, pero muy pronto me aclararon en la embajada en Berna que podía continuar en Suiza. El cambio de la situación militar en Francia supuso, no obstante, que las comunicaciones con España fueran más complejas: Suiza se había convertido en una isla neutral rodeada de países en guerra, todos del eje germano-italiano.

Navidades en guerra, sin correo Me acordaba mucho del Padre y de los demás de Madrid. Continué escribiendo a Álvaro todas las semanas contándole lo que hacía, y esperaba con anhelo sus noticias. Sin embargo, desde mediados de noviembre dejaron de llegar cartas. Pensé en algún explicable retraso, pero a medida que se acercaba la Navidad el hecho me resultaba más extraño, porque yo procuraba no faltar a la periodicidad convenida. Tampoco recibía cartas de mi familia, desde Huesca. Noté que esta situación anómala de falta de cartas de Diego de León venía acompañada, paradójicamente, de una presencia espiritual del Padre mucho más viva. Me había llevado entre otros libros Camino, que utilizaba de ordinario para hacer la oración, y al leer sus puntos me parecía escuchar la



voz del Padre con su modulación característica, vigorosa, alentadora, paternal, como si estuviera junto a mí. La Nochebuena, sin carta alguna de Madrid ni de mis padres, fue particularmente rica en sentimientos. Con algunos de la residencia en que vivía, fuimos caminando a oír la misa de Gallo en un santuario de las afueras de Friburgo.

Pasaron los días y llegó la Nochevieja sin recibir noticias. Me decidí entonces a llamar por teléfono. Conseguir en aquellas circunstancias una conferencia telefónica era algo muy complejo, casi condenado al fracaso y sólo justificable por graves motivos. Los motivos me parecían suficientes después de mes y medio sin saber de nadie, pero la dificultad era indudable: si en tiempo de paz había que solicitar la conferencia a la central telefónica y esperar horas hasta que la daban, durante la guerra las comunicaciones civiles eran postergadas y sometidas a grandes retrasos, quedaban muchas veces suprimidas durante días, e implicaban la escucha de la censura militar. Al llegar al modesto restaurante en que cené, me decidí a probar suerte y pedí a la telefonista que me consiguiera el número de Diego de León. Asombrosamente me la dieron en poco más de hora y media: quizá porque los ejércitos festejaron la Nochevieja, y porque los Ángeles Custodios me echaron una eficacísima mano. Al otro lado del teléfono se puso Álvaro, que se alegró mucho de oír mi voz y me preguntó enseguida cómo estaba y por qué no les escribía; tenía al Padre y a los demás intranquilos sin noticias mías. Al decirle que había seguido escribiéndoles sin recibir ninguna línea de ellos, me contestó muy extrañado que me habían escrito varias cartas. Nos

felicitemos las Navidades y el Año Nuevo y me sugirió que acelerara mi trabajo, de forma que pudiera terminarlo pronto, para regresar a España en uno o dos meses.

La conversación telefónica con Álvaro me dejó muy tranquilo. Ajusté a partir de entonces mi trabajo científico para terminarlo dentro del mes de febrero. Era cosa de estudiar cada mañana mayor número de cortes histológicos de la pelvis del ajolote en desarrollo, y de que por la tarde las ratas se portaran bien en los experimentos, dejando para mi regreso a España ultimar la redacción de los trabajos. En aquellos meses la nieve cubría con frecuencia las calles de la ciudad y el paisaje adquiría coloridos y matices pintorescos. También hacía bastante frío. La guerra comenzó a afectar en diversos aspectos a Suiza, con restricciones de energía eléctrica y de alimentos. Los tranvías llevaban carteles invitando al ahorro de su calefacción, cuando los de Madrid aún no la tenían instalada. Algunos parterres de parques y jardines se utilizaban para el cultivo de patatas y hortalizas.

A finales de enero, me llegó un grupo de cartas. El enigma de la correspondencia quedaba resuelto: los sobres habían sido abiertos, examinados y cerrados de nuevo con una tira de papel que indicaba su revisión por la censura de guerra del III Reich. Como desde noviembre el correo entre España y Suiza atravesaba Francia bajo ocupación alemana, la correspondencia quedó detenida y se acumuló hasta que fue digerida por los servicios militares. También en Madrid recibieron mis cartas de golpe, con similar

retraso. Las cartas de Madrid solían estar escritas por alguno de los que vivían en Diego de León, con unas líneas de Álvaro, y con frecuencia también con una frase cariñosa del Padre, con su recia e inconfundible letra. Las leí y releí, compensando con creces el largo tiempo de interrupción postal. En una de esas cartas, de comienzos de año, José Ramón Madurga me hacía saber que Isidoro Zorzano se hallaba gravemente enfermo, y me pedía que rezara por él. En adelante, las cartas fueron llegando con la cadencia prevista, previo exámen por los servicios de la censura militar.

El regreso a Madrid El 26 de febrero de 1943 inicié el regreso. Tomé en Zurich un avión -fue mi bautismo de aire-, que cambié en Stuttgart por otro, un viejo aparato Junker, de la Lufthansa, entre civil y militar, que no fue inquietado en ningún momento del vuelo y me dejó por la tarde en Barcelona. Me fui al Palau, el centro del Opus Dei. Me abrió la puerta Jaime Termes, al que no conocía, y pensando que sería un estudiante de la Universidad que llegaba tarde, me invitó con insistencia a asistir a la clase de formación que acababa de comenzar. Mientras procuraba deshacer la confusión junto a mis maletas, llegó Rafael Escolá y se aclaró todo. Rafa me puso al día de las novedades. Cené con Juan Jiménez Vargas, a quien conté mi trabajo en Friburgo, y volví al Palau para charlar con Rafael Termes, director del centro. Al día siguiente, continué en avión a Madrid y llegué esa misma mañana a Diego de León. Era ya el sábado 27 de febrero de 1943. Mi llegada fue muy festejada. El Padre estaba fuera de Madrid y regresó de Vitoria el 1 de marzo.



Además de dos artículos de investigación, me traje de Suiza abundante bibliografía de mi campo científico, una sustancial mejora en mis conocimientos del alemán y un objeto muy importante que me habían encargado los del Centro de Estudios: un diapasón metálico de lengüeta para facilitar dar el tono al coro, lo que causó extraordinaria alegría a Jesús Arellano.

Unos meses de trabajo en Barcelona: El viaje del Padre en abril de 1943 A primeros de marzo de 1943 me presenté en Madrid al órgano militar que daba destino a los soldados que, por estar en el extranjero, no nos habíamos incorporado con la movilización de unos meses antes. Al saber a qué me había dedicado en Suiza, pensaron que podría ser útil en el Parque Central de Farmacia Militar de Madrid. Como me interesaba pasar una temporada en el Laboratorio de Fisiología que dirigía Juan Jiménez Vargas en la Facultad de Medicina de Barcelona, para realizar allí nuevos trabajos científicos en la línea iniciada en Suiza, lo planteé a las autoridades militares y autorizaron el retraso de mi incorporación efectiva hasta junio. Así que, después de estar unos días en Huesca con mi familia a mediados de marzo y de pasar la fiesta de san José en Madrid, el día 23 por la noche salí en tren hacia Barcelona, donde permanecí hasta bien entrado junio.

En la Ciudad Condal yo estaba adscrito al Palau, aunque por las condiciones del piso dormía en una casa próxima y comía en una pensión cercana. Pasaba todo mi

tiempo útil en la Facultad de Medicina, mañana y tarde. Por entonces, residían ya en Barcelona como catedráticos de la Universidad Francisco Botella, matemático, que vivía con una o dos hermanas suyas, y había salido días antes para Roma para hacer estudios de su especialidad; y Juan Jiménez Vargas, médico, que se alojaba en un pequeño hotel por la zona de Tres Torres. En el Palau se disponía de un par de camas turcas por si hacían falta para algún viajero, como había sido mi caso al regresar de Suiza. En aquel pequeño piso no se podía cocinar y sólo alguna vez nos preparábamos el desayuno. El director del Palau, Rafael Termes, y los demás del centro eran estudiantes, salvo Alfonso Balcells, que trabajaba como médico en el Hospital Clínico y había solicitado la admisión en la Obra en enero de ese año, después de una larga estancia de estudios en Alemania.

A final de marzo, Álvaro pasó unos días con nosotros. Nos trajo noticias de la labor en Madrid y de su paso por Valencia, de donde venía. Dijo que el Padre quería tener pronto al Señor reservado en el oratorio del Palau y nos anunció una próxima visita del Padre. También nos urgió a encontrar un lugar para montar una residencia de estudiantes en Barcelona. Además de charlar con algunos de la Obra y con estudiantes que acudían al centro, hizo diversas gestiones y visitas a eclesiásticos, entre ellos a don Sebastián Cirac y al Padre Torrent. También vio posibles lugares para la futura residencia, seleccionados en los recorridos exploratorios que se solían hacer los domingos con ese fin. El 2 de abril Álvaro, acompañado por Rafael Termes, visitó a don Gregorio

Modrego Casaus, obispo de la diócesis, y se volvió a Madrid al día siguiente.

Se confirmó el anunciado viaje del Padre y que le gustaría celebrar la misa en el Palau. El sábado 10 ultimamos la preparación del altar provisional y conseguimos todo lo necesario para la misa. El domingo por la mañana, mientras estábamos haciendo la oración, oímos los pitidos del tren en el que llegaba el Padre con Ricardo -la vía del ferrocarril discurría por la zanja de la calle de Aragón entonces no cubierta, a muy pocos metros de donde estábamos-. Les recibió Rafael en la estación de esa calle y, después de acomodarse en un hotel, vinieron al Palau. El Padre nos bendijo y dio un cariñoso tirón de orejas de felicitación a los más recientes; uno muy especial fue para Alfonso Balcells, por cuya intención dijo que iba a celebrar la misa. Algunos oíamos por primera vez misa en el Palau, y otros no habían asistido antes a una misa celebrada por el Padre. No es fácil describir la emoción que nos invadía a todos ante aquel acontecimiento tan significativo, máxime por las contradicciones que el Padre y sus hijos de Barcelona habían tenido que sufrir -y seguían sufriendo- en aquella ciudad.

Era el Domingo de Pasión. El Padre nos dijo entre otras cosas que pidiéramos al Señor para nosotros y para todos "fidelidad, fidelidad y fidelidad" y que encomendáramos que pronto pudiera haber en Barcelona dos sagrarios, uno en el Palau y otro en la residencia de estudiantes que se buscaba, con lo que se ampliaría mucho



la labor apostólica. Nos instó a rezar para que el Señor enviara muchas vocaciones al Opus Dei. Sus palabras anunciaban un nuevo y potente despegue de toda la labor apostólica en Barcelona. El tema de la residencia estaba candente, como algo que habría que resolver pronto. El propio Padre nos había traído -esas fueron sus palabras- "la primera piedra": una imagen de Nuestra Señora que se veneraría en el Palau hasta que se llevase a su destino.

Al terminar la acción de gracias de la misa, pasamos a la sala de estudio para desayunar con el Padre. Nos contó muchas cosas y nos abrió amplios horizontes apostólicos en Cataluña, España y el mundo. Después de rezar el Angelus, salió con Rafael, Ricardo y algún otro para ver posibles lugares para la residencia. Pasó luego la tarde en el Palau, en tertulia con todos o en conversaciones personales. Tuvimos merienda de fiesta, y al final Juan Bautista Torelló, que estudiaba entonces Medicina, nos dio un excelente recital poético y una admirable exhibición de juegos de manos, especialidades en las que tenía -y supongo que sigue teniendo- gran dominio: fue todo un éxito.

El 12, lunes, el Padre visitó a don Gregorio Modrego, y regresó con la importante noticia de que el obispo le había dado permiso para tener los dos Sagrarios previstos, uno en el Palau y el otro en la residencia. Era una fecha memorable para la historia del Opus Dei en Barcelona. Después de todo lo que allí había sucedido, eran auténticos regalos del Señor y de la Virgen. Por la

tarde, algunos que habían ido a ver posibles sagrarios volvieron asustados de lo elevado de sus precios en relación con nuestras posibilidades. El Padre comentó que habría que comprar por el momento un sagrario sencillo para el Palau y que para la residencia enviaría otro de mejor calidad desde Madrid. Avanzada la tarde, fue a visitar al Rector del Seminario Diocesano.

Volvió a celebrar misa en el Palau el día siguiente. En la segunda parte de la mañana, el Padre salió con Ricardo y otros en un coche prestado, para dar un paseo por el Parque de Monjuich. Después de comer en el hotel, regresaron a Madrid.

El Palau volvió a su vida ordinaria, con sus actividades de formación espiritual y de estudio. Alegraba conocer las caras de los que se iban incorporando a esos medios de formación. Nos había dejado el Padre dos encargos muy concretos: preparar con urgencia la instalación del oratorio, incluido el sagrario; y seguir con las gestiones para la residencia de estudiantes. Desde entonces, después de hablarlo con Rafael, me hice yo residente fijo del Palau y pasé a dormir allí durante los casi dos meses más que continué en Barcelona.

Nuevo viaje del Padre: el Sagrario del Palau El domingo 25 de abril, Pascua de Resurrección, tuvimos una nueva visita de Álvaro. Nos traía unos regalos del Abad Coadjutor de Montserrat. De acuerdo con la festividad del

día y con las tradiciones catalanas, tomamos para merendar con Álvaro una mona de Pascua, mientras nos contaba las novedades más recientes sobre el Padre y la labor en Madrid.

Durante la semana de Pascua, los preparativos del oratorio se aceleraron. Instalado el altar, colocamos ya un dosel bajo el techo para cubrirlo, según las indicaciones litúrgicas de entonces al haber vecinos en el piso superior. Se dispusieron los candeleros, los manteles, la cruz de altar y otros objetos de culto, y se colocó de nuevo en la pared la cruz de palo que dos años y medio antes se había retirado para sustituirla por otra minúscula. Quedó también ultimada la instalación eléctrica. El sagrario, de madera, llegó el 3 de mayo, entonces fiesta de la Invencción de la Santa Cruz. La cruz de palo se adornó ese día con una guirnalda de claveles rojos. En ese mes, se intensificó el estudio en la biblioteca ante la proximidad de los exámenes y creció la asistencia a los círculos y otras actividades de formación. Rafael Escolá dio los últimos toques de pintura al frontal del altar. El Padre Torrent vino a conocer el Palau y el oratorio y a charlar con algunos, para contar sus impresiones al Padre, a quien iba a visitar en Madrid. Una carta del Padre, recibida el 11, confirmaba sus grandes deseos de venir antes de terminar el mes, para dejar al Señor en el sagrario.

Llegó así por fin el 25 de mayo, y con él una nueva estancia del Padre en Barcelona. En Madrid, el domingo 23, antes de dar la comunión en la misa a los del Centro de



Estudios de Diego de León, y el mismo 25, antes de salir para el aeropuerto y emprender con Álvaro y Pedro Casciaro el viaje a Barcelona, les había pedido que rezasen por algunos asuntos de la Obra: el viaje de Álvaro a Roma, con las gestiones que debía realizar ante la Santa Sede, y el suyo con Pedro a la Ciudad Condal. Llegaron en avión al aeropuerto del Prat esa mañana, y Álvaro, sin entrar en Barcelona, siguió viaje a Roma, con el importante encargo del Padre de dar a conocer en la Curia Romana la documentación para la venia pontificia a la erección en Madrid de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, unida al Opus Dei. Rafael Termes y Juan Masiá recogieron en el aeropuerto al Padre y a Pedro.

El Padre dedicó ese día 25 a resolver algunas dificultades burocráticas que, por simple confusión, habían surgido en la curia diocesana de Barcelona para dar por escrito el permiso de oratorio con reserva del Santísimo Sacramento, a pesar de que el obispo ya lo había concedido verbalmente en abril. Consiguió que desaparecieran aquellas barreras, en las que sin duda algo tenía que ver el demonio. Los demás no nos enteramos de que el Padre se encontraba en Barcelona hasta el día siguiente, el 26 por la mañana en que, una vez todo arreglado, llamó por teléfono al Palau desde el Obispado, para avisar que iba a llegar con el Maestro de Ceremonias de la Catedral. Ya en el Palau, el Maestro de Ceremonias procedió a officiar la bendición del oratorio. Para festejarlo, el Padre propuso que tomáramos unos dulces. Por la tarde, el Padre y Pedro Casciaro estuvieron de nuevo entre nosotros, charlando de

muchas cosas y precisando diversos detalles para la Misa del día siguiente.

Llegó por fin el jueves 27 de mayo, el día largamente esperado en que iba a quedar reservado el Señor en el Sagrario del oratorio del Palau. el primero de un centro del Opus Dei en Cataluña. El Padre celebró la Santa Misa, ayudado por Jaime Termes. Jorge Brosa, que se había traído una nueva y excelente cámara fotográfica para dejar un recuerdo gráfico del acontecimiento, no acertó a tomar fotos a pesar de su acreditada pericia, debido sin duda a la emoción. Antes de la Comunión, el Padre nos dirigió unas palabras: aludió a lo que se había tenido que esperar para llegar a aquel momento, a las duras contradicciones sufridas en esa ciudad; y nos transmitió su convicción de que esa Cruz que había permitido el Señor era signo del gran desarrollo que iba a tener el Opus Dei en Barcelona y en toda Cataluña: "A este primer Sagrario -nos dijo- le seguirán pronto unos cuantos más en Barcelona". Añadió que el Señor, que nos mimaba a cada uno con amor de predilección, se quedaba verdadera y realmente presente en aquel Sagrario, para que acudiéramos a Él y le abriéramos nuestro corazón con entera confianza, seguros de encontrar su ayuda.

Por la tarde volvió el Padre y nos obsequió en la merienda con unos helados para celebrar el acontecimiento. Él mismo ofició la primera Bendición con el Santísimo en el Palau para casi todos los que habíamos estado por la mañana. Jorge se había hecho ya con la técnica de la nueva

cámara fotográfica y sacó bastantes fotos. Todo tuvo que hacerse con rapidez, porque el Abad Escarré, de Montserrat, había invitado al Padre a regresar con él en coche hacia Madrid: el Padre aceptó por hacerle compañía y por las dificultades que había para encontrar plaza en el tren. Mientras de charla con el Padre esperábamos al Abad, llegó Pedro satisfecho por haber conseguido después de muchos esfuerzos dos billetes de tren para el día siguiente. El Padre le dijo que ya no podía eludir el compromiso con el Abad, por lo que se tendría que ir él solo, con la carabela que había comprado en Barcelona para un centro de Madrid. Acompañé a Pedro a cenar en un lugar próximo, dormimos en el Palau -el Señor no se debe quedar nunca solo en la casa, nos había dicho el Padre-, y a primera hora del viernes 28, Jorge acercó a Pedro, con la decorativa carabela, a tomar el tren en la estación, donde motivó discusiones entre el público acerca de cuál de las tres utilizadas por Colón debía representar. La puntualidad de Jorge evitó el drama anunciado por Pedro, al que le gustaba disponer de amplios márgenes de tiempo para sus viajes: de no llegar a recogerle a la hora convenida -había asegurado- "expiraré como un pajarito".

Siguieron días de trabajo intenso en la preparación de los exámenes, con gran concurrencia en la sala de estudio del Palau, mientras yo trataba de sacar el mayor provecho científico a mi tiempo de permanencia en Barcelona. El permiso militar de que gozaba no se podía prolongar más. Así que el 9 de junio regresé a Madrid.





## **De nuevo con el Padre en Madrid**

### **Enfermedad y muerte de Isidoro Zorzano**

En los primeros días de 1943, Isidoro Zorzano, entonces el más antiguo en el Opus Dei, estuvo en los umbrales de la muerte. La gravedad fue al parecer máxima el 2 de enero y el Padre, al comentar el hecho con los del Centro de Estudios, les dijo: "Sólo quisiera tener sus mismas disposiciones cuando yo vaya a morir". En los días posteriores mejoró algo su situación, y hacia el 11 se le trasladó al Sanatorio San Fernando, más adecuado para el tipo de enfermedad que padecía.

Algo anómalo había comenzado a notarse en Isidoro poco después del final de la guerra civil española: frecuentes dolores que parecían de ciática, un prurito insoportable en el pie, fácil sensación de fatiga, dificultades para dormir y descansar, marcada pérdida de peso. Nada de esto advertíamos los que le tratábamos, sólo lo conocían sus directores y los médicos que le atendían. A finales de julio de 1941, el Dr. Alix dijo que padecía la enfermedad de Hodgkin, una linfogranulomatosis maligna, un proceso tumoral de los tejidos linfáticos que por entonces resultaba incurable y que le habría de llevar inexorablemente a la muerte en un par de años. A comienzos de otoño, ya en el centro de Villanueva, Isidoro pudo reanudar su trabajo en los Ferrocarriles y sus tareas de Administrador, y a lo largo del curso siguió tratamiento de radioterapia.

En el verano de 1942 pasó una temporada en el campo, en La Cabrera. En septiembre volvió a sus tareas ordinarias, a pesar de que su situación empeoraba. En otoño la enfermedad progresó de forma muy alarmante y se vio obligado a pedir la baja, porque le era ya imposible ir a la oficina. Todavía poco antes de Navidad le llevaron a Diego de León para hacer unos días de retiro espiritual dirigidos por el Padre, y en los últimos días del año dio algún paseo en coche; pero ya no pudo más y hubo de guardar cama. El Dr. Serrano de Pablo confirmó el diagnóstico maligno y su extrema gravedad.

Los que le conocimos antes de tener que guardar cama, contemplábamos en él a un profesional ya maduro, en torno a los cuarenta años, que llevaba en la Obra desde 1930. Era poco bullicioso, de no muchas palabras, sencillo y paciente. Procuraba no llamar la atención y quedarse en un segundo plano. Acogía todas las cosas y sucesos con mucha alegría interior y una sonrisa amable. Se podía acudir a él con toda confianza.

A mí me ayudó en muchas ocasiones. Durante algún tiempo en que debía despachar con él cuestiones económicas y asuntos de elemental contabilidad, me enseñó con mucha paciencia el modo correcto de hacer las cosas, y a revisar y descubrir errores contables; me sugería medidas para mejorar algunos aspectos. También me daba orientaciones precisas sobre cuestiones técnicas de la instalación de la casa y sobre la relación con los suministradores. Cuando tuve que preparar tablas de datos



con análisis estadístico y figuras con representaciones gráficas de los resultados experimentales de mi tesis doctoral, acudí a él porque sabía de su competencia. En cuanto le empecé a esbozar el tema con la delicadeza que pude, y a pesar de que su enfermedad había progresado, se adelantó a ofrecerse para cuanto quisiera como si no tuviera otra cosa que hacer o no le representase el menor esfuerzo: "dame todo lo que sea -me vino a decir-, porque a mí no me cuesta ningún trabajo, mientras que tú tienes que escribir la tesis". Yo le daba los datos y él me entregaba los cuadros e ilustraciones realizados con un gusto y pulcritud que yo no hubiera conseguido, o sólo después de mucho tiempo. Por esta colaboración técnica a los que preparábamos tesis y oposiciones, llamábamos a veces en broma a Isidoro "el opositor".

Muy poco después de regresar de Suiza fui a verle al Sanatorio de San Fernando, donde se hallaba ingresado. Debió de ser en los primeros días de marzo de 1943. Estaba ya muy depauperado. Su enfermedad llevaba consigo fiebre alta, escalofríos, inapetencia, falta de fuerzas para todo, junto con una marcada dificultad para respirar, hablar e ingerir alimento. Sin embargo, a pesar del cuerpo macilento y exhausto que los ojos contemplaban, su espíritu estaba muy vivo, como lo reflejaba el interés de su mirada y de sus preguntas, su afán por cumplir con fidelidad las normas de piedad, el tono sobrenatural de sus comentarios y respuestas. Estuve otras veces con él en el mismo Sanatorio antes de irme a Barcelona y con ocasión de un viaje rápido que hice a Madrid en mayo; y, por

último, una vez que regresé, en junio y julio, cuando ya había sido trasladado al Sanatorio de San Francisco.

A cualquiera de los que le visitábamos nos producía tremenda impresión apreciar sus fuertes padecimientos. Y mucho mayor era la compasión del Padre al contemplar en esa situación a un hijo suyo, el que más tiempo llevaba entonces en el Opus Dei, al que le unía una antigua amistad que se remontaba a los años de estudios de bachillerato en Logroño. El Padre acudía al Señor pidiendo el milagro de su curación, porque bien sabía que nada podían hacer los remedios humanos, y nos animaba a rezar para que fuera posible lo imposible, a la vez que aceptaba y amaba la voluntad de Dios. Al propio tiempo, tenía el consuelo de ver en aquel hijo enfermo la acción santificadora del Espíritu Santo, de contemplar hecho vida ejemplar en Isidoro el espíritu del Opus Dei ante la enfermedad.

Por su parte, Isidoro continuaba muy pendiente del Padre. Nos pedía que le encomendáramos para que no enfermara y pudiera trabajar. Se preocupaba por los frecuentes catarros del Padre, del frío con que tendría que trabajar en el invierno en Diego de León, y del calor que habría de soportar en el verano. En los días anteriores a su muerte, casi en agonía, preguntó con preocupación si el cine sonoro que se instalaba durante el verano frente a la casa de Diego de León perturbaba el descanso del Padre.

Un día coincidí en su habitación con otra persona que yo no conocía. Isidoro se interesó por él, por su trabajo, por su familia. Me impresionó el afecto y agradecimiento que el visitante mostraba hacia Isidoro, lo apenado que estaba al verle tan enfermo. Y cuando salió, se lo comenté al propio Isidoro. Con sencillez me dijo algo así: "Es natural, es un empleado de mi oficina. Empezó a trabajar conmigo de ordenanza, le ayudé a que mejorara en su formación profesional y es ahora delineante".

El trance de la muerte era para él muy parecido al acto de emprender uno de los muchos viajes que había tenido que hacer a lo largo de su vida. Sobre la mesilla de noche tenía un pequeño tren de juguete de muy poco valor, regalo de los Reyes Magos, y decía: "Es para entretenimiento de las visitas y para recordarme que pronto hay que emprender el viaje. Un poco pequeño es, pero así será más fácil introducirse en el Cielo". Explicaba que, como había tenido que colaborar en la instalación de diversos centros de la Obra, se ocuparía también de que en nuestra "casa del Cielo" -como decía el Padre- se encontrara todo preparado para cuando fueran llegando los demás. Dos días antes de su muerte concretaba con otro algunos aspectos de su entierro con total naturalidad, como si se tratara de otra persona. Se detuvo de pronto y mientras sonreía exclamó: "Si alguien nos oyera hablar así de mi entierro, diría que estábamos locos".

El 16 de abril el Padre le dio la Unción de los enfermos. Después de recibirla, Isidoro le dijo riendo a



uno de los que se preparaban para ser ordenados sacerdotes, no sé si al mismo Álvaro: "Ya ves, tú, tanto estudiar. Y a mí me han ungido antes que a ti". La gravedad disminuyó hacia el 22 ó 23. A primeros de junio fue trasladado en ambulancia desde el sanatorio de San Fernando al de San Francisco de Asís, en la Calle de Joaquín Costa, que atendían las Hermanas Franciscanas Misioneras de María. En él pasó el resto de su enfermedad, un mes y medio.

En la tarde del 15 de julio, jueves, Isidoro se nos fue al Cielo. Fuimos por turnos a velar su cadáver, tanto por la noche como durante el día siguiente hasta la hora del entierro. Su rostro reflejaba la paz serena de siempre y esbozaba una ligera sonrisa. Aunque con el corazón dolorido por la separación física, al contemplarle se sentía uno penetrado del gozo de lo sobrenatural, contagiado por su expresión de confiado abandono en el Señor. Aquella noche, el Padre se acostó muy tarde y al día siguiente celebró la misa de la Virgen del Carmen por el alma de Isidoro. Por la tarde del mismo 16 tuvo lugar el entierro, con gran asistencia de miembros de la Obra, familiares, compañeros de trabajo, personas muy variadas a las que había tratado para hacerles bien y acercarles a Dios. Lo presidió el Padre, acompañado de Álvaro, el Padre Aguilar O.P., algunos parientes de Isidoro y el Subdirector de la RENFE. Sus restos mortales fueron sepultados en el Cementerio de la Almudena, junto a los de don José Escrivá y doña Dolores Albás, nuestros Abuelos. El crucifijo del ataúd se retiró y se guardó para la residencia

de la Moncloa, aún en preparación, por la que Isidoro había ofrecido muchos de sus dolores.

Debo confesar que cuando conocí en Diego de León la noticia de la muerte de Isidoro pedí a Dios por su alma, pero no me resistí a rezar un Te Deum como agradecimiento por haber querido que dejara ya de padecer, llevándoselo consigo al Cielo. Muy poco después me encontré con Carmen, hermana del Padre, que ya se había enterado, y me dijo con gran naturalidad que la Virgen se había querido llevar a Isidoro al Cielo para que pasara la fiesta del Carmen con Ella, porque ya había sufrido bastante con su larga enfermedad.

Durante el tiempo que siguió a la muerte de Isidoro, el Padre nos recordó con frecuencia a los pocos que estábamos en Lagasca aquel verano, hechos de su vida y muestras de la eficacia de su servicio al Opus Dei. En una de esas ocasiones nos decía que para sustituir a Isidoro en las tareas que tenía encomendadas en la Obra, había tenido que buscar a tres. El 26 de julio, diez días después del entierro, algunos acompañamos al Padre al Cementerio para rezar responsos ante la tumba de los Abuelos e Isidoro. Y el 24 de agosto nos contó cómo había tenido lugar trece años antes su encuentro con Isidoro en Madrid y su rápida correspondencia a la llamada de Dios. El Padre nos animaba a acudir privadamente a su intercesión, porque estaba persuadido de que podía mucho ante el Señor.

La fama de santidad de Isidoro se extendió rápidamente. Unas biografías difundieron su personalidad y santidad de vida. En 1948 se inició en la diócesis de Madrid el proceso para la causa de Beatificación y Canonización del Siervo de Dios Isidoro Zorzano. Clausurado el proceso diocesano, la documentación se halla en estudio de la Congregación para las Causas de los Santos.

### **Unos meses en el centro de Núñez de Balboa**

El centro de la calle de Núñez de Balboa 115 ocupaba la quinta planta de un edificio que hacía esquina con el Paseo de María de Molina, cercano a Diego de León. En octubre de 1943, el Padre me dijo que Pedro Casciaro, director de ese centro, debía regresar a Diego de León y que fuese yo a sustituirle. El 22 se realizó el intercambio. Por la tarde, el Padre vino a Núñez de Balboa, donde ya me encontraba, probablemente para darme ánimos con su presencia en mi nuevo cometido.

En aquella casa residíamos entonces un grupo de universitarios, casi todos con tareas profesionales de enseñanza e investigación, que preparábamos oposiciones a corto o largo plazo. Por allí andaban, entre otros, Ángel López Amo, dedicado a la Historia del Derecho; Laureano López Rodó, que cultivaba el Derecho Administrativo; y Federico Suárez, que investigaba en Historia Contemporánea. Yo preparaba la cátedra de Fisiología.



Me veía rodeado de muy brillantes cabezas, que, unos antes y otros más tarde, accedieron a cátedras universitarias y se convirtieron en figuras prestigiosas de la Universidad y de la sociedad.

Mi llegada coincidió con dificultades y problemas planteados por las empleadas del hogar que se ocupaban de las tareas domésticas, hasta el punto de que llegaron a abandonar la casa. Además, las mujeres de la Obra que se encargaban de dirigir esos menesteres tenían una fuerte sobrecarga de trabajo. En esa situación, un día de primeros de noviembre me llamó el Padre y nos encontramos en la calle de Jorge Manrique. Le acompañaba Álvaro y fuimos los tres caminando hacia Diego de León. Durante aquel paseo, el Padre, con gran paz y serenidad y de forma clara, me explicó con más detalle y con ejemplos gráficos algunos aspectos de las relaciones entre un centro y las personas que atienden a su administración doméstica, materia en la que mi experiencia era escasa. Se me grabó muy bien la idea de que debíamos extremar con ellas la delicadeza y la consideración, como lo haríamos si se tratara de la Santísima Virgen o de nuestra madre y hermanas, y facilitar su trabajo cuanto pudiéramos. En las circunstancias del caso, esto significaba ocuparnos esos días de las tareas de limpieza de la vajilla y de la casa, lo que nos apresuramos a poner en práctica.

Durante el tiempo en que permanecí en ese centro, el Padre nos visitó en varias ocasiones, a veces para celebrar misa. Uno de los días que desayunó en casa, Laureano

López Rodó se excusó de no poder quedarse más rato porque tenía que ir a un ejercicio de sus oposiciones a cátedra -que en aquella ocasión no ganó-. El Padre le dijo que no le preocupara marcharse, porque al cumplir con esa obligación profesional hacía algo agradable a Dios.

Acudíamos a Diego de León para tener los retiros mensuales, que predicaba el Padre. Recuerdo que con motivo del primero de ellos, al que llegó tarde alguno, me hizo ver la importancia de que todos fuésemos muy puntuales, que viviéramos en eso el amor de Dios y el respeto a los demás, evitando distraerles al llegar tarde.

Mi estancia en Núñez de Balboa fue breve, porque el piso no reunía condiciones apropiadas y el Padre vio conveniente que se cerrara el centro después de las vacaciones navideñas. Unos fueron a la residencia de la Moncloa y otros al reciente centro de la calle de Españolito. Yo volví a Diego de León para ayudar a José María Hernández Garnica en la dirección, ya que él estaba cada vez más atareado ante la proximidad de su ordenación sacerdotal.

Un aspecto delicado del abandono de esos pisos era cómo decírselo al portero de la casa. Era éste un respetable guardia civil retirado, José Yerga, a quien todos los vecinos llamábamos don José. De hábitos distinguidos y de trato cortés, cumplía muy bien su trabajo y acostumbraba a comunicar por escrito, como en su anterior profesión, las

incidencias que surgían. Sentía por nosotros, que ocupábamos la quinta planta del edificio, un particular afecto, y se refería genéricamente a quienes allí vivíamos como "los del pisito", o "los del quintito". Al aproximarse la Navidad de aquel año 1943, nos había dirigido un mensaje de felicitación que manifestaba muy bien la consideración con que nos distinguía: "A los señoritos del 5º piso. Les desea este humilde portero, felices Pascuas y buena entrada de año. Del progreso de todos Vds. no tengo que decir nada más que son todo modelo de ciudadanía y ejemplo en la alta sociedad. Recorrí toda la Península e islas adyacentes y jamás encontré ni vi modelo tan igual. Dios sabrá recompensar la bondad de todos. Sin más molestias se reitera de los modelos ejercicio de las letras, su affmo. J. Yerga". Ese extremado aprecio hacía más difícil informarle del abandono de la casa, pero no nos pareció oportuno despedirnos por su método de darle "parte por escrito". Ya el 7 de enero, uno se lo explicó. Don José, desolado, exclamó muy espontáneo: "¡Con lo que quería yo de todo mi corazón a todo el pisito!" .

La Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz: Los primeros sacerdotes Desde el principio, el Fundador había visto que el Opus Dei necesitaba sacerdotes. Ya en los años anteriores a la guerra civil española, el Padre se había ocupado de la formación doctrinal de sus hijos y pensaba en los que pudieran prepararse para la futura ordenación sacerdotal. A partir de 1940 planteó primero a Álvaro, luego a José María Hernández Garnica y más tarde a José Luis Múzquiz si estaban dispuestos a ordenarse, y los tres aceptaron con entera libertad ese modo de servir a la



Iglesia, al Opus Dei y al Padre. Cuando Paco Botella me dio a conocer la Obra a comienzos de 1940, me dijo ya que algunos se ordenarían sacerdotes.

El Padre había pensado en esos tres hijos suyos, muy fieles e identificados con el espíritu de la Obra, de valía intelectual y profesional fuera de lo común. Como nos comentó alguna vez, los tres habrían servido también estupendamente a la Obra como seculares, con un trabajo profesional de espléndidos horizontes: Álvaro y José Luis eran Ingenieros de Caminos, y licenciados y después doctores en Filosofía y Letras; José María era Ingeniero de Minas y hacía el Doctorado en Ciencias. Pero era ya indispensable disponer de sacerdotes. Mientras avanzaban en sus estudios eclesiásticos, el Padre no acababa de hallar la forma jurídica para que al recibir la ordenación quedaran a su disposición para atender las necesidades crecientes del Opus Dei, razón por la que se ordenaban. Pidió con intensidad al Señor para encontrar la solución y solicitó nuestra oración y la de otras personas. Estudió mucho y consultó con expertos en estas materias, pero la solución no aparecía. Hasta entonces, la ordenación sacerdotal se solía hacer para incardinarse en una diócesis determinada y quedar a la disposición del obispo correspondiente, o para el servicio del instituto religioso al que el ordenando pertenecía. Pero en el caso de los sacerdotes del Opus Dei, no religiosos sino seculares, no se veía salida.

El 14 de febrero de 1943, mientras el Padre celebraba misa en casa de sus hijas en el centro de la calle

Jorge Manrique, halló la solución por medio de una especial luz de Dios: la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz. Yo me encontraba por esas fechas en Suiza y no tuve noticia del hecho hasta mi regreso. Un día, me parece que a mediados de marzo, nos reunió el Padre a algunos de la Obra en el comedor de Diego de León, y nos contó lo ocurrido el 14 de febrero anterior. Él estaba conmovido y en su profunda humildad sentía una explicable violencia al darnos a conocer las luces divinas recibidas aquel día, en respuesta a su intensa oración. Nos habló de que el Señor le había dado la solución: crear una sociedad sacerdotal que habría de llamarse de la Santa Cruz. Y con ello, el sello de la Obra: la Cruz en la entraña del mundo. Los futuros sacerdotes se podrían ordenar como miembros de esa Sociedad y a su título, es decir, bajo su responsabilidad y para sus fines, principalmente para atender a los fieles del Opus Dei y a sus labores apostólicas, lo que redundaría en servicio de la Iglesia y de las diócesis en que el Opus Dei trabaja. Dios había querido hacerle ver esa solución un 14 de febrero, aniversario de la luz fundacional con la que comenzó a haber mujeres en el Opus Dei, y en un centro de ellas, para dejar bien claro que los sacerdotes se ordenaban para servir a las mujeres y a los hombres de la Obra, y para reforzar la unidad del Opus Dei. También nos pidió que encomendáramos las gestiones que se habrían de hacer en Roma para la formalización de esa Sociedad. Escuchamos emocionados aquellas confidencias íntimas del Padre, dando muchas gracias a Dios.

El 11 de octubre de 1943, festividad de la Maternidad de Nuestra Señora, la Sagrada Congregación de

Religiosos concedió el nihil obstat para la erección diocesana de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz. La noticia, sin embargo, no llegó al Obispado de Madrid hasta el 18 de ese mismo mes, fecha en que todavía me encontraba yo en Diego de León. Habíamos terminado de cenar e íbamos a comenzar la tertulia en el vestíbulo de la última planta, cuando el Padre llamó al director, José María Hernández Garnica, para que bajáramos al oratorio. Allí, el Padre rezó una oración de acción de gracias y un avemaría, a la que contestamos con expectante emoción. Después, procurando dominarse porque él también estaba conmovido, nos comunicó que había llegado de Roma al Obispado un cable anunciando que la Santa Sede había concedido el nihil obstat para la erección de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, que resolvía la ordenación de los sacerdotes. Era un hecho de gran trascendencia para el Opus Dei. Volvió a rezar la acción de gracias y otra avemaría, y subimos a la tertulia.

Tal era nuestra alegría que nadie sabía qué decir. Cualquier intento de romper el silencio tenía un éxito sólo momentáneo. Esa misma noche, el Padre llamó a otros centros para darles la noticia. También telefoneó al Nuncio y a don José María Bulart. Subió luego el Padre a nuestra tertulia, muy contento. Explicó que era un paso muy importante, quizás el mayor desde la fundación de la Obra quince años antes. Significaba que el Papa había puesto sus manos sobre la Obra, la bendecía, y hacía posible que tuviéramos sacerdotes. "¡Son los sacerdotes!, ¡los sacerdotes!", nos repetía emocionado. "No os dais cuenta vosotros -añadía- de la importancia de este hecho". Y en



todos nosotros, a impulsos de lo que nos decía el Padre, cuajó aquel día un propósito muy decidido de amar mucho más a la Iglesia, al Papa, al Padre, al sacerdocio y al Opus Dei.

El obispo de Madrid erigió canónicamente la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz el 8 de diciembre de 1943. El 25 de enero de 1944 aprobaba el texto de las Constituciones que a partir del compendio y otros documentos anteriores había elaborado y remitido el Fundador. Era de esperar también que con el nihil obstat de la Sede Apostólica cesaran las calumnias levantadas contra el Opus Dei en ámbitos eclesiásticos y religiosos. Un artículo de Mons. Ángel Sagarmínaga, que comentaba la aprobación en una publicación católica, se titulaba significativamente "Roma locuta est, causa finita est" [Roma ha hablado, ha terminado la cuestión]. Ciertamente, no parecía razonable que desde esos ambientes se mantuviera la sospecha, y menos la acusación, contra el Opus Dei. Muchos cambiaron de actitud, pero otros continuaron obcecados.

La ordenación sacerdotal Los tres futuros sacerdotes continuaron sus estudios con intensidad y dedicación crecientes, superando con alto nivel los sucesivos exámenes. El Padre se sentía muy contento al pensar en la proximidad de esa ordenación y nos hablaba alguna vez de las nuevas actividades que podrían ponerse en marcha contando con ellos. "Como para entonces ya tendremos sacerdotes -comentaba en una ocasión al hablarnos de

algunos de esos planes- podrán marchar las cosas mejor que ahora". Con frecuencia nos pedía que rezáramos mucho por los que se iban a ordenar, para que fueran muy doctos, alegres y santos. A finales de enero del 1944 nos invitó a ofrecer todos los días una pequeña mortificación por ellos y nos explicó que correspondía al Padre llamar al sacerdocio: el interesado podía con libertad aceptar o no; y los que no fuesen llamados -la gran mayoría- no tenían por qué preocuparse, servirían muy bien al Opus Dei como seglares.

Las ordenaciones de presbíteros tuvieron lugar el 25 de junio de 1944. A primera hora, Chiqui, como diácono todavía, nos dio la Comunión a los que vivíamos en Lagasca, en medio de la emoción de todos. La ceremonia estaba anunciada para las diez de la mañana en la Capilla del Palacio Episcopal, y ahí fueron todos menos el Padre, José María Albareda y yo. El Padre celebró la misa en el oratorio de Diego de León, a la hora de la ordenación, y le ayudó José María. Ofreció la misa por los tres hijos suyos que se ordenaban. No quiso asistir a la ceremonia para evitar ser objeto de la felicitación de muchas personas, para no ser el foco de la atención. Yo me había quedado en la dirección de Lagasca, para atender cualquier incidencia en la casa y estar al tanto del teléfono. Entre tanto, con la Capilla Episcopal abarrotada, don Leopoldo Eijo y Garay confirió el presbiterado a los tres primeros.

Terminada la ordenación, los tres nuevos sacerdotes vinieron a Diego de León para reunirse con el Padre, que

les esperaba anhelante. Al llegar, besó sus manos recién consagradas, y les dio un abrazo muy de Padre, que lo decía todo. Más tarde llegó don Leopoldo, que se quedó a almorzar con el Padre y los tres presbíteros. Después de la comida nos reunimos en la casa muchos de los que éramos del Opus Dei en Madrid y los que habían venido de fuera. Se organizó una tertulia con el obispo en el salón azul de la planta baja. Aprovechando la ausencia del Padre, que desapareció de allí muy pronto, don Leopoldo nos dijo frases muy sentidas y sobrenaturales sobre él. Se le veía feliz por haber culminado algo que consideraba muy importante y significativo para el Opus Dei y para toda la Iglesia.

El Opus Dei estaba sediento de sacerdotes, por lo que los recién ordenados tuvieron que ponerse a trabajar con intensidad desde el primer momento. Además de atender los centros del Opus Dei con su sacerdocio ministerial, ya en agosto don José María y don José Luis estuvieron en Valencia para dirigir cursos de retiro, y don Álvaro predicó otro en la residencia de la Moncloa para miembros de la Obra. En septiembre el Padre distribuyó su trabajo para el curso 1944-1945, que estaba a punto de comenzar: don Álvaro se quedaría en Madrid para ayudar al Padre, aunque atendería también el Norte de España; a don José María le encomendó la asistencia espiritual de las mujeres de la Obra y ocuparse de Cataluña y Levante; y don José Luis atendería Andalucía.



El verano de 1944 En junio hice un viaje muy breve a Barcelona para tomar posesión de la cátedra en la Universidad. Al Decano de la Facultad de Ciencias, Dr. Pardillo, y a mí mismo, nos pareció preferible que no examinara yo en junio ni en septiembre a unos alumnos a los que no había dado clase. Por eso, seguí viviendo durante el verano en Madrid, junto al Padre. Por ser tiempo de vacaciones, nos quedamos en Diego de León muy pocos.

La Pililla. El Padre tenía gran ilusión en que La Pililla sirviera ya ese verano como lugar de formación y descanso de sus hijos de Madrid y de otras ciudades, por lo que se hicieron en la casa unas pequeñas obras de adaptación y acondicionamiento. No se disponía de teléfono ni de energía eléctrica, y se utilizaban sencillos quinqués de petróleo. Las tareas domésticas estaban a cargo de Tía Carmen. Yo pasé allí del 8 al 22 de julio, con unos pocos más entre los que se encontraba don José Luis Múzquiz, que nos atendía ya como sacerdote. Hasta finales de agosto, fueron pasando por La Pililla otros grupos reducidos, durante periodos de unas dos semanas. Cuando al regreso nos veía el Padre con el buen color del sol y del aire del campo, físicamente repuestos y bien alimentados por Tía Carmen, se llenaba de alegría.

La finca era amplia, y contaba con un pequeño depósito de agua alimentado por un exiguo manantial. El valle del Tiétar, donde está emplazada, es de clima seco y soleado y la vegetación declara la benignidad de la

temperatura en el invierno. Con el calor del verano, la fauna, con abundantes artrópodos terrestres y alguna que otra culebra dentro y fuera del recinto, se mostraba suficientemente rica para entretenimiento de un biólogo. Las principales dificultades para edificar allí eran entonces, además de la habitual carencia de recursos económicos, la escasa disponibilidad de agua y, sobre todo, la amenaza del posible paso de una vía férrea por medio de la finca, para la que se había preparado el trazado. Para buscar más agua se acudió a los servicios de varios expertos, desde algún zahorí a hidrogeólogos, con resultados esperanzadores. Pero lo del ferrocarril bloqueaba cualquier proyecto serio de edificación: hubo que esperar bastantes años a que se despejara ese problema.

Recuerdo que en una de las visitas del Padre con don Álvaro, les acompañaba yo por la finca. El Padre le hablaba a don Álvaro -ya sacerdote-, de algunos aspectos de nuestro espíritu que habría que cuidar, para que nuestros sacerdotes nunca pudieran ser confundidos con religiosos. Le decía que no utilizaran abreviaturas en sus tarjetas de visita, publicaciones, u otros impresos detrás de su nombre para indicar su pertenencia al Opus Dei, y que evitaran el uso de apelativos colectivos, corrientes entre los religiosos. Aunque estoy moralmente seguro de que don Álvaro habría escuchado eso mismo al Padre en otras ocasiones, vi que tomaba nota enseguida para evitar cualquier olvido.

El Campamento de La Granja. En aquel verano, como en otros anteriores, unos cuantos estudiantes del

Opus Dei inscritos en las Milicias Universitarias permanecieron durante unos tres meses en el Campamento Militar cercano a La Granja de San Ildefonso, en la provincia de Segovia. Desarrollaban una buena labor apostólica entre sus compañeros y les visitábamos desde Diego de León o algún otro centro de Madrid. El Padre, acompañado de algunos más, fue también bastantes veces para pasar con ellos unas horas, charlar con unos y otros y dirigir un rato de oración por la tarde. Que yo recuerde, fue al menos tres veces en julio y otras dos o tres en agosto. A mediados de agosto, con ocasión de uno de los permisos generales que les concedían, aprovecharon para estar en Madrid con el Padre, que dirigió para ellos un retiro espiritual en la residencia de la Moncloa.

Algunos paseos vespertinos con el Padre. Los calurosos veranos de Madrid convertían la casa de Diego de León, sobre todo a partir del mediodía, en algo parecido a un horno. El Padre, metido en el trabajo en su despacho-dormitorio o en la Secretaría, pasaba mucho calor. Por eso, cuando al avanzar la tarde bajaba un tanto la temperatura exterior, solía salir con alguno al jardín; y la tertulia de la noche de los pocos que estábamos, muchas veces con el Padre, solíamos tenerla en el jardín. Alguna tarde, Ricardo o algún otro conductor procuraba sacar al Padre en coche para dar un corto paseo por las afueras de Madrid, hacia la Sierra, donde corría un poco de aire; el Padre invitaba en ese caso a algunos de sus hijos más jóvenes a que le acompañaran.



Pude disfrutar varias veces de esos paseos, que eran una verdadera delicia. Ese verano padeció ya el Padre las duras consecuencias de la diabetes, por lo que se encontraba muy cansado, sobre todo al final del día. Pero en esas salidas en coche sacaba fuerzas de flaqueza y era la alegría personificada. Le gustaba cantar con nosotros canciones populares, bromeaba con unos y otros, nos contaba anécdotas, hablaba de temas apostólicos o de asuntos de la Obra. En alguna ocasión, pensando en nosotros, le dejaba caer a Ricardo o a don Álvaro que no habíamos merendado, que nos vendría bien tomar algo fresco, que quizás nos podía invitar. Nos sentábamos entonces unos minutos en algún sitio a tomar algo, aunque el Padre casi nunca aceptaba otra cosa que un sorbo de agua. Si el regreso se retrasaba, nos dirigía la oración en el coche. Entonces las carreteras tenían poco tráfico.

El coche era más bien viejo y achacoso, con neumáticos recauchutados, y el firme de las carreteras estaba bastante defectuoso, por lo que no eran raros los pinchazos o averías. Recuerdo que en una de esas salidas del Padre en un histórico Plymouth sufrieron varios pinchazos, y tuvo que ir a recogerles Ricardo en otro vehículo, porque se habían quedado tirados en la carretera. En uno de los paseos en que íbamos hacia el Castillo de Manzanares el Real, tuvimos más suerte, sólo un pinchazo, y Ricardo, que conducía, cambió con gran profesionalidad y rapidez la rueda. Pero estos pequeños percances tenían siempre su lado bueno, gracias al excelente buen humor del Padre.

Un día, quizás fuese ya en 1945, me invitó el Padre a ir con él: podría conocer la finca de Molinoviejo, cuando no estaba aún disponible, ni tenía ese nombre. Venía también don Álvaro y me parece que conducía Ricardo. Me explicaron que era un lugar muy agradable, propiedad de unas parientes de Chiqui, que parecían dispuestas a facilitarlo en aceptables condiciones. Vencido el Alto de los Leones y pasado San Rafael, circulábamos por los páramos segovianos de tierra, roca y matorrales, cuando me dijo el Padre: "¡Mira, Paco, allí es!" y señaló hacia una zona próxima de ese tipo, sin árboles y sin agua. Inmediatamente me preguntó: "¿Qué te parece? ¿Verdad que es bonito este sitio?". Lo que yo veía no me acababa de resultar atractivo, pero ante la ilusión que me parecía captar en el Padre, no me atreví a contradecirle, aunque contesté de modo poco entusiasta. Al ver mi cara y oír mi respuesta, se produjo una carcajada general: había caído en la broma que me habían gastado. Muy pocos kilómetros después, al remontar una suave y corta cuesta, me señalaron el auténtico emplazamiento de Molinoviejo: un espléndido lugar, con abundancia de árboles y de agua, que nada tenía que ver con el páramo anterior.

Además de viajes cortos, en la primera quincena de agosto hizo el Padre uno más largo, con don Álvaro, Ricardo y me parece que Pedro Casciaro, por el norte de España. Fueron a Burgos y saludaron a la Abadesa del Real Monasterio de las Huelgas, a la que el Padre anunció la próxima aparición del libro que había escrito durante su estancia en la ciudad en 1938 y 1939, noticia que recibió ella con satisfacción y agradecimiento. Pasaron después

por Bilbao, para estar con algunos del Opus Dei y otras personas, y por San Sebastián, en donde saludaron al Nuncio y a fieles de la Obra.

Recuerdo que hacia mediados de agosto, en la tertulia de la noche de un día particularmente caluroso, el Padre, aprovechando que no se hallaba presente ninguno de los mayores, se extendió contándonos ejemplos de su heroico comportamiento durante la guerra civil, reflejo de una fraternidad cristiana que les llevaba a jugarse la vida unos por otros sin darle importancia. Nos decía que tendríamos ocasión de conocerlo con detalle más adelante.

El anillo de Isidoro. Gran contento dio al Padre, a mediados de julio, el nombramiento de Fray José López Ortiz como obispo de Tuy-Vigo. El mismo Fray José le llamó por teléfono desde Bilbao para comunicárselo. Un mes más tarde vino a Diego de León; debió de ser en esa visita cuando le pidió, para incluirlo en su anillo pastoral, algo del oro del anillo de fidelidad de Isidoro. El Padre accedió. Esa petición de Fray José, que había conocido y tratado a Isidoro y que le atendió como confesor, sobre todo en su enfermedad, refleja lo convencido que estaba de su santidad, y que confiaba en su intercesión ante el Señor para sus nuevas funciones como obispo. A la ordenación episcopal, el 21 de septiembre, asistieron algunos mayores de la Obra.



Un bodegón para Los Rosales. Durante ese verano se estaba procediendo a la instalación y decoración del nuevo centro para mujeres, Los Rosales, en Villaviciosa de Odón, cercano a Madrid. El Padre iba por allí con frecuencia para alentar a las personas que se ocupaban de esos menesteres, darles sugerencias e indicaciones, precisar algunos detalles. Pensó en colocar un gran bodegón en un amplio lienzo de pared y Fernando Delapiente se aprestó a pintarlo. Improvisó un estudio de pintor en la galería del comedor de Diego de León y puso manos a la obra el 1º de septiembre. El Padre bajaba con cierta frecuencia para ver cómo avanzaba el cuadro y para animar a Fernando con sus comentarios llenos de buen humor. A veces le acompañábamos alguno: el Padre alababa el buen gusto de Fernando, nos hacía ver lo apetitosas que estaban las frutas que pintaba con sus pinceles, y distraía así durante unos minutos al artista, que descansaba y lo pasaba muy bien con el Padre.

Y en la segunda quincena de septiembre, dejé Diego de León y Madrid para asentarme en la capital de Cataluña, donde permanecí más de dos décadas. Me separaba físicamente del Padre, con quien había pasado mis primeros cuatro años y medio de vida en el Opus Dei. En adelante, volvería a encontrarme con él muchas veces, en Madrid, Molinoviejo, Barcelona, Pamplona, Roma u otros lugares, pero siempre por poco tiempo.

## **Cristo presente en los quehaceres del mundo**

En los comienzos de los años cuarenta, como consecuencia natural del paso del tiempo y del aumento de fieles del Opus Dei, creció también el número de los que, al terminar los estudios, empezábamos a ejercer nuestra profesión en la sociedad. Era el momento de realizar en nuestras vidas el ideal que desde el principio difundía el Padre: ser personas de toda clase, condición y tipo de trabajo, que ejercen en la sociedad cualquier profesión honesta, tratan de cumplir lo mejor posible sus deberes profesionales, familiares y sociales, se esfuerzan por llevar una vida coherentemente cristiana, y procuran que otros compartan esos mismos afanes; que dejando de lado cualquier ambición personal terrena, se interesan por lo que sucede en el mundo y luchan también para que la sociedad se desenvuelva en conformidad con los principios cristianos.

Una expresiva imagen utilizaba el Padre para ilustrar lo que el Señor quería de los fieles del Opus Dei: debíamos ser "como una inyección intravenosa en el torrente circulatorio de la sociedad: llevando la luz de Dios a las tinieblas de la ignorancia; el amor divino, a las relaciones entre los hombres; la sal de Jesucristo, que inmunizará de corrupción la vida; el óleo de paz, que aplacará las olas embravecidas por el odio, en este pobre mar de nuestro mundo".

No se trataba, en absoluto, de sacralizar lo que es de suyo temporal: como el Fundador del Opus Dei nos decía, las cuestiones temporales tienen su propia autonomía conforme a la naturaleza que Dios ha dado a las cosas. Pero esas cuestiones y cosas tampoco deben ser consideradas al margen de Dios. Los cristianos, si se ajustan en su trabajo a las enseñanzas de Jesucristo, santificarán las actividades humanas, convertirán los quehaceres del mundo en cosa santa y en medio de santificación propia y ajena; y contribuirán a reconciliar y llevar esas actividades -en una palabra, todo el mundo creado- a Dios, su Creador.

Presencia de fieles del Opus Dei en la vida profesional y social Desde los comienzos, el Padre veía a sus hijas e hijos de toda raza, lengua, oficio o profesión, de cualquier edad, en todas las encrucijadas del mundo, en todas las actividades honestas de los hombres, luchando por ser personalmente cristianos consecuentes. Aunque por entonces el número de sus hijas e hijos era aún pequeño, tanto en Jenner como en Diego de León nos hablaba el Padre de que habría en el Opus Dei una gran variedad de personas de toda condición y estado: verduleras como las del mercado de la Plaza de la Cebada de Madrid, mujeres dedicadas a las tareas domésticas, obreros de distintas especialidades, campesinos, intelectuales, universitarios, militares, escritores, gentes del mundo del arte o la cultura, cooperando todos, cada uno a su manera, en los frutos de la Redención.



Dios espera, nos decía el Padre, que el fiel del Opus Dei se distinga por un merecido prestigio en su trabajo y adquiera una buena formación espiritual e intelectual, porque de ese modo tendrá más posibilidades de dar sentido cristiano a su vida, a su profesión, a las instituciones o asociaciones de que forme parte. No se entenderá bien al Fundador -ni al Opus Dei- si no se comprende que la contribución a la inspiración cristiana de las actividades temporales se ha de conseguir con pleno respeto a la autonomía que les corresponde, y por medio de una actuación personal libre y responsable. Jamás reciben los fieles del Opus Dei indicación alguna de sus directores acerca de cómo se han de comportar en el terreno profesional, político, social y económico, porque todo eso incumbe al criterio y responsabilidad de cada uno. Tampoco constituyen grupo alguno de presión en cuestiones temporales.

Grande era la insistencia del Padre en inculcarnos que los miembros del Opus Dei, en todo lo que se refiere a su profesión, a las posturas que adoptan en una asociación artística, recreativa o deportiva, a las ideas políticas que propugnan, han sido, son y serán siempre libérrimos; no tienen otros condicionamientos que los de otros cristianos de recta conciencia. Y jamás deben escudarse en la Iglesia o en el Opus Dei para defender su punto de vista personal en esos asuntos temporales.

Valor de todas las almas y conciencia social Aunque la mayor parte de los miembros del Opus Dei éramos muy

jóvenes entonces, el Padre sembraba afanes de servicio a las almas en y desde nuestra actividad profesional y social, vigorizaba nuestra responsabilidad e iniciativa, y despertaba en nosotros de muy diversas formas una honda conciencia social y apostólica.

Nos hablaba de la elevada dignidad de la persona humana. Cristo entregó su vida por todos: por tanto, hay que tratar a todos con el respeto que merece esa dignidad, y a todos hay que ayudar a que se acerquen a Dios: al compañero de estudios o de trabajo, al cobrador del tranvía, al cartero, al peluquero, al taxista, al vendedor de mueble viejo, al intelectual, a la vendedora ambulante, al aristócrata, a cualquiera que encontremos en nuestro camino. Debíamos ocuparnos de todos, sin discriminación alguna.

Un medio de formar en ese espíritu de caridad y solidaridad consistía en que quienes acudían a los cursos de formación espiritual hicieran visitas a personas pobres, atendieran catequesis en barriadas suburbanas para niños de familias muy necesitadas, o prestaran ayuda a enfermos medio abandonados por los hospitales. Además del valor sobrenatural de esas obras de misericordia, el Padre quería que conociéramos de un modo muy directo la miserable situación de tantas personas, y que pusiéramos en ejercicio la virtud de la caridad. Bien sabía que poco podíamos hacer entonces para remediarlas. Al visitar a un pobre en una de aquellas numerosas chabolas de las afueras de Madrid, cubiertas con chapa de bidones asfálticos, íbamos

a llevarle afecto: conversar unos minutos, prestarle algún pequeño servicio, hacer que pasara un rato agradable, y entregarle unos dulces o algún otro detalle de que carecía, algo de lo que sólo comían los ricos. En esas visitas comprendíamos lo injustificado de tantas quejas nuestras. Aquellas crudas vivencias se grababan para siempre y habrían de influir en nuestra responsabilidad social cuando, a la vuelta de pocos años nos desenvolvieramos como profesionales y ciudadanos.

El fiel cumplimiento de las obligaciones profesionales y sociales, por amor a Dios y a las almas y por justicia, era otra enseñanza viva del Padre. Poner intensidad en el estudio y formarnos bien era un modo de corresponder como estudiantes a los sacrificios de nuestras familias, al esfuerzo de los profesores, a las facilidades ofrecidas por la sociedad; también permitía que en el futuro prestáramos un buen servicio a los demás con el trabajo profesional bien hecho, de la mejor calidad que fuésemos capaces. En el desempeño de la profesión, se ha de amar el trabajo, aprovechar el tiempo, evitar que por pereza, desidia o comodidad resulte alguien defraudado; se debe guardar lealtad a la institución o empresa en que se trabaja, a los compañeros, a los destinatarios del servicio que se presta; y tener con todos, superiores, iguales o subordinados, un trato lleno de respeto, consideración y afecto.

La educación y las tareas científicas Cualquier actividad profesional y oficio honesto, enseñaba don Josemaría, es apropiada para que una hija o hijo suyo siga a



Jesucristo. Por eso, las ocupaciones a que se dedican los fieles del Opus Dei son de hecho variadísimas. Eso no era obstáculo para que el Padre señalara el valor apostólico de algunas tareas que, por sus características, ejercen amplio impacto en la sociedad. Entre ellas figuran las tareas educativas, científicas y culturales, que tanto contribuyen al desarrollo de la personalidad de la juventud, a configurar el pensamiento y las relaciones entre los hombres, al progreso espiritual y material de los pueblos. Mostraba cómo cristianos con vocación profesional para esas actividades pueden prestar a la Iglesia, a las almas y a la entera sociedad, un gran servicio.

Hay que servir a Dios con la inteligencia, nos decía el Padre (cfr. Camino, n. 336). Con profunda convicción aseguraba que jamás podía haber conflicto entre las verdades de la fe y las científicas. Recordaba que Dios era el creador de toda la verdad que las cosas encierran. Por eso, los descubrimientos que realizan los hombres gracias a su inteligencia, creada también por Dios, no pueden sino desentrañar esa verdad puesta por Dios en las cosas. Las supuestas incompatibilidades entre las verdades de la fe y las científicas sólo pueden ser aparentes. Y concluía: "No podemos admitir el miedo a la ciencia, porque cualquier labor, si es verdaderamente científica, tiende a la verdad" (Es Cristo que pasa, n. 10).

Aclaraba el Fundador del Opus Dei que inspirar cristianamente las tareas educativas y científicas no significa que la Teología pueda invadir el terreno propio de

las ciencias humanas, sociales o naturales. Protestaba con energía ante cualquier intromisión de ese tipo, ante el intento de reducir la legítima autonomía y la dinámica propia de lo temporal, en este caso de las ciencias cultivadas por los hombres; aunque sin duda la fe contribuye a darles su más pleno sentido.

Amor de don Josemaría a la Universidad El Fundador del Opus Dei era un universitario. Había realizado en Zaragoza, además de sus estudios eclesiásticos, la Licenciatura en Derecho; y fue luego a Madrid para hacer el doctorado, que entonces sólo podía obtenerse en esa Universidad. Cuando Dios le hizo ver el Opus Dei, pospuso la tesis doctoral a ese querer divino, pero no la abandonó. Reemprendió esa tarea con un nuevo tema en Burgos, en 1938, y a finales de 1939 obtuvo en Madrid el grado de doctor. Dio clases a universitarios en Zaragoza y en Madrid y mantenía relación personal con buen número de profesores universitarios. Poseía una amplia cultura y una privilegiada inteligencia, que aplicaba de modo especial a las ciencias jurídicas y teológicas y a enriquecer con imágenes y anécdotas su predicación. Alguna vez le sugirieron que se presentara a oposiciones a cátedras universitarias, pero siempre tuvo muy claro su deber de dedicarse por entero al Opus Dei.

Con su experiencia y esa formación universitaria, advertía con aguda sensibilidad la huella que un educador deja en sus alumnos, el bien o el daño que puede hacer un profesor desde su cátedra, el influjo del escritor en sus

lectores, o el del pensador o comentarista con sus artículos. Era urgente hacer presente a Cristo en esos campos, mediante profesionales que fuesen buenos cristianos.

Las primeras labores apostólicas corporativas del Opus Dei fueron abiertamente civiles y educativas: la Residencia DYA, para estudiantes de Arquitectura y de Derecho, y la residencia de Estudiantes de la calle de Ferraz, para universitarios. A partir de 1939, primero en Madrid y luego en otras ciudades (Valencia, Granada, Santiago, Bilbao, Barcelona, Zaragoza), se multiplicaron las residencias universitarias, que se configuraron después en España como Colegios Mayores. Más tarde, en 1952, fundó la Universidad de Navarra y promovió otras en diversos países.

Persuadido del bien que podían hacer los cristianos con su trabajo académico bien hecho, el Padre entendía que la dedicación a la Universidad debía estar muy presente en el horizonte profesional de los católicos. Y cuando en las personas que trataba descubría condiciones e inclinación hacia esas tareas, les alentaba por ese camino, les hacía ver el hondo contenido humano y cristiano de la misión del profesor, como educador e investigador. Si sentían esa vocación profesional, les animaba a no posponerla ante mejores perspectivas económicas o de más alta consideración social. Quería que entendieran el elevado servicio que implica el buen magisterio universitario.



Algunos del Opus Dei, catedráticos de Universidad Varios miembros de la Obra -entre los que me encontrabamos encaminamos hacia la enseñanza universitaria. José María González Barredo, cuando pidió la admisión en la Obra, era catedrático de Física y Química del Instituto de Linares (Jaén), a la vez que se preparaba para una cátedra universitaria. Continuó en esa línea, desarrolló una acreditada labor científica en el Instituto Rockefeller de Madrid y obtuvo la Cátedra de Química Física de la Universidad de Zaragoza en abril de 1942. Años más tarde, después de estancias largas en centros de investigación europeos, se trasladó a los Estados Unidos, donde fue profesor de varias Universidades.

Muy relevante fue el caso de José María Albareda. Al tomar contacto en Madrid en 1935 con el Padre, era ya un científico muy acreditado, catedrático del Instituto Velázquez y profesor de Ciencia del Suelo en la Cátedra Conde de Cartagena de la Academia de Ciencias. Al terminar la guerra civil española, fue nombrado director del nuevo Instituto Ramiro de Maeztu, en Madrid, al que dio su ímpetu y organización inicial, a la vez que continuaba con su trabajo científico. Su fama de investigador serio y riguroso, de hombre generoso y desapasionado, llevó a que el Ministro Ibáñez Martín buscara en la inmediata postguerra su colaboración para impulsar y organizar la investigación científica española. En noviembre de 1939 se creó el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (C.S.I.C.), con Albareda como Secretario General. En el otoño de 1940, Albareda obtuvo por oposición una cátedra de la Facultad de Farmacia en la Universidad de Madrid.

Desde entonces se dedicó a sus tareas de profesor en esa Facultad, a las de Secretario General del C.S.I.C., y a la investigación científica en su especialidad, la Edafología. Fue académico de número de las Reales Academias de Ciencias, de Farmacia y de Medicina. Llamado al sacerdocio por el Fundador del Opus Dei y ordenado en 1959, fue nombrado ese mismo año Rector de la Universidad de Navarra, cargo que ejerció hasta su fallecimiento en 1966, durante una etapa de organización y desarrollo intenso. Además, continuó esos años con sus funciones de Secretario General del C.S.I.C.

También otros miembros de la Obra se sintieron atraídos por la profesión universitaria. Alguno desde antes de la guerra civil y otros a su término, hicieron los estudios de doctorado y se iniciaron en la Investigación y en las tareas académicas. Durante el tiempo que viví en Madrid, obtuvieron cátedra: Juan Jiménez Vargas, de Fisiología de Medicina, en la Universidad de Barcelona, donde fundó en 1945 la Revista Española de Fisiología; Francisco Botella, de Geometría Analítica y Topología, de la Facultad de Ciencias de la misma Universidad; Vicente Rodríguez Casado, de Historia Moderna, en la de Sevilla, donde creó enseguida la Escuela de Estudios Hispanoamericanos y luego la Universidad de Verano de La Rábida; Rafael Calvo Serer, también de Historia, en la de Valencia, iniciador en 1944 de la revista Arbor, del CSIC; José Orlandis Rovira, de Historia del Derecho, en la de Murcia, aunque pasó muy pronto a Zaragoza; Amadeo de Fuenmayor, de Derecho Civil en Santiago de Compostela; y José Manuel Casas Torres, de Geografía, en Zaragoza.

Todos ellos eran jóvenes, tenían gran amor al trabajo universitario, se ocupaban de preparar bien a sus alumnos, querían hacer una seria investigación científica en su campo y formar buenos discípulos. Desplegaron una intensa actividad académica, siguieron trayectorias científicas y culturales relevantes, y se convirtieron en poco tiempo en destacadas figuras universitarias.

Mi inclinación al profesorado universitario También surgió en mí el atractivo por la dedicación universitaria. Con una edad algo inferior a la de los que acabo de mencionar, emprendí ese mismo camino y preparé las oposiciones a la cátedra de Organografía y Fisiología Animal de la Facultad de Ciencias de Barcelona.

Yo sabía que al Fundador del Opus Dei le parecía bien mi orientación profesional, aunque nunca me impulsó a ella. Se alegraba con los pasos que daba en mi preparación académica, pero lo que sobre todo quería de mí era que fuese fiel al Señor y luchara para mejorar mi vida cristiana. Por otra parte, teníamos que ganarnos la vida y no resultar económicamente gravosos. No podíamos pensar en una dedicación exclusiva a la preparación de las oposiciones, como si fuésemos señoritos hijos de familia rica, porque formábamos parte de una familia "numerosa y pobre", como él decía, que había que sacar adelante entre todos.



En conversaciones informales, el Padre nos ponía en guardia, con anécdotas expresivas, contra defectos en que suelen caer algunos profesores universitarios: la soberbia, que lleva a considerarse centro del universo y a mirar a los demás con aire de suficiencia o menosprecio; la vanidad que se complace en el brillo y el aplauso; el egoísmo de buscarse a sí mismo, de apropiarse del trabajo de los discípulos o de ocultar determinadas fuentes para evitar competencias. Por contraste, el Padre enaltecía la honradez científica, el trabajo intenso y ordenado, y la generosa entrega a los demás, de tantos buenos universitarios. Nos animaba a ser cristianos consecuentes, que en el ejercicio de la profesión universitaria se muestran, con naturalidad, hombres de fe. En la Universidad, como en cualquier otro trabajo -nos decía-, no se debe prescindir de la fe como si se tratase de un sombrero que al entrar se deja colgado en la puerta (cfr. Camino, n. 533). Pero también rechazaba la actitud de algunos, casi siempre mal conceptuados profesionalmente, que hacían de manera postiza manifestaciones exteriores de religiosidad. Ante ellos, se sentían ganas de decirles al oído: "Por favor, tengan la bondad de ser menos católicos" (Camino, n. 371).

Avanzado noviembre de 1943, fue convocada la cátedra a oposición libre y, justo antes de Navidad, presenté la documentación precisa. Debía dar el empujón final a la preparación de los seis duros ejercicios de esas oposiciones. Aún pude hacer unos días de retiro espiritual a finales de febrero y, al terminar, el Padre me animó a pasar una semana de estudio intenso en La Pililla, con sus hermanos Carmen y Santiago, y con José Luis Múzquiz, que

aprovechó para avanzar en su tesis doctoral en Historia. Hizo un tiempo espléndido, hasta el punto de que trabajábamos al aire libre: Santiago y yo volvimos muy morenos.

Al llegar abril, el Padre, advirtiendo mis apuros, hizo que me sustituyeran en algunos encargos del Centro de Estudios. Realicé los seis ejercicios de la oposición en la semana del 24 al 29 de ese mes, y ese último día, que era sábado, el tribunal me votó por unanimidad para la cátedra. Cuando el Padre conoció el resultado favorable, se alegró mucho, pero tampoco hizo especiales manifestaciones de entusiasmo, ni dio al tema particular trascendencia. Después de cenar, el Padre estuvo con nosotros en la tertulia en el jardín y tomamos unos modestos dulces para celebrar el éxito.

El bulo de la conquista de las cátedras La presencia en la Universidad de algunos catedráticos miembros del Opus Dei produjo cierto impacto en los ambientes universitarios. Constituíamos una proporción muy pequeña del total de los que obtuvieron cátedras por entonces. En algunos sectores, sin embargo, esa presencia provocó alarma. Empezó a correr el bulo de que el Opus Dei iba a la conquista de las cátedras universitarias. Lo que era un proceso natural de acceso legítimo de unos universitarios al trabajo en la Universidad, fue interpretado por unos pocos - eran los años de la guerra mundial- como fruto de una especie de estrategia militar.

Esa alarma era del todo infundada, como se comprueba si se examinan los datos con objetividad. De 1939 a 1945 se cubrieron en España más de doscientas cátedras, de las que sólo una docena fueron ocupadas por personas del Opus Dei. Estas últimas eran a su vez minoría respecto de los miembros de la Obra que por esos mismos años terminaron la carrera, ya que muchos optaron por otras profesiones. Era por otra parte imposible que en los tribunales de esas oposiciones hubiera miembros del Opus Dei. Y, como es usual, no todos ganaron la cátedra en la primera oposición a la que se presentaron.

Ese bulo era una de las falsas acusaciones que circulaban contra el Opus Dei, en el marco de la contradicción de "los buenos", y también de la de los "menos buenos": laicistas o monopolistas de diversos signos que temían perder su posición dominante al ver que accedía a la cátedra alguno que no pensaba como ellos. Bastaba que alguien pareciera ser católico practicante para que aseguraran que era del Opus Dei. También se comprende que el opositor que no lograba plaza tendiera a ver fantasmas para justificarse. Algunos no entendían que una persona del Opus Dei es un ciudadano normal, que para comer ha de ganarse la vida con su trabajo. Este tipo de ignorancia explica que más tarde provocara también extrañeza que personas del Opus Dei trabajaran en posiciones directivas de empresas, en medios de comunicación social o en la banca; o que unos pocos tomaran parte activa en la vida pública.



No me importa repetir que los fieles del Opus Dei hemos actuado siempre en los asuntos profesionales con plena libertad. Jamás he recibido en el Opus Dei -ni yo ni nadie en la Obra lo hubiéramos tolerado- la menor indicación acerca de cómo debía dar mis clases, seleccionar y desarrollar mis temas de investigación, calificar a un alumno, publicar una revista científica o afrontar cualquier otro aspecto de mi trabajo universitario. Sí que he aprendido, en cambio, que debía ofrecer a Dios ese trabajo, intentar realizarlo bien y con sentido cristiano, ser leal con todos, y ver en los demás a personas a las que se ha de ayudar y servir.

Presencia en la vida política La juventud de quienes éramos del Opus Dei en los comienzos de los años cuarenta, la necesidad de atender a la formación espiritual y doctrinal y a la expansión apostólica, y las peculiares circunstancias políticas de nuestra inmediata postguerra explican la ausencia de fieles de la Obra en cargos y tareas relevantes de carácter político. Esto no significa, en absoluto, que hubiera desinterés por la política, sino sólo que había muchas otras cosas que hacer. José María Albareda, que en 1939 tenía treinta y siete años, era, como ya se ha dicho, Secretario General del C.S.I.C., pero esa función no tenía carácter político en el sentido usual del término, sino científico, y consistía en organizar e impulsar por todo el país la labor de investigación. Justo Martí era alcalde de Oliva (Valencia) cuando pidió la admisión en el Opus Dei, pero dejó muy pronto ese puesto para hacerse cargo de la dirección de la residencia de Jenner en Madrid.

Cada uno de nosotros tenía, como es natural, un criterio político más o menos firme y definido. No obstante, habíamos aprendido del Padre a no preguntar por las ideas políticas de los demás y a respetar sus pareceres personales, y evitábamos entrar en discusiones sobre esos temas. No era difícil, sin embargo, adivinar los modos de pensar de las personas del Opus Dei en esa materia y comprobar que abarcaban todas las posibilidades del abanico político compatible con la fe cristiana: las posiciones que podían considerarse integradas en el régimen imperante, las que lo aceptaban sin que les gustase, y también las que lo rechazaban. Uno fue Secretario Nacional de la Delegación del SEU (Sindicato de estudiantes universitarios, único autorizado) para Escuelas Especiales; otros estaban en relación con grupos tradicionalistas; algunos eran demócratas monárquicos de don Juan de Borbón y le visitaron en Lausana; había algún demócrata republicano; algunos habían perdido a sus padres o los tenían en el exilio por ser opuestos al régimen. Diferentes eran asimismo los pareceres sobre la guerra mundial en curso: unos se mostraban germanófilos, mientras otros simpatizaban con los aliados y frecuentaban sus centros culturales.

Recuerdo que un día, durante el desayuno en Diego de León, el director contó un comentario oído en la peluquería, que me pareció algo irónico y peyorativo para una opción política. No sé por qué me encontraba yo particularmente sensible e intervine de forma un tanto abrupta y poco delicada con el director. Al charlar con él por la tarde, entre otros asuntos que tratamos, me hizo ver

el tono impropio de aquella intervención mía: era natural que tuviéramos criterios políticos diferentes, pero esa actitud de enfado podía ser mal interpretada por los presentes. Comprendí que tenía razón, agradecí su comentario y me apené tanto que hasta se me saltaron las lágrimas. Al verme así, el director contó lo sucedido al Padre, que con gran comprensión y cariño me tranquilizó, quitó importancia a lo ocurrido, y me reiteró que cada uno era completamente libre para pensar en política como quisiera. Me explicó el Padre, una vez más, la libertad que todos teníamos para formar nuestro criterio y orientar nuestra actuación en esas materias profesionales, políticas, sociales, económicas, dentro de lo que es compatible con la doctrina de la Iglesia, y que no debía extrañar que esos criterios fueran distintos. Ninguno podía sentirse tan seguro de su propio parecer en esos temas como para desdeñar los modos de pensar de los demás, ni debía dar importancia, aún menos enfadarse, a bromas o comentarios que surgieran alguna vez en el ambiente familiar.

Estas ideas tan claras acerca de la libertad de los miembros del Opus Dei en materia política y en todas las demás cuestiones temporales, me resultaron sumamente ilustrativas cuando con el paso del tiempo gran número de fieles de la Obra han desempeñado las más variadas profesiones y actividades en la sociedad, a la vez que se esforzaban por ser cristianos consecuentes.



## Epílogo

### EL BRAZO DE DIOS NO SE HA EMPEQUEÑECIDO

Por providencia de Dios conocí al Fundador del Opus Dei en 1939 y estuve junto a él en Madrid durante casi un lustro. Luego nos encontramos en numerosas ocasiones. Muchas gracias debo dar a Dios por haber estado tanto tiempo cerca de un santo, contemplando su vida y el panorama espléndido de seguimiento a Cristo que con él se ha abierto a los hombres. Y no oculto que siento por eso una grave responsabilidad, aunque también una firme esperanza.

Un mes después de pedir yo la admisión en el Opus Dei, escribía el Padre: "Espera el Señor de vosotros y de mí que, gozosamente agradecidos por la vocación que su infinita bondad ha puesto en nuestra alma, formemos un gran ejército de sembradores de paz y de alegría en los caminos de los hombres, de manera que pronto sean innumerables las almas que puedan repetir con nosotros: cantate Domino canticum novum; cantate Domino omnis terra (Salmo XCV, 1); cantad al Señor un cántico nuevo; sea toda la tierra un cántico de alabanza a Dios". Hacer esto realidad se halla en las manos de Dios, es cosa suya. Pero es bueno recordar lo que don Josemaría nos escribió con palabras de Isaías (59, 1) en Camino (n. 586): "-Ecce non est abbreviata manus Domini -¡El brazo de Dios, su poder, no se ha empequeñecido!".

En los más de sesenta años transcurridos desde nuestro primer encuentro, a pesar de tantas miserias personales, infinidad de realidades mueven a alzar el corazón al Señor en acción de gracias, porque ha querido hacer mediante el Fundador del Opus Dei incontables maravillas: un río de paz (Isai. 66, 12), de aguas abundantes (Esth. X, 6), vivas, divinas, fluye de la Iglesia y fecunda al mundo.

(Texto completo, corregido para la 3ª edición, en 5 de marzo de 2001)